ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

CONFERENCIAS

QUE PATROCINADAS POR DICHA CORPORACIÓN, SE HAN DADO EN LA SALA DE ACTOS DE LA REUNIÓN DE ARTESANOS

1904 1905

LA CORUÑA
Imprenta de «La Voz de Galicia»

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

XX.4764
7 con/-
90€
PB 3280
CB 1102486
Titu 595729

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

CIRCUNSTANCIAS por completo agenas á nuestra voluntad, nos impidieron publicar antes las conferencias que por nuestra iniciativa, se dieron en los meses de invierno último en el salón de actos del *Circulo Recreativo é Instructivo de Artesanos*, cedido galantemente por la sociedad para dicho objeto. Pero, como esta clase de conferencias siempre son de actualidad, no hemos titubeado una vez vencidas esas dificultades, en imprimirlas, en la seguridad de que el público acogerá con entusiasmo esta decisión: los que hayan tenido el gusto de oírselas á los interesados por que de ese modo podrán apreciar con más calma las bellezas que encierran y los que no hayan podido asistir á ellas por que les damos ocasión de conocerlas.

Nuestro sentimiento es grande por no poder

Biblioteca de Galicia

publicar la colección completa de todas las conferencias que se dieron en la temporada; todas y cada una por su estilo han sido juzgadas de indiscutible mérito; todas por lo tanto son dignas de esta insignificante distinción, y por consiguiente, la omisión voluntaria de cualquiera de ellas constituiría una falta imperdonable para nosotros; por eso hemos tratado de que todas se publicasen. Pero sin duda debido al mucho tiempo transcurrido desde que se pronunciaron, no hemos podido lograr nuestro intento, faltando en este volumen algunas que, aunque pocas por fortuna, producen desde luego un sensible vacío.

Con motivo de estas conferencias hemos contraido varias deudas de gratitud que nos complacemos en hacer públicas. En primer término con la Sra. Pardo Bazán, por haberse dignado inaugurarlas, dándoles de este modo un realce é importancia que sin su personalidad no tendría: después con los demás señores conferenciantes que le siguieron, que con una amabilidad nunca bien ponderada aceptaron nuestra invitación para tomar parte en las mismas: con la simpática y popular *Sociedad de Artesanos* que puso incondicionalmente á nuestra disposición valiosísimos elementos: con la prensa por el apoyo que desde sus columnas prestó á la obra y con el público en general que tanto nos favoreció con su asistencia.

Para todos el más profundo agradecimiento de

La Academia Provincial de Bellas Artes.

Biblioteca de Galicia

GOYA
Y LA ESPONTANEIDAD ESPAÑOLA

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

GOYA

Y LA ESPONTANEIDAD ESPAÑOLA

CONFERENCIA LEÍDA POR LA SEÑORA

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

el día 6 de Noviembre de 1904

LA CORUÑA

Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»
Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5
1905

P-250

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Señoras, Señores:

ONRADA con la invitación para inaugurar estas conferencias, que tienen por noble objeto fomentar el amor á la cultura; doblemente complacida por hablar en mi pueblo natal y hablar en este recinto que para mi lo simboliza de un modo más especialmente íntimo y grato á mi alma, empiezo por felicitarme de que el asunto de esta Conferencia y los que le son análogos despierten aquí interés, y sea este interés manifestación clara de que el fin más alto de la vida, la belleza realizada por el arte, ha llegado á presentarse á vuestros espíritus con aquel resplandor divino que lo sublima, y distingue á los pueblos que de él tienen conciencia, entre los demás pueblos indiferentes á lo bello ó vandalicamente enemigos suyos.

Algo de despertar tiene este movimiento aquí, porque sería mentir afirmar que siempre ha existido como fenómeno general; era más que nada aspiración latente y confusa, patrimonio de pocos, y luchaba demasiado con las circunstancias para no quedar ahogada y vencida, antes de manifestarse. Hemos carecido aquí de Museo Provincial; hemos carecido de grandes Basilicas como la Compostelana, donde se aglomera la producción artística por siglos, y hemos carecido, no solo aquí, si no en toda la región—¿por qué no decirlo sinceramente?—de artistas, con carencia absoluta en algunos

Biblioteca de Galicia

ramos del arte. Escultores de fama produjo nuestra tierra; pintores no. Ni es Galicia todavía, en este respecto, la más estéril de las regiones españolas. Si suponemos que con un dedo borramos del mapa peninsular á la Mancha, Extremadura, Santander, Asturias, las Vascongadas, todo Portugal, resultará que no habremos borrado ningún territorio de los que dieron á la patria su gloria artística más radiante é indiscutible, que es la pintura. Hablo, claro es, de la pintura antigua, no de la actual, en que hay en cada provincia nombres que son realidades ó esperanzas.

Ni es tampoco este singular problema de la localización de las regiones en el desarrollo del arte el que aquí deseo plantear. Concretándome á reseñar el período que precedió á Goya y la aparición de este artista á la vez tan natural y tan extraño, quiero llegar más allá de la región, hasta lo entrañable del principio que determina la evolución del arte; quiero sentir las palpitaciones del corazón de la pátria.

A partir del advenimiento de la casa de Borbón, hasta mediados del siglo XIX, la pintura, y podríamos decir el arte español en su conjunto, se ve influido y subyugado por elementos extranjeros; la ley y norma la dan maestros de otros paises, de Francia, de Alemania, de Italia. Si yo aquí pisase mi terreno, si conferenciásemos de literatura, y revisando cuadernos de notas, fruto de mis lecturas, os recontase los escritores españoles que protestando originalidad y españolismo están impregnados de ese jugo de fuera, habría sorpresas, cuando demostrase cómo nombres que han parecido la quinta esencia del casticismo, chorrean extranjería. Pero en la pintura, en la época á que me refiero, no fué que la influencia más ó menos directa, más ó menos avasalladora de maestros extranjeros, se impusiese á nuestros artistas: fué que así como hoy se traen mecánicos y obreros de Francia é Inglaterra, se traían entonces los pintores, directamente, de Italia, de Francia y de Alemania. Hay pues un periodo entero del arte español en que lo castizo es excepción peregrina; una etapa en que llegó á proclamarse mérito insigne en Francisco Bayeu el haber logrado cierta perfección sin salir de España.

Espléndidas eran sin embargo las tradiciones de nuestra pintura, pero se perdieron con otras muchas en aquella decadencia tristísima cuyo período agudo podemos fijar en las postrimerías del siglo XVII. A tanta desdicha nos trajeron

Biblioteca de Galicia

los Austrias; y la dinastía francesa, cuyos primeros reyes intentaron el remedio, no supo, y digamos en justicia que no pudo, hacer cosa mejor que trasladar aquí y pretender aclimatar por todos los medios la cultura artística de su patria. El renacimiento, de Felipe V á Carlos III, tuvo el grave defecto de no ser nacional Por eso no arraigó, y bajo su elegante corteza quedó una España anterior á él, intacta, refractaria al sentido de la vida europea y al derecho moderno.

En arte, la debilidad se revela por la constante imitación, sin reacciones de espontaneidad. Si no se abolió del todo, desde el *Hechizado*, la originalidad española, por lo menos se oscureció; y sin convenir con Leighton en que siempre hayamos carecido de imaginación, y con críticos más duros aun en que seamos hembras y necesitemos fecundación para crear, (pues justamente la legión de maestros extranjeros venida aquí en el siglo XVIII no suscitó discípulos) conviene reconocer que el manantial pareció agotarse, desde que los últimos secuaces de Velázquez, Murillo y Ribera, los Carreños y los Coellos, se despidieron con algunas obras maestras, dejando el campo libre á Lucas Jordán.

Conserva no obstante el arte español, aun entonces, cierto sello propio. Mas facil es que el experto lo reconozca que definirlo con palabras. A veces no es el equilibrio de las facultades lo que sella; es la exageración de algunas; á veces el artista no se caracteriza por su estilo, sino por su manera, que es lo contrario del estilo. En general, descuellan los pintores españoles por el color, más que por el dibujo; por la fuerza del claroscuro, antes que por la diafanidad y fineza de las tintas. Sienten mejor la realidad que el ideal, y son realistas hasta en lo sobrenatural religioso, contrayéndolo resueltamente á los términos de la naturaleza. Su realismo tiene sin embargo caracteres románticos, por la expresión. En los períodos de postración de nuestro arte, como en los de triunfo, se nota esta dualidad. El realismo franco lucha con la tendencia enfática de la raza. Cuando la verdad triunfa, producimos artistas tan universales y fuertes como Velázquez y Cervantes. El siglo XVIII es un siglo de decadencia, porque en él casi ha desaparecido el elemento realista y naturalista, y solo queda, para luchar con la invasión del clasicismo francés, el énfasis de Churriguera, que es al menos una tendencia muy española.

No es dado á todas las naciones legar un ideal perfecto

Biblioteca de Galicia

y puro de hermosura: solo Grecia lo ha logrado. Los demás ideales nacionales son relativos. Producen obras maestras, pero no establecen soberanía. Y no debe temer tanto una nación incurrir en defectos que acentúen su personalidad, como carecer de ella y reducirse á recibir lo que otras la ofrecen. En arte, el secreto es dar á luz criatura viva, y el niño más bonito no vale nada si nace muerto.

Excelente era, sin duda, el propósito de aquellos primeros reyes reformadores de la casa de Borbón, y no se ha hecho bastante justicia á su noble intento. No fué culpa suya si el renacimiento que impulsaron no llegó á la entraña. Se quedó en las clases altas y poco numerosas, en los grandes señores de bordadas chupas y peluquines de bucles. No existía entonces esa clase media, esa ciudadanía ilustrada, que es ó debe ser vehículo de todo adelanto, para que se transmita á la feraz agra popular, y por eso la obra de los reyes, tan honrada y tan firme que aun hoy admiramos sus restos en monumentos é instituciones, fué á manera de esas capas de verdor que revisten un agua pantanosa.

Preguntad los nombres de los artistas de esa época: os sorprenderá haber estado pronunciándolos familiarmente, cuando apenas hay uno que sea español. Lucas Jordán tiene extranjero hasta el apodo: Fa Presto. Los otros dictadores de la pintura se llaman Hovasse, Ranc, Procaccini, Amiconi, Corrado Giaquinto, Antonio Rafael Mengs, Tiepolo; los escultores, Renato Fremin, Rousseau, Roberto Michel, autor éste de lo que nos parece más castizo en el riñón de Madrid, de los leones de la Cibeles! Y, á pesar de la corriente nacional de Churriguera—no hay que perder ocasión de rehabilitar este nombre injustamente vilipendiado—los arquitectos son extranjeros también: son discípulos de Fontana, y traen á nuestros arquitectos la consigna de «olvidar lo aprendido hasta entonces».

Cuando ponéis dique á un torrente, podéis contenerlo, domarlo, desviarlo de su cauce, pero la fuerza de su ímpetu reprimido proyectará hasta el cielo brillante lluvia espumosa. La espontaneidad nacional española, esclavizada en su hermoso raudal, protestó, alzando ese copo indómito de espuma esmaltado con los colores del iris, que se llamó don Francisco de Goya y Lucientes, y de quien el instinto popular, más aun que la crítica reflexiva, ha hecho como un símbolo de España. Lo que fué la guerra de la Independencia

Biblioteca de Galicia

para nuestra energía lo fué para el arte Goya: la insurrección necesaria, santa y buena.

Goya es aragonés, de una de las comarcas que más contingente han dado á la vida nacional. Nacido en Fuendetodos, en la provincia de Zaragoza, vino á la capital á estudiar el dibujo y la pintura con un profesor que la había aprendido en Nápoles: el mismo maestro de Bayeu. A los seis años de residencia en Zaragoza, pasó á Madrid y después á Roma, por su cuenta, sin pensión ni protección del Estado. No debió de ser Goya ningún fenómeno de precocidad, y más bien se revelaría tardiamente, porque en 1773, aproximándose á los treinta años de su edad, le encontramos atollado, disputando premios académicos en Parma. Regresó á Madrid en 1775: poco después contrajo matrimonio con la hermana de Francisco Bayeu, pintor estimado y relacionado en la corte. Por entonces Mengs, gran dictador de la pintura, encomendó á Goya algunos modelos de tapices para la Real fabrica.

Cuando Goya, en unión de otros pintores, consiguió este encargo, hacía tiempo que lo solicitaba, ansioso de salir á luz. Era la Manufactura de Santa Bárbara objeto de los desvelos de los Reyes, y la habían puesto bajo la dirección de aquel universal Mengs, que á todo atendía, á la fabrica de tapices, á la de porcelanas, á la Academia, á sus propios trabajos. Mengs lamentaba la escasez de pintores que pudiesen suministrar modelos, y quería que los tapices se tejiesen por cartones siempre originales. Entró, pues, Goya á aumentar el número de aquellos «pintores asalariados y vigilados que no trabajan más que para el Rey» y entró con menos sueldo que el oscuro José del Castillo. Involuntariamente, Mengs desconfiaba de aquel temperamento rebelde, de aquel recienvenido que no había mamado de los enjutos pechos de la Academia.

Habíase instalado Goya en Madrid, en una casita á orillas del calumniado río Manzanares, que ni está siempre tan seco, ni carece de márgenes pintorescas, con adorables rinconcitos de frondosidad. No necesitó Goya, para idear sus cartones, más que pasear las orillas del río, con los ojos abiertos; copiar lo que veía; un paisaje de luz transparente, fina y rubia, sobre un campo de verdor no muy intenso, y en la azulada lejanía, las blancas sierras, teñidas al amanecer de rosas que se degradan hasta el cálido color de la tierra, ó adquieren al anochecer tonos de amatista. Sobre este

Biblioteca de Galicia

fondo, que nadie había sabido ver, Goya hizo resaltar las costumbres populares, también desdeñadas: las francas meriendas en que sirve de asiento y mantel la capa tendida sobre el césped, las parejas que bailan seguidillas jaleadas con las palmas, la salvaje bronca despues del juego, la partida de naipes, el ciego rascando su vihuela, la revuelta prendería del Rastro, el claro puesto de loza con sus cacharros de Valencia, la petimetra que se columpia, la gallarda vendedora de acerolas á quien siguen, requebrándola, dos embozados, los guardas del tabaco con sus trabucos, el grave doctor junto al brasero, con su bastón de puño y su manteo rojo, la madamita con su chichisbeo, la florera, las desgarradas mozas que en la pradera mar tean al pelele, los tónicos lechuguinos y lechuguinas que juegan á la gallina ciega ó cucharón, las majas en calesín... un mundo, todo un mundo descubierto y conquistado por Goya, el Madrid que sin él ignoraríamos, anterior al motín de Aranjuez, lleno de frescura y sal, donde aún no había corrido sangre, no se había conspirado, no se había planteado el triste problema de que España, para ser algo, deje de ser lo que es... Solo existía entonces en Madrid otro hombre tan prendado como Goya de aquel ambiente pintoresco: otro pintor, á quien se le daba una higa de los héroes griegos y de las teorías clásicas de Mengs: y este pintor pintaba con la pluma, y se llamaba D. Ramón de la Cruz. Los asuntos bajos y plebeyos, que Mengs calificaría de bambochadas, eran la delicia del sainetero y del cartonista. Ambos se preciaban—y entonces no era preciarse de cosa que vistiese mucho—de haber reproducido lo que veían sus pupilas, de haber representado «la historia de su siglo», según frase de D. Ramón, como si el buen sainetero, con extraña lucidez crítica, presintiese lo que hoy nadie duda, y es que el verdadero historiador no es el que laboriosamente reune materiales arqueologicos, resfriados, para representar sucesos que pasaron, y que él no ha presenciado, sino el que fielmente reproduce los aspectos de una época y al través de ellos, su alma. Así el retrato del Empecinado, por Goya, dice más que un tomo sobre la guerra de la Independencia.

Aunque las náyades del Manzanares sean las inspiradoras de Goya, hay momentos en que le atrae la actividad del cazador, y saliendo á recorrer pueblos y lugares, excursionando en su birlocho, ó recordando escenas de su juventud

Biblioteca de Galicia

en Aragón, nos da en tapiz el más sincero estudio de paletos y gañanes, las escenas geórgicas más seductoras. ¡Qué regalo para los ojos, la bacanal de segadores, con su dorado fondo de gavillas de trigo, la riente vendimia, el efecto de nieve de los arrieros pasando el puerto, los mendigos ateridos de frío, la cómica boda de aldea con su gaitero y su cáfila de chicuelos desharrapados, la dehesa de Tablada con sus toros, la donosa cucaña, el baile sobre zancos en la fiesta baturra, la España rural, traducida con un espíritu de realidad que envidiarían los holandeses, esos excelsos retratistas, no ya de personas, sino de países! Y ¡cuán diferente esta España clásica del XVIII, regocijada, derramando luz, de la del Renacimiento, aquella de los Austrias, del Greco y su gran discípulo Velázquez, de los señores de golilla, pálidos y ascéticos, vestidos de negro ó de pardo, ó llevando arrogantes su armadura de guerra! Con Goya, la alegría entra de rondón por las puertas de la pintura; la malicia ríe, enseñando sus blancos dientes; la chanza, el gracejo, el desenfado, las condiciones del humorismo nacional, en aquel momento de la historia, verdadero paréntesis dichoso, se asoman al arte.

Como el pueblo, Goya se burla de las nuevas costumbres afrancesadas, y hace risueña sátira del abate, que presenta con galantería un frasco de sales á la madama que se ha caído del borrico. Su fantasía no se ha entenebrecido aún: y (excepto en algún cartón como el de la *Riña)* los asuntos son claros y pacíficos.

En la época de sus trabajos para tapicería, Goya pinta lo que le rodea, con su brillante facilidad rayana en incorrección: testigo aquel cartón del CIEGO que tienen que devolverle para que lo concluya. Su colorido entonces es muy vario, aunque siempre animado y rico; pero, algunas veces, demasiado rojizo, contrastando con las delicadas y vibrantes tonalidades de LA VENDIMIA y LA GALLINA CIEGA. Se creería por el colorido que unos y otros cartones no son de la misma mano, á no existir en todos ese no sé qué provocativo y suelto, ese modo peculiar de hacer y de ver, que es marca, ó mejor dicho, garra aguileña del genio de Goya.

Puede considerarse fortuna para Goya haber comenzado por el tapiz. Acaso en en esas obras por necesidad realizadas está la exacta medida de su aptitud de colorista, de su don incomparable de observador. Permitióle el tapiz explayarse más libremente y encontrarse á sí mismo antes que si

Biblioteca de Galicia

hubiese principiado por el retrato. Hasta los cuarenta años de edad no logra sin embargo el que Mengs llamaba «aplicado profesor» cierta fama de que se alaba en carta á su amigo Zapater, escrita con la peregrina ortografía de que han quedado tantas muestras, y que sería para el cultísimo Mengs materia de escándalo. El prestigio de Goya se conocía en que «ya no hacia antesala ninguna... ya solo trabajaba para elevados personajes». Sobre este síntoma, vino el nombramiento de «pintor del Rey» que sin dejar de ser distinción muy prodigada, agradó bastante á Goya, pues en aquellos tiempos el favor real lo hacía todo. Entonces, por segunda y última vez, pintó para la Fábrica una tanda de modelos; de esa tanda forman parte la primorosa bacanal de los SEGADORES y la BODA DE ALDEA, otra joya.

Con ser tan adecuado á sus facultades este trabajo de los tapices, Goya lo ejecutaba de malísima gana, y no veía la hora de dejarlo. Su cuñado, Ramón Bayeu, había logrado, al ascender, verse exento de hacer cartones, y Goya aspiraba á lo mismo. Cuando al subir Carlos IV al Trono le nombra pintor de cámara, el director de la Fábrica se queja al Rey de la resistencia y negativas de Goya á cumplir su cometido. Se presume que el fundamento de la antipatía de Goya á los tapices pudo ser lo imperfecto de las reproducciones, el maltrato que se daba á los modelos, el poco caso que de aquel género de obras suyas, hoy tan admiradas, se hacía entonces, considerándolas como elemento de decoración y adorno, no como puro arte. Sería lástima grande que no le hubiesen en cierto modo forzado á producir cartones, hasta última hora: hubiésemos perdido dos perlas, LA GALLINA CIEGA y EL PELELE.

Eran tan diferentes los procedimientos y estilo de Goya de cuanto le rodeaba, que no es extraño que luchase con la indiferencia, que ascendiese lentamente, que tardase en alcanzar el buen sueldo y el coche de los «primeros pintores de Cámara». Hay que sorprenderse más bien del tino y olfato que demostró la grandeza al distinguirle, favoreciendo á un artista tan extravagante según el gusto de su tiempo. Y no debemos asombrarnos si alguna vez le ocurren desazones como la de Zaragoza; que habiéndole llamado el Cabildo á pintar al fresco las bóvedas del templo del Pilar, no fueron gratas sus pinturas, y se le sometió á la censura y corrección de su cuñado el mediocre Ramón Bayeu, más admirado,

Biblioteca de Galicia

por lo visto, de los reverendos canónigos; confirmándose la gran palabra evangélica de que nadie es profeta en su patria. Por eso Goya, nada sufrido y muy impaciente, decía de allí á poco: «En acordarme de Zaragoza y pintura, me quemo vivo.»

Acaso la protección otorgada á Goya por las altas clases procediese de que, siendo tan innovador, no se preciaba de ello, ni predicaba teorías, ni propagaba sistemas y principios. Si no hubo artista más genial, tampoco lo hubo menos intelectual. Nada enseñó ni escribió acerca de la técnica de su arte. Practicó lo que le salía de dentro, impetuosamente, y demostró el movimiento andando.

Pudo causar la desazón de Zaragoza la ninguna idoneidad del pincel de Goya para asuntos religiosos. El españolismo del artista no se desmentía en esto, y siento no disponer de espacio para fundar mi afirmación y razonar como, á pesar de Murillo, la tendencia artística de la raza no es esencialmente mística y como el más místico de nuestros pintores, el Greco, es griego de orígen, y de escuela veneciano. Por necesidad, y por esa disposición general que poseía, Goya pintó mucho cuadro religioso, Santos, Sacras Familias, hasta Inmaculadas Concepciones y Santas Lutgardas con el ramo de azucenas; pero en esto como en todo arrolló la ley, y se complació en infringirla.

Ved el PRENDIMIENTO de Toledo, alumbrado por uno de esos efectos de luz en que Goya pisa las huellas de Rembrandt, el primer luminista del mundo: comparad ese PRENDIMIENTO con el otro PRENDIMIENTO del Greco, en la misma Sacristía de la misma Catedral; el del Greco es sentido, triste, poético: el de Goya, animado, plebeyo, ardiente; parece una escena vivida del motín de Aranjuez contra Godoy: así buscarían las turbas, á la rojiza claridad de teas y faroles, al Príncipe de la Paz, para arrastrarle. Ved esas dos composiciones existentes en la Catedral de Valencia, fundadas en episodios de la vida de San Francisco de Borja: una sobre todo, «San Francisco de Borja auxiliando á un moribundo». Descártese la obscena leyenda de ese cuadro, leyenda cuyo fundamento ignoro, pero que revela la idea que se tuvo siempre de la irreverencia de Goya,—y debo añadir que la leyenda no me parece sin embargo verosímil, tratándose de un cuadro encargado por una dama, la Condesa de Benavente;—considérese el cuadro cual le vemos, no como dicen

Biblioteca de Galicia

que estaba; contemplemos ese pecador que se retuerce ya como un réprobo, esas extrañas visiones que detrás de la cama aguardan su presa, y descubriremos la forma española de la pintura religiosa en Goya: el terror demoniaco, la boca del infierno abierta. Ese cuadro de Valencia es hermano de los terribles CAPRICHOS con sus brujas, sus aquelarres, sus muertos desenterrados, la negrura de sus sombras, tras de las cuales se adivina la mueca de la nada.

Pero dónde mejor apreciaremos la radical incapacidad de Goya para el sentimiento religioso, humilde y puro, es en la por otra parte deliciosa decoración de la iglesita de San Antonio de LA FLORIDA, que se encuentra en Madrid y que pocos visitan, á pesar de que sus frescos pueden considerarse punto inicial de ciertas direcciones de la estética moderna. Jamás he llevado á la ermita de San Antonio extranjeros algo inteligentes, que no haya visto, con orgullo, su asombro, su éxtasis, ante aquella maravilla sugestiva, de carácter tan contemporáneo, que podría ser la revelación del pintor más actual.

Como no hay obra de Goya que no tenga leyenda, la del techo de la Florida cuenta que los querubines y serafines hembras de la bóveda son retratos de damas de la corrompida corte de Garlos IV. En frase asaz cruda refiere esta leyenda el sacristán, señalando al techo con su caña enciendecirios. Citaré un párrafo de Araujo que da exacta idea de esas figuras, por las cuales adquirió Goya el derecho de ser considerado precursor del neo idealismo y del decadentismo. «No son los niños ni los ángeles que han pintado todos los pintores que han querido representar celestes mensajeros; los de Goya son ángelas, con moños y faldas de gasa, con fajas de colores vistosos, ceñidas bajo el bien formado seno, y todo lo que había de fino y delicado en la imaginación del artista, lo puso en estas figuras, que no son figuras lascivas, sino mujeres que hablan más al alma que a los sentidos, figuras puramente ideales; nada religiosas, pero nada profanas tampoco. Si respirasen, desaparecería el encanto». Por el párrafo transcrito se ve como Goya fué mucho más allá de lo que hubiese podido ir si solo tratase de reproducir picarescamente, en los lunetos y pechinos de una bóveda, á las barbianas, digámoslo así, de su época, transfiguradas en serafines. Hay otro encanto en las tan acertadamente calificadas de *ángelas* por Araujo. No averigüemos si tienen defec-

Biblioteca de Galicia

tos de dibujo, arbitrariedades de colorido: ello es que presentan algo de soñado y aéreo, de musical, de exquisitamente sentido, que no es la nota habitual de Goya.

Este pintor de tan espléndida paleta, sin rival en los díversos coloridos que recorrió, desde las tintas brillantes á los grises suaves y delicados; este expresivo, que extrajo de cada asunto la mayor esencia de vida que cabe en él, tenía que ser un gran retratista. Y lo fué, aunque haya dejado retratos desiguales é inferiores, entre el número crecidísimo de los que produjo. La Exposición de Goya, que no ha mucho se celebró en Madrid, era, en su casi totalidad, una exposición de retratos.

A pesar de que algunos poseedores de retratos de Goya no se decidieron á enviarlos á la Exposición, ocupaban extensos salones los remitidos, y revivió un momento la sociedad de la época de Carlos IV y de los primeros años del reinado de Fernando VII. Allí el Infante D. Luis, el de la novela amorosa, predecesor de los príncipes que en nuestros días arrojan por la ventana el rango y se casan con particulares; allí el Rey, la Real familia, agrupados, solemnes, vistosos, con su penumbra de mitologías en que la leyenda supone alusiones irreverentes á regias debilidades; allí los grandes de aquella Corte contra la cual empezaba el pueblo á murmurar: los Osunas, los Benaventes, los Fernán Núñez, los Montellano, los Albas, los Lazán, los Villafrancas, los Pignatelli; allí, reiteradamente, la Reina María Luisa, á quien las malas lenguas acusaban de haber querido posar ante el pintor en licencioso traje, pero que realmente aparece elegantemente vestida de maja, casi hermosa á fuerza de españolismo y garbo, con el breve chapín y la airosa mantilla de blonda, ó amarimachada, á horcajadas, á caballo, vestida de Coronel de Guardias de Corps; allí el favorito, Príncipe de la Paz, sobre su bridón, con gran aparato militar, jugando á los soldados, cercado de banderas y cañones; allí la célebre actriz, la Tirana, y el famoso tenor Manuel García; allí el arquitecto Ventura Rodríguez y el eminente escritor Leandro Fernández de Moratín; allí el poeta bucólico Meléndez Valdés, y el heroico defensor de Zaragoza, Palafox; el pintor Bayeu; el aliado Lord Wellington; el culto Azara; los estadistas, y reformadores, Floridablanca, Jovellanos,—una sociedad entera, con pelucas empolvadas, y casacas tornasol, que parece respirar unas veces, y que otras vive más allá de la

Biblioteca de Galicia

realidad, es alma, y es ensueño, y es sugestión, análoga á la que poseen las figuras de San Antonio de la Florida. En esos retratos está escrita la transformación de España, desde Carlos IV á Fernando VII. A la pelucona y á la chorrera suceden los atavíos más sencillos, casi románticos, de la Revolución y del Imperio. Reyes é Infantes, grandes de España y actores, majas, literatos, toreros, hasta el ciego que pide limosna en las gradas de San Felipe, se aparecen con un carácter emocional, que no tendrían si los retrata un pintor bien equilibrado, un realista á secas, un D. Vicente López; todos llevan el sello de vehemencia expresiva, de vida intensa, que pertenece á Goya.

Algunos de estos retratos los firma Goya, haciendo constar que están ejecutados en horas: en pocos se ve detenido estudio de las cabezas ni de las manos. Goya no pinta sino con el instinto y el temperamento. Rápidos toques, y en ellos vertida toda el alma, como profusa libación. En el colorido, una mágia que no podrán alcanzar sus secuaces, y para demostrarlo bastará citar á Fortuny, cuya pincelada tal vez se fatiga en querer dominar el color á lo Goya, y parpadea y mariposea rendido, porque no lo consigue. En esto del colorido, Goya es un romántico, y hasta se diría que, como los románticos que vinieron después, pide al colorido más de lo que puede dar de sí, y le atribuye virtualidad propia, suficiente. Ved los grises elegantes del retrato del elegante Moratín. Ved los rojos sombríos, enérgicos, de la enérgica y feroz cabeza de Juan Martín el Empecinado. El retrato de Moratín es su misma literatura. El cabecilla es la guerra, la defensa de España.

Hay dos retratos de mujer, de cuerpo entero, célebres bajo el nombre de LA MAJA VESTIDA y LA MAJA DESNUDA, que manifiestan, mejor que otros de Goya, el singular don de ir con la realidad mucho más allá de la realidad. Se ha debatido quién fué el modelo; se ha nombrado á duquesas y á comediantas; pero lo que nadie ha puesto en duda, es que una mujer de carne y hueso posó ante el pintor, y que retratos de esa mujer son ambas MAJAS. No se concibe nada más enigmático, más inquietante, como ahora dicen, que esos retratos de una Venus española. Cada país tiene su tipo de belleza femenina, pero hasta que aparecen los Goyas y los Rubens, ese tipo no se revela en la obra de arte. Sus rasgos flotan en la fantasía de la raza, indeterminados, sentidos:

Biblioteca de Galicia

llega el artista y los fija y cristaliza en molde inmortal. Rubens y Rafael encarnaron el tipo de hermosura de su tiempo; pero la misteriosa insinuación de determinada forma, pertenece á pintores como Sandro Botticelli, como Leonardo de Vinci y como Goya, que han propuesto, en una figura de mujer, infinitos temas al sentimiento. Ese carácter perturbador de la tranquilidad, irritante, atractivo, distingue á las MAJAS. Si no debiese ir dejándome atrás infinitos puntos de vista, haría resaltar las diferencias entre el ideal de raza que representan las MAJAS, y el ideal de raza también, pero de raza superior en cultura artística, que se cifra en la GIOCONDA ó en la PRIMAVERA de Botticelli. Carlos III había podido traernos, con ayuda de los inteligentes, preciosidades de los Museos de Italia; el alma de Italia no pudo traernos: poseíamos la nuestra propia, y Goya nos la reveló en sus MAJAS.

Lo que tiene de representativo para el ideal helénico la Venus de Milo, puede asegurarse que lo tiene para nosotros esa mujer reclinada sobre dos almohadones y un paño, con los brazos levantados y las manos enlazadas detrás de la cabeza, entre las ondas del negrísimo pelo. LA MAJA no es hermosa según las reglas clásicas: sus extremidades son desproporcionadas de puro finas: la raza así las quiere, porque proceden del encierro y clausura de la mujer! Su endeble cintura es exagerada á proporción de sus caderas y seno, y sus ojos son enormes sobre su cara pálida: dos linternas encendidas en noche de luna. No es una beldad, sino algo más peligroso; una bruja joven, que fascina y hace sortilegios; una tentación de asceta. Diríase que la MAJA desnuda reposa, untada aun con los ungüentos fríos de que habla Cervantes en el COLOQUIO DE LOS PERROS, de vuelta del sábado, donde ha practicado ritos de hechicería El atractivo de la MAJA, como el de su autor, puede discutirse, pero es capcioso y difícil de destruir por el razonamiento. Esa mujer que por vez primera retrata Goya, y que tal abismo separa de las figuras austeras de Velázquez y Sánchez Coello, como de las honestas y célicas Vírgenes de Murillo y Tovar, esa mujer empecatada, va á ser el símbolo español: los extranjeros van á sentir la inquietud que emana de ella, el romanticismo se va á apoderar de ella, Mérimée y Víctor Hugo van á sufrir su influencia más ó menos alterada; va á deslizarse como un duende en la estética, y á personificar, si no toda la psicología española, por lo menos infinitos aspectos

Biblioteca de Galicia

suyos. Claro es que no me refiero exclusivamente á los dos lienzos de la Academia de San Fernando; me refiero al tipo de la MAJA, que bajo el lapiz y el pincel de Goya reaparece como una obsesión, con su cintura quebrada, su pie airoso, sus ojos nocturnos. ¿Quién podría contar las veces que asoma esa mujer, no ya solo en el arte de Goya, sino en el de pintores distantes por ley de raza del ideal español?

La MAJA, más *inquietante* aun bajo la ropa, entre la nube de la mantilla de blonda, es la que vemos en los CAPRICHOS, con todo su carácter de bruja joven, acompañada de la bruja vieja, halduda y barbuda, ni más ni menos que en las novelas picarescas, como la TÍA FINGIDA, de Cervantes, ó en las jácaras y letrillas de Quevedo. Y siempre la gentil hechicera aparece como un ser dañino, casi siniestro, una virtud maléfica, de tinieblas y pecado, ya guiñe el ojo tras del abanico, ya estire la media de seda sobre el finísimo tobillo y el empeine curvo, ya exhale el desdeñoso «perdone por Dios» á la mendiga, que es su propia madre, ya cubierto el rostro con el antifaz de terciopelo, pronuncie el sí y alargue la mano al novio, ante el ara. Esa es, según Goya, la Eva española.

Los dos lienzos de la MAJA han servido para fundar la opinión de que Goya fué un galanteador eterno y sempiterno, y que entre sus conquistas figuran la Duquesa d Alba y la de Benavente. Es cierto que á la primera la retrató muchas veces; pero, en la época en que se le supone entregado á tal devaneo, era Goya un cincuentón, sordo y mal humorado. En carta de Goya á un íntimo amigo, hay un pasaje donde declara que la Duquesa de Alba se le metía contínuamente en el estudio, con esa confianza que en todo tiempo muestran las grandes señoras á los retratistas de fama, y le pedía que la pintase la cara, es decir, que la aplicase blanquete, lunarcillos y colorete. Y añade Goya sencillamente: «Por cierto que me gusta más que pintar en lienzo.» Esta salida es acaso la que dió pie á suposiciones de amoríos.

Confundiendo, como suele ocurrir, al autor con su obra, se ha formado la leyenda de Goya, en ninguna parte más extendida que en el extranjero, sostenida por el escritor francés Carlos Iriarte, autor de un libro sobre Goya que tiene autoridad y ediciones, y hasta por el reciente y serio historiador de la pintura, el inglés Richard Mutter. Según esta fantástica leyenda, Goya es una especie de Tenorio al estilo bohemio, enamorado, pendenciero, siempre enredado en lan-

Biblioteca de Galicia

ces de cuchilladas y navajazos, herido en ellos, obligado á huir de la justicia, torero de afición, unido á una cuadrilla con la cual recorre varios pueblos allegando dinero para hacer su viaje á Roma, y firmando sus cartas con el nombre original de «Francisco de los toros»; galán en Roma de las bellas transtiberinas; dispuesto á escalar, como su modelo, las tapias de un convento para robar á una monja; perseguido por la Inquisición; dedicado en Madrid á inventar burlas y escarnios semejantes á los que ejecutan, en RINCONETE y CORTADILLO, los rufianes Chiquiznaque y Maniferro; pateando á un aguador, estafando á un boticario, yéndose á San Lúcar con la Duquesa de Alba, rival en su corazón de la Benavente; todo sazonado con anécdotas como la de las medias blancas que Goya se puso para presentarse al Rey, y en las cuales había dibujado la caricatura del ministro Escoiquiz, ó la de los aguafuertes que llevan por contraseña el perrito habanero de la propia Duquesa de Alba, doña María Cayetana Teresa de Silva.

Ni una sola de estas novelescas aventuras tiene cimiento, ni se aviene con el modo de ser de Goya; pero entienden los que mejor estudiaron este punto, que si la credulidad extranjera, en materias españolas inagotable, aceptó tales patrañas, aquí nacieron, porque á los españoles les agrada el tipo de perdido y del guapetón Que las patrañas se fundaron en rumores del vulgo, lo prueba el hecho de que, aun hoy, á cada retrato de mujer que se descubre y se atribuye á Goya, se calumnia probablemente á alguna buena señora, juzgándola amante del retratista

Y es el caso que D. Francisco de Goya y Lucientes fué hombre todo en prosa llana, buen marido, excelente padre de familia, ínclito madrugador y cazador, aragonés neto, irascible de genio pero pacífico de costumbres, ya sordo como una tapia cuando se le cree el ídolo de las damas de la corte, y solo romancesco, original y extraño cuanda empuña el pincel ó el lápiz; sólo sugestivo cuando sorprende y traduce el ideal español, apenas modificado hoy por el transcurso del tiempo.

Punto más importante que el de las calaveradas de Goya, es sin duda el de su concepto de la sociedad, la patria, la fe, los porqués del más allá y del destino humano. Si Goya no hubiese producido más que cartones de tapices, retratos, cuadros, frescos para las iglesias, no se discutirían

Biblioteca de Galicia

sus intenciones. Pero tientan la curiosidad sus colecciones conocidas por Los caprichos, Los proverbios, La tauromaquia, Los desastres de la guerra. Ante estos albumes de pesadillas, cualquiera pregunta: ¿era Goya un afrancesado, un espíritu indignado contra el atraso y la barbarie, un predecesor de su paisano D. Joaquín Costa en clamar la necesidad de europeizarnos? ¿Era un descreído, un revolucionario, un nihilista? ¿Era sencillamente un artista prendado del contraste violento de la luz y la sombra, un caricaturista genial que eleva la caricatura á lo sublime, á lo grandioso de la tragedia?

Yo creo que la verdad está, en este caso, y en la mayor parte de los casos en que se afirman cosas contradictorias, entre lo radical de las afirmaciones: y para demostrarlo me bastará una ojeada á los hechos más corrientes de la vida del pintor, á su actitud frente á los gravísimos acontecimientos que se desarrollan en España.

No es dudoso que Goya buscó el favor cortesano y que sin protesta esperó en las antesalas, como él mismo confiesa, la hora de ser recibido. Pero las antesalas aguzan el sentido crítico, y mientras la gente hace antesala, reflexiona y observa. En la España de Carlos IV no faltaba qué observar.

Si Goya fuese un Mengs, se dedicaría al pasado, á romanos y griegos, viviría con los muertos ilustres, y el presente no se impondría á su conciencia. Pero al empaparse del ambiente como se empapaba Goya, en pos de los colores y las formas tenía que venir la inevitable acometida de las ideas. Hay que tener la flema holandesa, ser un Teniers ó un Metzu, para pasarse la vida retratando costumbres, sin que entre la transcripción se deslice una idea sola.

¿Cómo no sentir la efervescencia de la sátira? Goya contemplaba una corte enredada en intrigas, un pueblo en quien los instintos buenos se ahogaban bajo la cizaña del error y la incultura, y presenciaba aquél plácido y dormilón desconcierto que iba á entregar á España indefensa en manos del invasor francés; y sin que Goya fuese lo que entonces se llamaba un patriota y que ahora no sé como se llamará, pues temo que la especie se ha perdido, bien puede asegurarse que en su espíritu la reprobación y la condenación de tal estado de cosas surgió hasta involuntariamente. La imágen de España que llevaba dentro cambió: no fué aquel gozoso y mágico panorama de los cartones de tapiz, si no el

Biblioteca de Galicia

negro y visionario desfile de espectros, larvas y maleficios de los aguafuertes y dibujos; un inmenso sábado, el reino del horror, cuyo término es la negación y la muerte.

Es difícil rechazar á la evidencia de la intención satírica en Goya. Es difícil creer que tan exactas y tremendas alusiones á la filosofía histórica se deban solo á la casualidad. Es difícil explicar sinó como sátira la impresión que causan los albumes de Goya. El impresionista, el colorista, se ha convertido en moralista, y hasta en vidente y profeta. Su lápiz maldice, su lápiz destroza. Sea adrede ó no, el efecto es igual.

Son los CAPRICHOS agua fuertes. Siempre había manifestado Goya singular habilidad para el procedimiento, al reproducir algunas obras de Velázquez, sujetándose poco al modelo y tratándolo con su desenfado habitual. En 1798, cuando llevaba veintidos años de residencia en Madrid y se aproximaba su nombramiento de primer pintor de Cámara; cuando ya la sordera, contraida de resultas de seria enfermedad, había reconcentrado su carácter haciéndolo mas suspicaz y rabioso; cuando la madurez empezaba á deshojar el rosal de la vida, volvió Goya á sentir el atractivo del agua fuerte, y encontró campo abierto á su imaginación ya desatada.

No serán los CAPRICHOS alusiones á determinadas personas; pero son de cierto latigazos al estado social en que esas personas ejercían decisiva influencia. Que las alusiones tenían que velarse, á cualquiera se le alcanza. Goya declaraba textualmente haber elegido asuntos que le permitiesen combatir preocupaciones, imposturas y abusos consagrados por el tiempo, y protestaba de que ninguna de aquellas láminas se refería á determinada persona. Esto dice la intención satírica y la cautela de Goya curándose en salud. Es probable que su declaración encierre sinceridad, y que efectivamente rehuyese lo demasiado personal y concreto; entre otras razones, porque sería temeridad lo contrario. Si con el respeto que apesar de las habilillas se profesaba al trono, y con la omnipotencia del favorito, se permitiese Goya transparentes sátiras, más le valdría emigrar. A mil leguas de tal propósito está el autor de los CAPRICHOS. Lo que solicita es el favor, y refiere satisfecho que Carlos IV le abrazó bondadosamente. «Procuró—dice de Goya un biógrafo—conservar su cargo de pintor de Cámara, lo mismo con Carlos III que con Carlos IV, con José Napoleón que con Fernando VII.»

Biblioteca de Galicia

Tal vez debamos felicitarnos de esta precaución á que atendió Goya. La sátira, para alcanzar inmortalidad, ha de ser ó social ó general, por que las sátiras que apuntan contra las personas y no contra los vicios de la sociedad, ó los estados morbosos de las razas y los pueblos; las sátiras detrás de las cuales se transparenta un rencor y un nombre, no suelen pasar de desahogos personales también, brotes de envidia ó de amor propio herido. Al paso del tiempo, la sátira de Goya, difusa, por decirlo así, adquiere la mayor importancia, como documento histórico, como dato ó conjunto de datos y observaciones acerca de un período; es obra la suya, una vez más, épica en el alta acepción de la frase; histórica, y aun profética, en el sentido de que por ella cabe vaticinar el porvenir de un pueblo en que el lápiz del caricaturista extrae tal suma de grotesco y de horrible, sin falsear los fundamentos de lo real. Y, si hubiese tiempo y lugar para la comparación, no sería inútil establecerla entre el cuadro de la vida española según la retrata Goya, y según la retrataron nuestros dos grandes satíricos, el de la Edad Media y el de los siglos de oro; el Arcipreste de Hita y don Francisco de Quevedo y Villegas.

Solo diré que los dos escritores fueron más realistas, y que el pintor se mostró visionario, casi apocalíptico. Su sátira, rebasando de los límites de histórica, se extiende á la humanidad. Hay en ella cosas peculiares de España, de la España de Cárlos IV; pero hay otras que en cualquier tiempo se aplican á lo vano y á lo vacío de la existencia.

Sin duda los petimetres ridículos, los teólogos fanáticos, los médicos asnales, los rudos toreros y guerrilleros, las mismas brujas cabalgando escobas, son la sombría visión de la España de entónces, y aún encontramos rastros suyos en la de ahora; pero á todas las épocas pertenece la caricatura del amor, de la galantería, las desplumadoras de incautos, las viejas coquetas acicalándose «hasta la muerte», los necios pidiendo el sí á la mujer enmascarada, con otras mil escenas burlescas, mofadoras de la humana ilusión. Y esas figuras más adivinadas que vistas, entre nieblas y sombras, son la ignorancia, la superstición, el miedo, la crueldad, la barbarie, entidades, no individuos; un mundo, no un centenar de hombres.

Debe tenerse en cuenta que Goya no es un reformador. Aunque vaya pensando más cada día, y esto salte á los ojos,

Biblioteca de Galicia

comparando los CARTONES y los CAPRICHOS, lo que predomina en Goya es su ardoroso temperamento artístico, el goce que le produce el contraste del claroscuro y del color en esa España que satiriza y que su pincel adora.

Trillado será, pero hay que repetirlo: el genio de Goya es esencialmente español. Como que es España misma, no solo en lo eterno, en las costumbres, si no en lo íntimo y sustancial. España, ansiosa de ser símbolo, había venido á Goya.

Atraen irresistiblemente á este pintor las escenas dramáticas, la emoción y su caricatura, la herida, el suplicio, la mueca y la carcajada. Sus ahorcados y agarrotados, sus torturados por la Inquisición, sus toreros enganchados por el toro, sus disciplinantes chorreando sangre, sus hechiceras y demonios, sus mascarones, sus dómines, sus procesiones, sus episodios de batallas, muestran, junto á lo siniestro, lo cómico, un cómico lúgubre. Yo diría que danza en esta parte de la obra goyesca, no un payaso, sinó el ánima en pena de un payaso difunto.

Y si quisiese resumir en una frase la impresión de conjunto de la obra de Goya, diría que en los CARTONES fué el pintor del sol y del día, y en sus aguafuertes ó aguatintas el de las tinieblas y el espanto nocturno, aquel espanto informe de que hablaba Job y que le hacía erizar los cabellos. Las estampas de Goya son manchas-muchas de ellas: tienen la confusión lúcida é incoherente de la pesadilla y del delirio calenturiento.

En un temperamento artístico semejante, predispuesto ya á sacar de todo la mayor suma de emoción, pero emoción material, expresada por el dolor físico y la muerte violenta, germinó la predisposición ante la invasión del territorio pátrio y su séquito de atrocidades. Entraron los franceses cometiendo crueldades y depredaciones: les contestamos, era justo, con guerra de emboscadas, sin cuartel. Acaso la humanidad entera se le apareció entonces á Goya como manada de lobos carniceros. Su fácil lápiz, su no menos fácil pincel, se dejaron llevar por la fiera y tremenda poesía ambiente. Tenía don para sorprender la actitud del crímen, y reprodujo escenas y tipos criminales con feroz acierto que solo ha sido igualado por su discípulo Fortuny en la inimitable figura del SECUESTRADOR. Es observación exactísima de Araujo, que Goya no vió la guerra al través del prisma del honor, de la gloria, del deber, ni siquiera del patriotismo, si no como bru-

Biblioteca de Galicia

tal desate de apetitos y pasiones, y prueba de esa animalidad diabólica (si vale expresarse así) que existe en todo ser humano.

No fué solo en las estampas y dibujos, sinó en los cuadritos llamados *borrones*, donde Goya dió vado á su afición á retratar crímenes. Puñaladas, incendios, saqueos, con otros desmanes más difíciles de trasladar al lienzo, asesinatos, asaltos á diligencias... de todo hay. Y no parezca extraño lo que voy á añadir: esos criminales de Goya, tan fuertemente sellados con el sello nacional, tienen algo de nobleza bajo la ferocidad de sus caras y actitudes. Los arrieros y los caleseros de LA RIÑA, con poco esfuerzo se transforman en los guerrilleros de Mina ó del Empecinado.

Mezcla de ferocidad y heroismo respiran los dos grandes lienzos bocetados, los mayores de sus BORRONES, que se hallan en el Museo del Prado, si no recuerdo mal. Uno representa al pueblo de Madrid atacando á los mamelucos, otro los fusilamientos ordenados por Murat, en la Montaña del Príncipe Pio. Los llamo borrones, por que tienen ese carácter, aunque consta que Goya los bocetó primero y los ejecutó después. Menos que nunca hizo Goya en ellos labor detenida; y apesar de que allí no se ha ennoblecido ni espiritualizado nada, y que el colorido carece de esa mágia que otras veces despliega Goya, los tales borrones hieren las fibras, por la furiosa energía pasional que descubren, por el instinto de destrucción, venganza y muerte que los inflama. El MOVIMIENTO, ese gran secreto de Goya, corre como ola vital, encrespada y rugiente, por los dos borrones patrióticos.

Patrióticos, sin intención, seguramente. Si Goya perteneciese al número de los artistas que se consagran al servicio de una causa ó de una idea, gran ocasión tenía de hacer pintura patriótica cuando Palafox, embriagado de alegría por el feliz término del primer sitio de Zaragoza, que tuvieron que levantar los franceses, le llamó á que tomase apuntes y recuerdos, sobre el mismo teatro de la defensa.. Parece que Goya bocetó algunas escenas del sitio, algunas vistas de las ruinas, y que en una de ellas figuraban los chiquillos zaragozanos arrastrando por el Coso cadáveres de franceses. Estos bocetos, ocultos bajo un baño para salvarlos cuando el francés entró al fin, se han perdido. Lo que resta de tal corriente de inspiración son LOS DESASTRES DE LA GUERRA, cari-

Biblioteca de Galicia

catura de un satírico espectador, no canto de un patriota victorioso.

Con la misma tranquilidad vemos á Goya instalado en el Real Palacio bajo Carlos IV y bajo el *Intruso*, que le encontraremos al retorno de Fernando VII. Si es cierto que el *Deseado* dijo á Goya que debía ahorcarle, (propósitos que en boca de aquel monarca estaban siempre dentro de la verosimilitud) Goya pudo responder que, cuando ahorcasen por mal español, peligraría el regio pescuezo. La cuestión se arregló quitando del cuadro alegórico de Goya, existente en el Ayuntamiento de Madrid, la cabeza de José Bonaparte, y poniendo otro retrato en su lugar. Fernando VII sería admirador de Goya, que tan bien interpretaba aquel ambiente amanolado y flamenco en que el Rey se complacía. Y Fernando VII era, además, hombre listo y agudo, muy cierto de que Goya, pintase como pintase, ni se metía en política, ni conspiraba.

Hacia 1824, en el momento culminante del terror absolutista, el pintor de Cámara de *Pepe Botellas* está tan en favor con Fernando VII, que obtiene permiso de pasar á Francia con el sueldo íntegro. Intrépidamente, á los setenta y ocho años, sordo, sin saber jota de francés, se lanza á salvar la frontera, «tan contento y tan deseoso de ver mundo» dice Moratín. Todo le encanta en la tierra francesa: el campo, el clima, los alimentos, la tranquilidad. Descansa del color, del terrible color local de España. «Sin embargo—añade Moratín—á veces se le pone en la cabeza que en Madrid tiene muchísimo que hacer.»

La residencia habitual de Goya en Francia es Burdeos, donde vive entre los afrancesados, los Silvela y los Moratín, emigrados por temor á la reacción, y con la señora de Weiss y su hija Rosario, parientes suyas ambas, y decidida la última, en la más juvenil edad, á dedicarse al arte, á tomar lecciones de Goya. En esta paz se complacía, paseándose por la ciudad, donde le conocían por su gran bimba peluda, á lo Bolívar—con la cual está retratado al frente de LOS CAPRICHOS. Y allí le sobrevino la muerte, de una de esas caídas tan funestas á los ancianos. Ochenta y dos años tenía Goya, era el de 1828, y el romanticismo, impetuoso, arrollador, empezaba á abrirse camino en España.

No importa que este hombre fuese en política escéptico, en religión irreverente; no importa que su filosofía, como

Biblioteca de Galicia

quieren algunos, se resuma en la *nada* escrita por un espectro en la losa de un sepulcro. El artista, lo único que nos importa en Goya, fué de su raza, fué de su gente, fué nuestra resurrección artística después de un siglo casi de absoluta dependencia del extranjero, y en este sentido, ni Mina, ni Juan Martin, ni Palafox, ni Castaños, hicieron por la patria lo que Goya. Nadie ha expresado á España como él: nadie fijó determinados caracteres nuestros, ni antes ni después de Goya, como él los fijó. Los mismos defectos de Goya son los que se achacan á nuestro arte moderno en general, y si hasta Fortuny no aparecen herederos de parte de su genio, en cambio es unánime la afirmación de que nuestra pintura se caracteriza por la falta de meditación, la rapidez en concebir y ejecutar, la preferencia del color sobre el dibujo, el bocetar y el improvisar eterno: los rasgos de Goya. Y si ahondando más pasamos de la factura al alma, no conozco nada tan nuestro como esa concepción cruenta y fiera de la historia, ese desdén de la ley y de la regla, ese anárquico individualismo, ese terror de ultratumba y ese indómito y bravío desprecio de la vida humana.

Jamás encontraremos á Goya sumiso, no ya á maestros de carne y hueso, pero ni aun á esos maestros sin cuerpo que se da uno á sí propio, y que se llaman principios, teorías estéticas. En el se desmintió el axioma de que todo el mundo es aprendiz de alguien. Ya cuando en la Academia de Parma ganaba el segundo premio, le reprochaban que se apartaba del asunto. En sus obras hay, no lo negaré, reminiscencias; Lefort encuentra en él algo de Velázquez, algo de Reynholds, algo de Greuze, algo de Tiepolo, algo de Fragonard; á la menestra de estos nombres, yo añadiría mucho de Rembrandt, que á veces parece sugestionarle. Pero son alardes, son juegos, son verdaderos caprichos. Goya juega con la luz, con la sombra, demostrando que podria imitar á quien quisiese, y que no lo hace por que es en sí, vive en sí, reside en su propio palacio. Sería error afirmar que con este sistema alcanzó Goya á la perfección serena del arte. Al contrario: sostengo que la obra maestra de Goya quedó por hacer—una obra equivalente á lo que es para el Greco EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ, ó para Velázquez el CUADRO DE LAS LANZAS. La página definitiva de Goya se derritió en el volcan de su incesante creación incompleta, convulsa. Erale imposible la disciplina. Ignoraba la paciencia. Era irreducti-

Biblioteca de Galicia

ble. Sus mismas copias demuestran su imposibilidad de someterse, ni con propósito de estudiar, al pensamiento ageno. Ni aun la tradición clásica española, que resucitó con don Vicente López, influyó un momento sobre aquél desequilibrado de Goya. Así fué toda su vida, y poco antes de su fallecimiento decía de él Moratín: «Pinta que se las pela, sin querer corregir jamás nada de lo que pinta.» Era un ejecutor rapidísimo, y casi no daba tiempo el concebir al realizar; por lo cual su leyenda asegura que pintaba con el cuchillo, con los dedos, con esponjas, con cucharas, con lo primero que hallaba á mano. Se pierde la cuenta de sus obras, y por pintar, hasta pintó las paredes de su casita, aquella vivienda del camino de San Isidro, que el vulgo, admirador instintivo de Goya, llamó la casa del *Sordo*. Por esta prisa y furia de su pincel cometió, él que era gran dibujante, faltas de dibujo en los caballos, algunos parecidos á alimañas fantásticas, de sus retratos ecuestres. Su ideal es la mancha. Cuando López le retrata, Goya no consiente que termine, y obliga á aquél trabajador concienzudo y sin fiebre; á que deje la obra en boceto.

Y he aquí por qué, sin quitarle á Goya un rayo de su aureola, hay que reconocer, en honor de la verdad, que no existe pintor más desigual, ni, muchas veces, más descuidado. Nadie como Goya ha tenido por fueros sus bríos y por prerrogativas su voluntad. Desacatando todo, rompiendo todas las vallas, más capaz que nadie de reproducir á lo vivo el natural, y cayendo al fin por impaciencia y falta de mesura, en pleno dominio de lo fantástico; dueño de un encanto, de un talismán con que nos embruja, Goya es, no digo el más grande, pero el más temperamental, expresivo, movido y genuino de nuestros artistas. Tuvo mil errores, mil caídas, pero ni un solo convencionalismo, ni un solo rasgo en que no sea Goya, en que no se afirme, para mal ó bien, su personalidad dominadora.

Es él, siempre él, sin monotonía, como un rostro cautivador contemplado mil veces, que á cada mirada seduce más, se insinúa con nuevos hechizos; por que en su cartón más flojo, en el más atropellado de sus borrones, en cualquier mancha, existen dos cualidades maestras: la originalidad y la vida. No una conferencia; un libro necesitaría para resumir los efectos de la influencia de Goya en el arte y también en la literatura, en la evolución del realismo contemporáneo

Biblioteca de Galicia

hácia el decadentismo, el simbolismo, y aún hacia extravagancias como el satanismo; cuantas tendencias neo idealistas han relampagueado en la estética contemporánea. Goya reaparece donde quiera: en el pincel y en la lira, en la decoración y en el sentimiento, en manifestaciones artísticas tan diversas como los lienzos impresionistas de Manet, los dibujos de Rops, los versos de Baudelaire, las novelas de Huysmanns, los cuadros de Moreau. Y esta creciente admiración á Goya, y este surco cada día más hondo, traspasados los Pirineos y los paises donde España ya no puede alegar otros títulos al respeto que los de la belleza y el arte, es— y á Goya se lo debemos— el desquite glorioso de la espontaneidad española.

FIN

Biblioteca de Galicia

LA ARQUITECTURA CRISTIANA
Y LA EUROPA MEDIOEVAL

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

LA ARQUITECTURA CRISTIANA

Y LA EUROPA MEDIOEVAL

Conferencia pronunciada en el Salón del Circo de Artesanos

por el Catedrático del Instituto

D. RAMÓN L. DE VICUÑA

LA CORUÑA

Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»

Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5

1905

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Señoras, Señores:

Aun suenan en este recinto los ecos de la hermosa y escultural palabra de la señora Pardo Bazán. Mi situación es, por tanto, muy crítica, y por esto tengo que dirigiros un ruego: olvidad aquella inimitable conferencia, bellísima obra de arte por la forma, prodigio de erudición en el fondo; figuraos que no se han leído aquí tan inspiradas cuartillas, con las cuales diríase que la eminente escritora intentó demostrar, y demostró cumplidamente, que es tan genial su pluma como el pincel de Goya, y solo así podréis reservarme toda vuestra benevolencia, que bien la necesito.

Otra cosa me ha preocupado mucho, desde que hube de comprometerme á tomar parte en estas tareas: la elección de la materia. Después de meditación sostenida, pensé que pudiera versar sobre algo que se relacionara con las artes bellas, ya que la Academia de Bellas Artes es la organizadora de estas conferencias, por virtud de las iniciativas de su ilustrado presidente, señor marqués de San Martín, á quien agradezco los inmerecidos elogios, que en su correctísimo discurso de presentación me ha prodigado.

Conocéis el enunciado del tema. La arquitectura cristiana no tiene en él la amplitud que pudiera asignársela, sino que comprende solamente los estilos románico y ojival, que son los que nacieron y evolucionaron al calor del sentimiento cristiano. Y he elegido esta era arqueológica, porque es la mas conocida, porque apenas habrá población de alguna importancia en España que no contenga monumentos de uno

Biblioteca de Galicia

ú otro género de construcciones; y hasta por su colorido regional, sobre todo en la primera de sus fases, pues es sabido que en Galicia, desde la monumental Compostela hasta el modesto villorrio ostentan más ó menos valiosos ejemplares románicos, estilo que se ha extendido aquí y ha perdurado más que en ninguna otra región de la Península.

Pero antes de entrar en el fondo del asunto, permitidme una advertencia.

Todos sabeis que existe conexión íntima entre la arqueología y la historia. Hartos estamos de oir que las obras arquitectónicas, en el amplio sentido de la palabra, desde la grosera punta lanceolada del tipo *mousteriense* hasta las grandiosas construcciones del Renacimiento, reflejan, bien que de modo indeterminado, el estado de cultura y los sentimientos de la época. Pero con haberse hablado y escrito tanto sobre el particular, solo se han emitido, al menos que yo sepa, ideas vagas y generales. Por otra parte se fantasea no poco en la materia, que es harto fecunda, para que la poesía no la haga suya, como fuente inagotable de creaciones. Y es sabido lo que sucede siempre que la poesía, saliendo de su propia esfera, invade el cercado ajeno. Porque, señores; no quisiera yo ofender á los poetas, á quiénes admiro y envidio; pero convendréis conmigo en que no se puede con ellos: les viene muy estrecho, con ser muy ancho, su campo de acción, y cuando penetran en el recinto de la ciencia, se obstinan en dar realidad objetiva á lo que sólo tiene existencia real en las intimidades de su espíritu. Y conste que llamo poetas no solamente á quienes cultivan los géneros poéticos de que nos habla la preceptiva, sino á cuantos fantasean; lo que no arguye censura alguna á las creaciones de la imaginación. Lo que censuro es que se fantasee cuando se debe razonar; que no se dé á la ciencia lo que es de la ciencia y á la poesía lo que es de la poesía, como si dijéramos á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; y estas censuras van dirigidas principalmente á los historiadores retóricos, que han plagado la Historia de ficciones, de fabulas, de leyendas épicas, bellas, bellísimas, pero falsas, falsísimas; y lo que es peor aún, de apreciaciones y juicios temerarios, cuya rectificación ha sido para la crítica, verdadera obra de romanos.

Hechas las precedentes indicaciones, inútil es añadir que no imitaré tan funesto ejemplo, dejándome llevar en alas de la fantasía, y fingiendo ver en los monumentos cristianos lo

Biblioteca de Galicia

que no existe en realidad. Cuanto os diga, bueno ó malo, será fruto de observaciones propias, y conclusiones obtenidas por la vía inductiva, único procedimiento que cabe en investigaciones de esta naturaleza. Porque yo creo que los monumentos cristianos no solamente son reflejo indeterminado de sentimientos, sino que reproducen también de un modo determinado y concreto esos mismos sentimientos, las ideas reinantes, el estado político, cuanto constituye, en fin, la vida intima de la sociedad europea en la edad media. Para demostrarlo, será preciso que tracemos un cuadro sintético del estado de Europa en las eras románica y ojival, y hecha esta labor, os convenceréis que hay, en efecto, ecuación exacta entre el estilo arquitectónico y las ideas é instituciones sociales.

En el siglo IX de nuestra era se fundó el imperio carlovingio, que representa la última y más vigorosa tentativa que los reyes bárbaros hicieron en el sentido de la unidad. Pero este ensayo no dió frutos más durables que los precedentes. A la muerte de Carlomagno se notaron los primeros síntomas de descomposición; y al fallecimiento de su hijo y sucesor Luis el Pío, el imperio se desmembra en tres reinos, que en breve se dividen en pequeños estados, y á la postre surgen innúmero de soberanías feudales; todo ello con el obligado cortejo de luchas intestinas, correrías de nuevos pueblos bárbaros, que como los eslavos y normandos lo llevaban todo á fuego y sangre, y calamidades y plagas, solo comparables con las de Egipto, que dieron triste celebridad á la época milenaria.

En medio de tanta anarquía es inútil buscar nada semejante á gobierno, estado ni poderes públicos. El suelo y la soberanía se fraccionaron hasta el átomo. La variedad llevada á una exageración, que corría parejas con el individualismo germánico, no solamente dominaba en los paises que integraron la monarquía carolingia, y donde el feudalismo echó profundas raices, sino también en aquellos otros que como España, experimentaron con menos violencia el influjo de esta institución. Hasta en el género de vida imprimió sus huellas la variedad germánica, generalizándose el aislamiento, como jamás se ha conocido. El castillo feudal emplazábase en lugares solitarios é inaccesibles, y allí, como el águila en su nido, vivía el señor, en completo apartamiento del mundo, sin otra compañía que la de su familia; y no abandonaba su

Biblioteca de Galicia

guarida, sino para ponerse á la cabeza de sus mesnadas, á intento de invadir las tierras de los señores vecinos. Era, pues, la guerra el estado permanente de aquella sociedad; pero no guerras entre naciones, que entonces no existían, sino entre particulares, entre poseedores de feudos, tanto más sangrientas y exterminadoras, cuanto que no había poderes públicos que pusiesen coto á las demasías de los magnates, ni otra ley ni derecho que el derecho y la ley del más fuerte. Bien es verdad, que si en la vida interna del estado se ha progresado mucho desde este punto de vista, en orden á las relaciones exteriores, poco ó nada pueden envidiar los de antaño á los de ogaño, porque es sabido cuál es la ley y cuál el derecho que imperan en la esfera de las relaciones internacionales.

En suma: la variedad y el fraccionamiento en los órdenes social y político; el imperio absoluto de la fuerza, tanto en la vida exterior como en la interna de aquellos estados minúsculos, cuyos soberanos ejercían potestad dominical sin límites; tales son los caracteres más salientes de la época feudal. Veamos si se reflejan en sus monumentos.

Fijaos en una iglesia románica, estilo usual entonces. Aquí, en La Coruña, tenemos dos que no me dejarán mentir: las de Santiago y Santa María del Campo.

El edificio es casi siempre de escasas dimensiones y altura, y sin embargo sus muros son gruesos, y robustos sus machones y contrafuertes. Los arcos de ingreso se multiplican en archivoltas de variadísima labor. Los muros de los costados están divididos en zonas, provistas de estrecho ventanaje. En el testero álzanse los ábsides, cuyas paredes también están seccionadas. El interior consta de una ó tres naves, sostenidas por pilares, á los que se adosan columnas, ordinariamente en número de cuatro. Por último flanquean la fachada principal ó imafronte las torres, poco elevadas, de figura generalmente cuadrangular, con una pirámide por coronamiento ó remate. He aquí, en síntesis, con ligeras variantes, un templo románico.

No es preciso ser muy ducho en materia de arqueología trascendental, para leer en aquellas piedras ennegrecidas y carcomidas por la acción del tiempo, la historia íntima de la sociedad cristiana en los siglos XI y XII. Hemos dicho que el arco de ingreso se divide en archivoltas; de donde se infiere que en rigor no es un solo arco, sino multiplicidad ó *varie-*

Biblioteca de Galicia

dad de arcos fracmentarios é independientes; y para que la ilusión sea completa, y la independencia y la *variedad* de los arcos resalte á primera vista, no se elevan éstos á la misma altura, sino que van gradualmente descendiendo y estrechándose, en forma abocinada, desde el exterior hasta el vano ó hueco de la puerta. Fijaos en los detalles de la portada, y observaréis idéntida variedad. El tímpano, las columnas que á un lado y á otro de la puerta están arrimadas á los entrantes ó codillos de las jambas, las archivoltas mismas; todo ofrece variadísima labor, no solo comparando unos templos con otros, sino también unas portadas con otras, y aún entre sí, los elementos componentes de una sola portada; dándose con frecuencia el caso de que al lado de una archivolta sencilla, figuran otras historiadas, y estas ofrecen á su vez la mayor diversidad de adornos.

Fenómeno semejante se verifica en los demás miembros arquitectónicos. Los muros de los costados se dividen en zonas por contrafuertes; resultando de aquí que no forman un todo continuo, sino un agregado de fragmentos. Diríase que cada zona es un miembro distinto, mal zurcido, por medio de estribos, á las zonas contiguas; disposición peregrina que se reproduce en los ábsides, como hemos insinuado anteriormente.

Penetrad en el interior, y lo primero que llamará vuestra atención son los machones ó pilares, á los que están adosadas cuatro columnas. Pero cuando pudiera creerse, por ser lo natural y lógico, que estas sirven tan solo de ornato al pilar, formando con él un todo indiviso, sin destruir por tanto la unidad del conjunto, no sucede así, antes al contrario son verdaderas columnas, son á modo de columnas independientes ó exentas, con todos los elementos que deben integrarlas, la basa, el fuste, el capitel y hasta un remedo de cornisamento; y para que aún resalten más la falta de unidad y la independencia de las columnas, sirven estas de soporte á los arcos que separan las naves, y á los arcos que voltean á través de las bóvedas del templo.

Pero donde la variedad llega á un extremo inconcebible, rayano en la anarquía, es en los capiteles. Imposible encontrar dos iguales ni en un mismo edificio. Unos son sencillos, otros historiados; estos se engalanan con follage, aquellos ostentan volutas ó figuras geométricas caprichosamente en-

Biblioteca de Galicia

trelazadas; los bajo-relieves de este capitel representan figuras humanas, los bajo-relieves de aquellos otros son representativos de animales, mónstruos, figuras fantásticas; aquí asistimos á los pasajes más edificantes de las sagradas escrituras ó de la historia eclesiástica; más allá, y como singularísimo contraste, nos hallamos en presencia de figuras y escenas escandalosas, inmorales, del más subido color pornográfico, fiel reproducción sin duda de los vicios que minaban aquella sociedad. Hasta los trozos de cornisamento, nunca cornisamentos enteros, que separan la columna del arco, revelan á qué extremo llegaba la tendencia irresistible, fatal, del arquitecto románico, tan fatal é irresistible como la de su época, á dividirlo y á fraccionarlo todo.

Con no menos fidelidad reflejan los monumentos de este estilo el otro orden de hechos dominante: el imperio de la fuerza, y el estado constante de guerra en que vivían los señores. Aquel edificio con sus espesos muros y colosales estribos, más que templo parece una fortaleza. Aquellas ventanas estrechas, que se abren en las fachadas, creeríase que son aspilleras de un fuerte, más bien que huecos destinados á dar paso á la escasa luz que ilumina las naves. Aquel ábside cilíndrico, con sus gruesas paredes y angosto ventanaje, más que ábside parece tambor de almenado castillo. Aquella torre cuadrangular, maciza y resistente, diríase que no es torre de una iglesia, sino torre de combate, en cuyas alturas nos imaginamos al guerrero que custodia la mansión señorial, dispuesto á lanzar su arma arrojadiza contra el enemigo que se acerca, más bien que al encargado de tocar las campanas, para convocar á los fieles, invitándoles á la oración y al recogimiento.

En todas partes, en el conjunto y en los detalles, vense por tanto esculpidos los caracteres más salientes de la época. Así el templo románico es la reproducción en miniatura de la Europa feudal; la misma Europa feudal vaciada en piedra.

Y no se objete que los monumentos religiosos no podían ni debían reflejar tendencias que estaban en abierta oposición con los ideales cristianos, toda vez que la Iglesia es enemiga del empleo de la fuerza, y se ha alimentado siempre de la savia de la unidad; porque esta objeción carece en absoluto de valor. Es necesario tener presente que la sociedad eclesiástica, después de todo, de hombres se compone, y aunque es divina por su fundación, no puede, en lo que tiene de hu-

Biblioteca de Galicia

mana, sustraerse al influjo del medio social en que vive. En cierto modo la Europa cristiana obedeció, como todos los pueblos, á la ley biológica, en virtud de la cual las sociedades religiosas y las civiles marchan á compás, y recorren las mismas fases evolutivas. Yo no diré con Guizot que la Iglesia fué bárbara con los bárbaros y feudal con el feudalismo; afirmación á todas luces exagerada. Pero no cabe duda que la barbarie germánica influyó en las costumbres del clero, y es indudable que la nave de Cristo fué combatida por la recia marejada feudal, de cuyas salpicaduras, como hoy se dice, no pudo librarse por completo. Aquellos obispos que ceñían casco, y guiaban sus huestes al combate, lo confirman. Es más: á vueltas de la unidad y centralización del gobierno eclesiástico, pues la plenitud de la soberanía reside en el Pontífice, también la sociedad religiosa corrió peligro de desmembración; obispos y abades tendían—bien que sin ánimo deliberado, y como obligados por fuerzas ocultas—á aislarse en sus diócesis y monasterios, como los señores en sus castillos; y fué necesario el supremo esfuerzo del ilustre Gregorio VII, para que se consolidara la unidad, cuyo rompimiento parecía inminente. No es extraño, según esto, que debiendo la comunidad de fieles adaptarse, como todo organismo, al medio en que vive, reflejara en sus construcciones las tendencias de la época.

Pero á aquellos tiempos sucedieron otros de muy diversa índole. Una honda transformación se verifica en Europa á partir del siglo XII, ó mejor aún de la siguiente centuria; una transformación también honda experimenta el género de construcciones. Fijaos en la simultaneidad de ambos órdenes de hechos, pues no obedece, como pudiera creerse, á pura coincidencia. Esta vez, como en muchos casos análogos, la guerra fué la impulsora del movimiento; que no siempre es la guerra signo de acabamiento y ruina, sino con frecuencia precursora de mejoras y progresos. La guerra sacó á los antiguos pueblos orientales del aislamiento, convidándoles á la vida de relación; por una guerra con los persas, cesa en Grecia el particularismo local, y se funda la nacionalidad helénica; por medio de la guerra une Roma á los pueblos, les hace partícipes de su civilización, y echa las bases de la asociación humana; una guerra también, las Cruzadas, pone término al aislamiento feudal, funda la sociedad europea, que hasta entonces, propiamente hablando, no había existido, y

Biblioteca de Galicia

abre nuevos y dilatados horizontes al progreso en todos los órdenes de la vida.

Todo cambia desde que comienzan á percibirse los frutos de aquella empresa de héroes. El feudalismo había realizado la misión de traducir en hechos é instituciones el sentimiento individualista germánico. Pero si el principio individual es necesario, toda vez que su anulación trae aparejado el desconocimiento de la personalidad humana ante la omnipotencia del estado; él solo nada puede fundar que se parezca á organización política, porque exaltado en demasía el elemento de variedad, sin contrapeso ni moderador alguno, surge inevitablemente la descomposición del cuerpo social, y con ella la anarquía y el imperio del más fuerte. Que este es el cuadro que nos ofrece entonces Europa, lo hemos dicho anteriormente.

Por fortuna el principio latino de unidad, que sobrevivió al imperio romano de Occidente, pudo al fin abrirse paso por entre el caos del feudalismo; no para reinar en absoluto, como aconteció en el mundo antiguo, sino para unirse al individualismo germánico, surgiendo de aquí la armonía de ambos elementos, que siendo opuestos, pero no contradictorios, deben vivir en estrecho maridaje, pues son igualmente indispensables para la vida colectiva. No otra cosa significan la preponderancia que iba adquiriendo la realeza enfrente del poder nobiliario, y la aparición de la clase media ó estado llano, aliado de los reyes contra la aristocracia feudal, y órganos ambos de la unidad, no ya exagerada, en forma de monarquía universal, sino de la unidad armónica y más conforme con la naturaleza, que dió origen á la magna obra de las nacionalidades.

Dado el nuevo orden de cosas, no es lógico que siguiera dominando la fuerza en el interior del estado. La sólida organización del poder público naciente; la importancia cada vez más grande del derecho romano, favorable á la política centralizadora de los reyes; las universidades y los jurisconsultos, cuyas enseñanzas y doctrinas dieron cuerpo al nuevo concepto de la soberanía una é indivisible de la nación; todo contribuyó á la extensión y prestigio de la autoridad monárquica, que pronto dispuso de medios suficientes para dominar a los poderes locales, para reprimir á la turbulenta nobleza, y para poner término á aquel estado intolerable de anarquía y ley del puño.

Biblioteca de Galicia

La unidad nacional y la centralización política; el imperio del derecho y el consiguiente decaimiento del imperio de la fuerza en el interior del estado: tales son los caracteres de más relieve en la Europa que pudiéramos llamar monárquica, que nace en la trigésima centuria.

No se concibe que prevaleciese allí el antiguo sistema de construcciones arquitectónicas. El estilo románico, símbolo de la variedad y de la fuerza, era á todas luces anacrónico. De aquí la aparición del ojival, llamado también, aunque impropiamente gótico. No seguiremos á los eruditos, obstinados en buscar la cuna de este estilo en lejanas tierras y edades. Toda lucubración en la materia carece en mi sentir de fundamento. No es, no, el estilo ojival planta exótica, importada á Europa, y condenada á vivir aquí vida pobre como en estrecho invernadero. Su rápida difusión por el continente; la grandiosidad y magnificencia de esas basílicas, verdaderas maravillas del arte, cuya serena y tranquila contemplación es imposible, porque producen en el ánimo, no tanto el deleite apacible de las cosas bellas, como la impresión enérgica de lo sublime, que nos asombra y empequeñece; la originalidad y altos vuelos de tan soberbias construcciones, portentosas creaciones del genio, sin precedentes en la historia del arte, sin reminiscencias clásicas ni remedos bizantinos, que tanto deslustran á los edificios románicos, y en las cuales el artista diríase que se había propuesto romper con el pasado, y no dejarse guiar por inspiraciones extrañas á las inspiraciones de su fantasía poderosa; todo esto demuestra que el estilo ojival no surge por influencias exteriores, sino por causas intrínsecas, como fruto espontáneo de la época, como fase nueva de la evolución en el arte, en armonía con la nueva fase de la evolución social y política.

Ya no es la basílica ojival maciza y pesada como el templo románico, sino ligera y esbelta. Aquellas atrevidas naves; aquellas delgadas columnas; aquellas rasgadas ventanas con vidrios de colores; aquellos conopios y aquellas ojivas que parece como si debieran subir indefinidamente y no rematar nunca; aquella torre elevadísima, que para poder alcanzar mayores alturas, va estrechándose á medida que asciende hasta terminar en agudo chapitel; son la negación de la fuerza y el menosprecio de las leyes de la estática.

Fijáos en el monumento, y leeréis, como en un libro, con gruesos caracteres, la unidad entonces preponderante. El

Biblioteca de Galicia

arco de ingreso ya no está dividido en archivoltas, pues á medida que el arte evoluciona hacia su mayor pureza, desprendiéndose de todo resabio románico, tiende á la sencillez, es decir, á la archivolta única. Si algunos templos aún ostentan el arco abocinado, débese á reminiscencias del pasado, porque el arte, como todas las manifestaciones de la vida colectiva, no proceden de súbito, sino lenta y gradualmente, conservándose algo de lo antiguo, que se mezcla con lo nuevo, llamado á reemplazarle. No de otra suerte, á vueltas de la unidad reinante, aún sobrevivían vestigios del feudalismo y de la variedad á él aparejada.

Ya no son los muros de las fachadas laterales agregados de zonas separadas por estribos, sino que á medida que el estilo evoluciona, á compás de la evolución política, tienden á la continuidad, y los estribos desaparecen y son reemplazados por los botareles y arbotantes, que no destruyen la unidad del conjunto, y desempeñan el doble oficio de sostén y de elemento decorativo; fenómeno que se reproduce en los ábsides, donde á los contrafuertes sustituyen también los botareles.

Penetrad en las naves, y fijáos en los pilares que las separan. Están á ellas adosados hacecillos de delgadas columnas; pero no á modo de columnas exentas, como en la iglesia románica, sino de simple adorno que forma con aquel miembro arquitectónico unidad indivisa. Y de tal modo se afirma esa unidad, á medida que el estilo avanza á través de los tres siglos que tuvo de existencia, que en la era ojival terciaria desaparecen á veces los elementos que integran la columna, incluso el capitel; y la columna convertida en especie de medio bocel empotrado en el pilar, se yergue con arrogancia, y cruza la bóveda en forma de nervios y en laberíntica confusión; resultando de aquí que los nervios de la bóveda son al propio tiempo columnitas y boceles que se adosan á los machones: no puede darse mayor unidad, ni cabe espectáculo más grandioso que el que nos ofrece tan admirable conjunto. Y mientras los capiteles románicos son tan variados, como queda expuesto, los capiteles ojivales ofrecen todos idéntico decorado, correspondiente siempre al reino vegetal, é inspirado en la flora del país.

Y esto que decimos de los capiteles, puede afirmarse de las repisas, que en largas hiladas asoman por bajo de la cornisa del edificio; y de las gárgolas, que salen del alero del

Biblioteca de Galicia

tejado; unas y otras sencillas, uniformes, en oposición á las variadísimas y más ó menos historiadas de la era precedente. Y lo dicho respecto á estos detalles del monumento, debe hacerse extensivo al conjunto; dándose el caso singular de que el estilo románico, con ser tan parco en ornamentación, despliega en ella la mayor diversidad, al paso que el ojival, no obstante su riqueza en el ornato, nunca se separa de una pauta, y cada vez acentúa más esa tendencia: así el estilo terciario ó florido, con sus innumerables torrecillas y pináculos, con sus elegantes cresterías, con sus primorosos calados, que no parecen trabajos en piedra, sino finísima labor de encaje; el estilo terciario, repito, á vueltas de tanto derroche y tanta profusión de adornos, obedece á un principio de unidad, y es siempre la flora del país la base de sus elementos decorativos.

En el conjunto y en los principales miembros arquitectónicos, está pues esculpida con caracteres de alto relieve, la vida íntima, psicológica de aquella sociedad. Y de la misma manera que el templo románico es la Europa feudal vaciada en piedra, ó su reproducción en miniatura; la basílica ojival es también la reproducción en miniatura de la Europa que pudiéramos llamar monárquica; la misma Europa monárquica vaciada en piedra.

Infiérese de lo expuesto la estrecha conexión entre la arquitectura cristiana y la Europa medioeval. Por eso serán siempre dignos de encomio los desvelos por conservar esos monumentos, y verdadero crimen el atentar contra ellos en cualquier sentido. Son recuerdos del pasado, y para nosotros de un pasado glorioso, tanto más inolvidable cuanto mayor sea el contraste entre las glorias de antaño, las tristezas del presente y las negruras del porvenir. Son páginas de la historia, que una vez destruidas no pueden editarse de nuevo. Porque, señores; cabe imitar con toda exactitud los elementos externos de aquellas construcciones: precisamente aquí, en La Coruña, poseemos dos ejemplares, que representan otros tantos ensayos en este sentido (1); pero el alma, el espíritu, que les infunde calor y vida, como el alma humana infunde vida y calor al organismo, no puede, no, encarnarse en las obras modernas. Y es que el espíritu de aquellos tiempos ha muerto, y es inútil intentar su resurrección.

HE DICHO.

(1) La capilla de San Andrés, románica, y la iglesia de los Jesuitas, ojival.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

QUÍMICA ESTELAR

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

QUÍMICA ESTELAR

Conferencia dada en la Academia de Bellas Artes de La Coruña

EL DIA 4 DE DICIEMBRE DE 1904

POR

D. OCTAVIANO ROMEO Y RODRIGO

DOCTOR EN CIENCIAS

LA CORUÑA

Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»
Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5
1905

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Señoras y Señores:

Aunque la hermosa y plausible iniciativa de la Academia de Bellas Artes, al promover esta série de conferencias, ha tenido por único objeto secundar el propósito, ya puesto en práctica en varios centros docentes de España, de difundir los conocimientos todos del saber humano con carácter de universalidad, no dejará de parecer extraño que al requerimiento de una Corporación que rinde culto al Arte, creada para el Arte y animada exclusivamente por el ideal artístico, se responda, como hago yo en este momento, brindando á tan distinguido Centro y á los distintos elementos sociales por él aquí congregados una labor que parece apartarse de su propia y genuina finalidad; labor que puede estimarse incompatible con sus peculiares trabajos y funciones y ser considerada, por lo menos, como inoportuna y exótica en el medio ambiente en que esta Academia vive y se desenvuelve.

Yo he de responder á los que asi opinen que, aparte de que entra desde luego en el concepto de generalidad de su misión educadora todo esfuerzo que tienda á imprimir un movimiento intelectual dado, cualquiera que sea su orientación, no está tan divorciado como á primera vista pudiera creerse de la noción, mejor dicho, de la sensación estética aquel que vaya dirigido á exponer las incomparables belle-

Biblioteca de Galicia

zas del mundo de la creación, tanto más delicadas y primorosas cuanto más ocultas ó menos accesibles á nuestra percepción.

Yo no puedo creer con Renan y Hartmann que el Arte vaya desapareciendo oscurecido por la Ciencia. Yo no puedo creer que no haya poesía sin misterio y superstición, como afirman Schœlinh, Strauss, Vagner y Goethe.

El encanto de la selva no es menor porque sepamos que sus hojas, al beso de la luz solar, saturan de oxigeno las frescas sombras de su recinto. El rayo de sol no es menos bello porque conozcamos su dinamismo y extructura. Porque la Química nos haya dicho que el aire es Oxígeno y Nitrógeno y Argon, no deja de ser la atmósfera cendal azul que cubre la tierra prendido del broche de oro de que nos habla el poeta. No; no es menester poblar las frondas de ninfas y seres mitológicos para que infiltren en nuestra alma el sentimiento de lo bello: no es preciso que la luz sea un misterioso arcano para cantarla y para que sea hebra de oro ó de plata tendida por el espacio infinito: no refresca ni acaricia menos nuestra faz el blando céfiro después de Lavoisier y de Boussignol,

Antes al contrario, yo creo firmemente que el Arte prudentemente encauzado, nutrido en las enseñanzas científicas vivirá una vida mas en armonía con la realidad, y se hará más humano si se compenetra con los gustos y tendencias de la época marcadamente positivista en que vivimos, sin detrimento ni menoscabo, claro está, de sus grandes ideales.

Considero, por lo tanto, que hablar aquí de la Naturaleza es hablar del Arte: *Ars imitantur naturæ:* y que exponer los delicadísimos procedimientos de analisis empleados para descubrir y estudiar los elementos químicos, las substancias que constituyen los Astros, es materia no exenta de belleza y, seguramente, más sugestiva, más sorprendente que cualquiera investigación arqueologica de las ruinas de Palmira ó de las tumbas de los Faraones.

¿Conocer la composición química de los astros? ¿Saber que substancias hay en el Sol y en las estrellas?

A la sola enunciación del asunto sospecho que ha de aparecer en la mente de muchos la sombra de la duda, y pienso que han de estimar que nunca como en el presente caso debió tener aplicación tan adecuada el conocido cantar de que

Biblioteca de Galicia

El mentir de las estrellas
Es un seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

Y es que en todos, hasta en los más alejados de este género de estudios, existe la vaga intuición de las dificultades del problema, porque todos tenemos una idea, siquiera sea confusa, de la inmensidad de las distancias que nos separan de los demás Cuerpos celestes: y es incuestionable que cuando en las investigaciones humanas se interpone este factor distancia, lo mismo en el tiempo que en el espacio, la desconfianza nos asalta y el sentimiento de la incredulidad invade los espíritus.

La tierra, nuestro minúsculo observatorio terrestre, gira en su órbita alrededor del sol con una velocidad media de veintiocho kilómetros por segundo. Por si esta movilidad no fuera bastante, el sol con toda su corte de planetas no permanece fijo en el espacio, sino que á su vez, y arrastrando consigo todo el sistema, describe una órbita elíptica, inmensa, tan dilatada que, á pesar de su velocidad de diez kilómetros por segundo, no ha salido del elemento tangencial de la curva, en el que permanece después de algunos centenares de años, moviéndose al parecer todavía en línea recta y dirigiéndose hacia un mismo punto del cielo. El centro de atracción de nuestro sistema solar se pierde, por lo tanto, ignorado, en las profundidades del infinito. Pues bien, detrás de este espacio, más allá de este espacio, giran millares y millares de soles y sistemas como el nuestro, á tan gran distancia, á tan enorme distancia de nosotros, que ya no sirve la unidad kilómetro, ni los millones de kilómetros para medirla, y tenemos que acudir á la velocidad de la luz como única medida adecuada, á la velocidad de la luz como unidad métrica; y esta velocidad es de ¡trescientos mil kilómetros por segundo! Y para fijar vuestra atención sobre esta inmensidad de espacio, os diré que la estrella más próxima, el sol vecino de nuestro sol, el que podemos decir que gravita á nuestro lado, nuestro compañero de viaje en esta fantástica excursión por los senos insondables del firmamento, dista de nosotros un espacio que la luz emplea en recorrer tres años y medio.

¿Qué mucho, pues, que se mire con recelo y desconfianza

Biblioteca de Galicia

toda afirmación de la Química celeste? ¿Cómo ha de parecernos extraño que no se admitan á libre plática las conclusiones de esta nueva ciencia por los espíritus poco familiarizados aún con estos conocimientos?

Que la Química terrestre conozca y analice las substancias que forman nuestro globo, está bien, porque el químico las tiene al alcance de su mano, las pulveriza, las disuelve, las volatiliza, las pone en contacto de reactivos, las transforma, las descompone, las combina á su placer cuando y como quiere y conviene á sus propósitos. Pero ¿puede hacerse esto, es posible hacer nada de esto, no digamos ya con esa estrella relativamente vecina cuya luz tarda tres años y medio en llegar á nosotros, pero ni siquiera con el sol que nos alumbra, ni aún con nuestra modesta compañera de la noche la casta Luna?

Desde luego, claro está, que no nos es dable pulverizar, ni disolver, ni evaporar los astros para analizarlos; pero no es menos cierto que podemos conocer con rigurosa exactitud los elementos que los componen, su estado físico y hasta su relativa edad, aunque esto de la edad, tratándose de cuerpos celestes, os parezca cosa algo extraordinaria y paradógica.

Y lo primero que ocurre preguntar es, donde existe el conducto, el vehiculo, el termino forzoso de relación entre el observador y el objeto observado, el intermediario entre el agente y el fenómeno, el medio, en una palabra, entre la inteligencia humana y la remota materia estelar objeto de sus indagaciones.

Pues ahí le tenéis: ese medio es la luz; la luz, mensagero ultra-terrestre, narrador incansable de las maravillas del Cósmos. Ahí está, perenne, inagotable, indestructible formando una vastísima red de sútiles hilos tendida de un confín á otro confín del Universo creado, á manera de red telegráfica por la que circulan libremente y sin traba alguna telegramas que ya ha descifrado la ciencia para gloria suya, mensajes que nos traen noticias de lo que pasa en otros mundos, noticias de mundos que fueron y que ya no existen, de mundos que nacen y vienen á ocupar el puesto que tienen señalado por el Hacedor Supremo en la creación. Por esa red recibimos constantemente comunicaciones jamás interrumpidas y siempre fieles, que unas veces nos hablan de catástrofes cósmicas propias del libro del Apocalípsis y otras

Biblioteca de Galicia

nos revelan procesos lentos de evolución, sublimidades de idilio de la fuerza atractiva, que es el amor de lo inorgánico y lo insensible; amor que teje en las profundas concavidades del espacio familias de astros que, unidas por un lazo común, cumplirán su cielo en la historia inenarrable de los cielos.

Creyóse durante muchas centurias que la luz era una emanación de los cuerpos luminosos, una especie de materia imponderable que se desprendía de ellos sin cesar, á la manera que el aroma se desprende de las flores ó el suave perfume de la fragante esencia.

Hoy tiene la condición de verdad demostrada, matemática, el hecho de que la luz no es una substancia, ni una entidad real, sino el resultado de la vibración rapidísima, fabulosamente rápida, de los átomos ó partecillas más pequeñas de que están formados los cuerpos; del mismo modo que el sonido es á su vez, como sabeis, el resultado del movimiento vibratorio de los cuerpos sonoros.

Considerad el Universo como un inmenso océano de materia sutilísima, imperceptible á nuestros sentidos, en la cual flotan y se mueven los astros sin obstáculo aparente. Suponed este medio, que se llama *éter*, invadiendo todo el espacio y todas las substancias, lo mismo los intervalos infinitamente grandes que separan unos de otros los cuerpos celestes, que los infinitamente pequeños que existen entre los átomos y las moléculas de la materia ponderable, y podréis admitir sin dificultad que, así como las vibraciones de los cuerpos sonoros se propagan por el aire en forma de ondas esféricas, así las vibraciones de los cuerpos luminosos se propagan por el *éter* en forma de ondulaciones. El movimiento ondulatorio del aire es para nosotros, sonido: el movimiento ondulatorio del *éter* es, luz.

Hasta para mayor semejanza la luz, como el sonido, tiene siete tonos fundamentales; solo que á las notas ó tonos de la luz les llamamos *colores*.

¿Diferencias entre la luz y el sonido? En la esencia de ambos movimientos, muy pequeñas: en el número de vibraciones, muy grandes.

Para percibir el sonido más grave, el menor sonido posible, la molécula material tiene que verificar treinta y dos oscilaciones en un segundo. Para percibir el tono más bajo de la luz, el color rojo, este número es de *cuatrocientos billones*.

La nota más alta, el sonido más agudo, no pasa de trein-

Biblioteca de Galicia

ta y seis mil vibraciones, también por segundo: más allá está el silencio para nuestro oido. La nota más alta, la más aguda de la luz no excede tampoco de *setecientos billones;* más allá está la oscuridad para nuestros ojos.

Si me preguntais que hay antes de las treinta y dos, y después de las treinta y seis mil vibraciones. que no son sonidos, os diré que la vibración continúa existiendo en uno y otro caso, pero que nuestro oido tosco é imperfecto no la oye. Del mismo modo, antes de los cuatrocientos billones de movimientos oscilatorios del átomo de éter, la vibración existe también y es calor, temperatura del cuerpo, luz oscura; y después de los setecientos billones de vibraciones, continúa existiendo todavía y es también luz oscura, invisible, muy aguda, intensísima, altamente desorganizadora y destructora de los edificios moleculares: radiación oscura á la que, por su carácter demoledor y disolvente llamamos radiación química.

Como veis, la diferencia entre el sonido y la luz viene á quedar reducida en substancia á una simple cuestión de números.

Para obtener un sonido basta hacer vibrar un instrumento sonoro. Para producir luz, es decir, para obligar á los átomos de los cuerpos á oscilar un tan gran número de veces por segundo, el procedimiento no puede ser también más sencillo: consiste en elevar su temperatura.

A la de 525 grados centígrados un cuerpo cualquiera incandescente, comienza á ser luminoso. A la de 1.200 grados da todos los tonos de luz, emite toda clase de radiaciones y se convierte en una especie de orquesta desenfrenada en la que todos los átomos dan y repiten, en vértigo espantoso, toda la escala, todas las vibraciones graves y agudas.

El oído se horrorizaría de esta furiosa, estridente y anárquica confusión. Afortunadamente, esta tempestad deshecha de notas, no es concierto infernal para nuestra retina, sinó la hermosa, la purísima luz blanca, símbolo de la virtud, resúmen y amalgama de todos los latidos del éter; es el alegre color con que las madres engalanan á sus hijos, el que sirve á la feliz doncella para mostrar su dicha al desposarse y el del armiño con que se cubre la naturaleza de los rigores del crudo invierno.

El calor, pues, no es otra cosa que un *color* obscuro, una nota más grave que la nota luminosa; como la luz no es sino

Biblioteca de Galicia

una nota de *calor* más aguda, un calor luminoso. Entre la luz y el calor no existe, por lo tanto, absolutamente ninguna diferencia esencial como no existe tampoco entre un sonido agudo y un sonido grave. Si nuestra retina fuera sensible á vibraciones etéreas más graves, menos rápidas, veríamos el calor y no veríamos la luz.

Sentado, por lo tanto, que las radiaciones luminosas, lo mismo que las caloríficas y químicas, son movimientos vibratorios de los átomos trasmitidos á través del espacio por un sistema de ondulaciones etéreas, como las de los cuerpos sonoros son trasmitidos á través del aire, forzoso es establecer que la luz no es luz, sinó un mero fenómeno fisiológico, en cuanto nosotros, nuestra retina la traduce como tal. Más claro: que la luz no existe en la realidad; que es un movimiento sin cualidades luminosas. La luz en el espacio es una ondulación oscura, como la del calor, como la del sonido. El sol es un cuerpo que vibra, que comunica al éter toda la gamma de ondulaciones, pero que *no es luminoso*. Suprimid en la naturaleza los ojos, los órganos visuales, únicos instrumentos apropiados para traducir en luz la vibración etérea, y la luz no existirá en el mundo.

El Universo por consiguiente, es un abismo insondable de tinieblas. El sol, negro y opaco, describe su inmensa trayectoria por un océano de sombras, arrastrando consigo á nuestro mísero globo, por ese espacio pavorosamente oscuro y tenebroso. Verdaderos y gigantescos proyectiles, sin luz y sin calor, giran los astros, condenados á moverse hasta la consumación de los siglos en el vacío sin fin, como fantasmas silenciosos en la densa negrura de una noche eterna.

¡Visión horrible, dantesca, con que la espantosa realidad anonada nuestra razón absorta y confundida!

Pero huyamos de tan siniestro espectáculo, y volvamos á la bella ficción de la luz, que es la alegría. Dejemos que la ciencia diga que es un átomo que vibra y una ondulación que se propaga, y deleitémonos en el encanto de una plácida noche de luna con sus azules efluvios; en los ricos matices de la aurora, que acarician el alma como una esperanza; en los últimos resplandores de la luz crepuscular, tristes y lánguidos como un recuerdo, y en la potente y brillante radiación del sol zenital que infunde el amor y la vida en la superficie del planeta, hace brotar el gérmen y fecundiza con vigorosos destellos los pródigos senos de la madre tierra.

Biblioteca de Galicia

Dedúcese de lo expuesto, que un rayo de luz, que nuestra imaginación sospechaba ser algo así como insubstancial, simplicísimo, inmaterial é incomplejo, es un impetuoso torrente de vibraciones dotado de un poder dinámico real y efectivo, superior, sin duda alguna, al de todas las máquinas juntas de la industria humana y superior también al de la mayor parte de las fuerzas naturales.

Oh! si yo pudiera deciros ahora la titánica, la gigantesca labor que realiza silenciosa y humildemente un rayo de sol en las profundidades del bosque, en el mar, en el aire, en nuestro propio organismo y los títulos de gratitud que á él nos obligan, ¡cuantas maravillas podría contaros!

No os fieis, pues, nunca de lo grande y aparatoso: ni en el orden moral, ni en el orden físico ha de ser la tempestad violenta y pasajera la que imponga su régimen y sus leyes destructoras: no serán nunca los lívidos resplandores del volcán los que sirvan al hombre para orientar sus pasos en el mundo: no ha de ser el terremoto, con su gran fuerza dinámica, el que abra canales y perfore túneles á la actividad humana.

Temédlo todo y esperádlo todo del trabajo lento, constante y oscuro lo mismo del átomo que del hombre, porque uno y otro transformarán el mundo.

Si la retina se impresionase con la luz de igual manera que el tímpano se impresiona con el sonido tendríamos algo adelantado para deducir de la sensación luminosa la naturaleza del cuerpo radiante. Por el sonido, efectivamente, deducimos casi siempre la clase ó índole del cuerpo sonoro que le ha producido. Pero, lejos de ser así, la luz no nos informa desde luego, ni nos dice cual sea el cuerpo que brilla ó arde. La luz guarda mejor el secreto de su origen, es menos comunicativa.

Habremos, por lo tanto, de aplicar á las radiaciones luminosas, por reservadas, un procedimiento inquisitorial de tortura, lacerándolas, haciendo su disección, destruyendo su complejidad, analizandolas, en una palabra.

¿Creeréis que necesitamos para esto de aparatos muy complicados, de ingeniosos mecanismos delicadamente dispuestos y de manipulaciones largas y enojosas? Pues nada de eso. Para descomponer, para analizar la luz con todos sus millones de millones de vibraciones y todos sus colores y todas sus radiaciones no luminosas y todo su poder dinámico, nos

Biblioteca de Galicia

basta..... con un pequeño prisma de cristal, como esos que cuelgan á guisa de adorno de los candelabros.

¡Es ley constante de la naturaleza: siempre en íntimo consorcio lo sencillo y lo sublime: siempre lo pequeño y lo humilde colaborando en las más grandes empresas!

Un simple prisma ó cuña transparente logra separar, una por una, las radiaciones de diferente naturaleza de la luz, y las presenta á nuestra observación de un modo palpable en lo que se llama *espectro:* no es este ningún duende, ni aparecido, ni cosa que se le parezca: es la imágen ó banda que forman después de su dispersión detrás del prisma, en un plano ó superficie al efecto colocada, todos los elementos integrantes de la radiación luminosa. Allí están como dispuestos en serie, en orden de revista. A un lado del prisma, un torbellino de movimientos vibratorios que, impresionando en tropel la retina, la incapacitan para distinguir las radiaciones componentes: al otro lado, la regularidad más perfecta; una sucesión de radiaciones simples agrupadas según su rapidez de vibración, por tonos, clasificadas, apartadas unas de otras y entregadas docilmente á nuestra acción investigadora.

Torturemos, analicemos un rayo de sol haciéndole pasar á través de un prisma. La radiación solar, que entró formando apretada hueste, saldrá en orden abierto de combate, y se detendrá en la pantalla en vistosa y expléndida exhibición de sus brillantes colores simples.

El espectáculo es por demás interesante. Parece un congreso, un verdadero parlamento de colores.

Allá, en la extrema izquierda está el avanzado *rojo*, el anticlerical furibundo, como dispuesto á reñir batalla con el místico y episcopal *violado* que ocupa, naturalmente, y por fortuna para la paz, la extrema derecha. Entre estos dos polos opuestos, lo mismo de la luz que de la política, tienen señalados sus puestos los colores intermedios, los gubernamentales ó de transición. Sigue al *rojo* el *anaranjado,* menos radical que su vecino, ciertamente, pero enemigo declarado todavía del Concordato y de las Congregaciones religiosas. Van después el *amarillo* y *verde*, los más expléndidos, los más luminosos; estos son, indudablemente, los colores de gobierno, los que turnan en el poder. Y, por último, el *azul* y el *índigo,* codeándose con el *violado,* constituyen los que podemos calificar de colores francamente reaccionarios.

Pero, ¿es que no hay más que esos siete colores en el es-

Biblioteca de Galicia

pectro? Sí. Lo que ocurre es que no vemos, que no podemos ver lo que hay más allá del rojo, que son las radiaciones caloríficas, el calor, que no es otra cosa que una luz oscura; como no podemos ver, porque tampoco nuestra retina está organizada para verlas, las radiaciones ultra-violetas caracterizadas por su potente acción química.

Esto es lo que ofrece *á simple vista* el espectro del sol. Un espectro calorífico, invisible, pero muy apreciable por el termómetro, formado por las radiaciones ultra-rojas ó de calor oscuro. Un espectro luminoso constituído por los siete colores de que hemos hecho mención y un espectro químico, también invisible como el primero, pero facilmente revelable por el papel fotográfico; espectro químico que está compuesto de las vibraciones más agudas, más rápidas de la radiación solar.

De modo, que en un rayo de sol vienen muchas cosas: por lo menos, podemos afirmar, por ahora, que vienen tres manifestaciones diferentes de la energía. Energía calorífica, energía luminosa y energía química.

Si analizamos por medio del prisma el espectro de la luz eléctrica, el de la luz Drumond, el de una bujía, el de un cuerpo incandescente cualquiera, sólido ó líquido, el resultado será el mismo. La série desplegada de los siete colores y á derecha é izquierda los espectros calorífico y químico, ambos invisibles. De suerte, que todo espectro *contínuo,* es decir, no interrumpido, de los siete colores indica ó revela una fuente luminosa constituída por la incandescencia de cuerpos sólidos ó líquidos.

Y es natural que esto ocurra. Ya hemos comparado un cuerpo sólido incandescente á una orquesta en que todos los instrumentos tocan á la vez emitiendo todos los sonidos imaginables. Los átomos del cuerpo, en este caso, vibran todos en desbaratado concierto, emiten toda clase de notas y de tonos, ó sea de colores, que han de pintarse ó dibujarse, por consiguiente, completos é integralmente en el espectro.

Un espectro contínuo es una muchedumbre de vibraciones, como un concierto infernal es una muchedumbre de notas incoherentes é inarticuladas. Y así como de un concierto instrumental semejante nada, en limpio, sacaríamos, así el espectro contínuo, de tanto hablar es mudo para nosotros; con toda su riqueza es pobre de solemnidad, porque nada nos da; con toda su hermosura es estéril é infecundo; con

Biblioteca de Galicia

todo su brillante aparato de vistosos y relumbrantes colores, no nos sirve para nada.

¡Triste papel que desempeñan, por desgracia, muchas doradas inutilidades en el mundo!

Y es que las moléculas de los cuerpos sólidos y líquidos están tan próximas, se encuentran tan aprisionadas y comprimidas entre sí, que unas á otras se estorban para moverse libremente, y ninguna en particular puede oscilar en el espacio necesario para hacer patente, algo así como su carácter individual y típico, su ritmo y particular desenvoltura; eso que llamamos el aire de una persona, que es dato que nos sirve muchas veces para diferenciar en la vida social unos individuos de otros. Y del mismo modo que no es posible lucir gentilezas ni gallardías de ninguna clase en las apreturas de una multitud apiñada, así las moléculas sólidas y líquidas incandescentes, no pueden revelar lo que les es propio, lo que les es característico, el aire de familia, al menos, y su particular fisonomía desaparece, se funde en el movimiento general y anodino de la masa.

En el estado que llamamos gaseoso, en el estado de vapor, las distancias moleculares se agrandan de tal manera, el espacio de que puede disponer cada molécula para vibrar y moverse es tan estenso, que es lógico suponer que, cuando la molécula gaseosa arda, esto es, cuando sea luminosa, no debe ofrecernos el espectro contínuo, aquel de muchedumbre de los cuerpos sólidos, sinó un espectro peculiar, específico de la naturaleza del gas inflamado, con rasgos suyos, genuinamente suyos que le diferencien de los demás y sean bastantes á determinar su individualidad.

Y, en efecto, así sucede.

Si hacemos pasar á través del prisma la luz producida por la inflamación de una substancia gaseosa, la imágen del espectro no es ya la brillante de colores en orden de formación, observada anteriormente; el radiante iris no se ofrece ya á nuestra vista; aquel conjunto que semejaba ideal paleta de pintor ha desaparecido, sustituyéndole contadas líneas de luz sobre un fondo negro, sin matices, sin efectos de claro-oscuro, sin gradaciones de ningún género. Un espectro de líneas, nada más que de líneas, de ruda y antiestética, sencillez.

Pero artístico ó no, en ese espectro lineal está el alma, por decirlo así, de la molécula vibrante, el ritmo con que se

Biblioteca de Galicia

mueve y oscila, su propio ser individual no perturbado, no desfigurado, no obscurecido por nada ni por nadie, destacándose sinceramente ante nosotros.

Siempre que observemos el mismo gas ó vapor luminoso aparecerán las mismas líneas, á iguales distancias, en el mismo lugar situadas, con fijeza y exactitud inexorables. De tal modo, que no necesitamos saber cual es el gas que arde: basta que veamos su espectro para conocerle. En sus líneas está escrito su nombre con tanta claridad, como lo están los nuestros en una fé de bautismo, ó como lo están los despachos telegráficos en la cinta azulada de un aparato Hughues ó Morse.

Un espectro lineal no solo nos dice que viene de un gas inflamado, sinó que también nos informa con muda elocuencia de cual sea el cuerpo gaseoso que le produce. Una ó varias rayas brillantes de color en el campo espectral tienen una significación y un valor analítico de que carecia el fastuoso y vano atavío del espectro contínuo. Este seguirá siendo infecundo: aquel con su modestia irá de un mundo á otro á descifrar enigmas y á revelar al hombre la constitución de las más apartadas nebulosas.

El hidrógeno, ese gas que es uno de los componentes del agua, produce un espectro formado de tres líneas, una roja y dos azules. Al sódio le dan á conocer dos amarillas juntas muy brillantes. Al calcio una roja, otra azul y dos violetas. Al magnesio..... pero, ¿á qué cansaros?

Tantas veces como hagamos luminoso un gas ó vapor, otras tantas nos presentará el prisma en finos y delicados trazos brillantes la silueta de su ser químico, como en exactísima fotografia.

Se comprende sin gran esfuerzo que, adoptando convenientemente estos prismas á un anteojo astronómico, podamos hacer incidir sobre ellos la luz que emana de un astro, y que nos sea dable observar su espectro con entera comodidad.

Un espectro contínuo nos dirá que el astro está constituído por una materia sólida ó líquida al estado de incandescencia. Un espectro de rayas brillantes nos dirá que es un astro en el que hay gases inflamados. ¿Qué las rayas son las del hidrógeno? Pues allí arde este gas. ¿Qué son las del sódio? Pues no podemos dudar de que los vapores de este metal flotan inflamados en aquella atmósfera caótica, en la masa

Biblioteca de Galicia

incandescente del lejano mundo. Y podemos hacer esta afirmación con la absoluta seguridad de no equivocarnos y con tanta certeza y, positivamente, con mayor sencillez de la que tienen los análisis químicos realizados en la tierra.

Hallábase, puede decirse, en sus comienzos la aplicación del análisis espectral al estudio de la composición de los astros, cuando en la noche del 12 de Mayo de 1866 un célebre astrónomo notó un brillo inusitado, anormal, mucho mayor que el ordinario, en una pequeña estrella de la constelación boreal de La Corona. Observó su espectro y vió destacarse en él, vigorosísimas, las líneas del hidrógeno. Aquella noche, quizás por primera vez, asistía el hombre como testigo á una terrible hecatombe cósmica y su inteligente mirada seguía atónita el desarrollo de un cataclismo sideral en los últimos límites del espacio. El hidrógeno ardía en la estrella. Un incendio, cuya magnitud nuestra imaginación no puede concebir, espantoso, asolador, inaudito invadía el astro en medio de la aparente tranquilidad del firmamento.

Existe un hecho de capital importancia en el mundo de lo inorgánico, que parecía ser del exclusivo dominio del orden vital. Me refiero á la afinidad electiva, á la atracción simpática, á esa especie de fuerza impulsiva con que unas moléculas van hacia otras con mayor empuje, con mayor anhelo, como si en el seno de la materia inerte viviese el sentimiento de la predilección, de la simpatía ó del amor. Hay átomos que están predestinados á vivir siempre unidos por vínculos eternos y casi indestructibles: y hay otros por el contrario, que se inspiran aversión profunda, que huyen y se alejan entre sí cuando el hado les reune en el torbellino de una reacción química. Poned una molécula de oxígeno junto á otra de sódio y vereis con que ardorosa vehemencia se precipitan á fundirse la una en la otra para constituir una duradera y feliz unión, un inextinguible idilio, tan digno de la pluma de un poeta como el de las flores, ó como el del amor humano.

Poned en tensión una cuerda musical, allí donde una orquesta deje oir sus múltiples y armoniosas notas, y pasarán sobre ella en raúdo tropel los sonidos todos sin conmoverla; pero cuando llegue á herir sus tendidas fibras la nota simpática, la de sus predilecciones íntimas; cuando perciba el amoroso contacto del ritmo amigo, de la vibración hermana responderá al casto beso con una lánguida vibración unísona,

Biblioteca de Galicia

que se difundirá por el aire conjuntamente con la que le dió origon.

Nueva arpa eólica, la cuerda no gemirá, quizás, al impulso del céfiro; pero vibrará expontáneamente cuando la sacuda y conmueva la nota ó el sonido que ella misma puede producir.

Esto consiste en que la cuerda silenciosa se apodera, absorve las vibraciones, el impulso dinámico de su unísono, para poner ella en movimiento sus propias moléculas. No es, bien mirado, un acto de simpatía de las dos vibraciones iguales: es algo más; es una absorción, un apoderamiento, en virtud del cual, las moléculas en quietud, en equilibrio de la cuerda muda entran en vibración á expensas de la fuerza viva de las ondas sonoras afines.

Otro tanto debe ocurrir en la vibración luminosa. Si entre una luz de arco voltaico y el prisma colocamos un vapor frío, estaremos de nuevo en el caso de una orquesta y de una cuerda en silencio. La orquesta, es la luz, que dimana de un cuerpo sólido incandescente. La cuerda muda, es el vapor frío.

El gas no se conmoverá, si se me permite la frase, ni sus moléculas entrarán en vibración cuando pasen á través de su masa todas las radiaciones extrañas, agenas á las que él puede emitir. Pero cuando lleguen las suyas, las de casa, las de su simpatía, las que le son afines, esas serán absorvidas, retenidas, empleadas en remover sus moléculas, y esas no pasarán; y en la imágen del espectro contínuo de la luz eléctrica, se presentarán como líneas de sombra, como trazos negros, vacíos y *mudos*, los espacios que ocuparían las radiaciones emitidas por el gas, si este fuera luminoso.

Este nuevo espectro cruzado de líneas sombrías, de líneas de absorción, es tan elocuente como el espectro gaseoso de líneas brillantes; porque, siendo exactamente, rigurosamente idénticas las posiciones de las líneas de luz de un gas inflamado y las líneas de sombra de ese mismo gas frío, interpuesto entre el foco y el prisma, la presencia del cuerpo en uno y otro estado queda perfectamente determinada y definida.

Si un espectro continuo no nos dice nada, un espectro al parecer contínuo, pero surcado de esas finísimas rayas negras, nos trae noticias muy interesantes.

El espectro del sol está en este caso: es un espectro de

Biblioteca de Galicia

líneas de absorción que, si bien no son visibles á simple vista, pueden serlo muy facilmente con la ayuda del microscopio.

Estas líneas que hace unos cuantos años constituían un geroglífico de esfinge, sombrío é inplacable, proclaman hoy una de las más admirables conquistas del saber humano. Ellas encierran la historia muda, pero fidelísima, del mundo estelar: ellas nos permiten afirmar que esos lejanos astros que gravitan á una distancia casi infinita de nosotros, están formados por substancias iguales á las terrestres: ellas han venido á establecer la unidad del mundo creado, la universalidad de la materia y la universalidad de sus leyes dinámicas y evolutivas. Esas oscuras rayas, son el lenguaje sutilísimo, casi ideal, con que unos astros se hablan á otros á través de los dilatados senos del espacio. Esos trazos de sombra, son un verdadero poema esculpido en la luz, un himno cantado á la infinita sabiduría de Dios y á la soberana inteligencia del hombre.

Si el sol fuera un cuerpo luminoso sólido ó líquido, á la manera de una bala de cañón enrojecida ó de un vasto mar de metales fundidos, su espectro sería absoluta y netamente contínuo, sin el menor vestigio de líneas oscuras de absorción, sin la menor solución de continuidad en la brillante y tersa gradación de sus colores.

Si fuera una masa exclusivamente gaseosa, su espectro respondería al carácter general que hemos asignado á los que produce la materia luminosa en tal estado, y ofrecería sin duda alguna, el forzoso aspecto de una série de líneas brillantes separadas las unas de las otras por espacios oscuros, por intercolumnios de sombra, sin nexo, ni penetración alguna entre sí.

Para que sobre el radiante fondo del espectro solar aparezcan las líneas de absorción negras, finas y vigorosamente destacadas, como se destacan los hierros de una verja sobre el claro fondo de un parque, es necesario, es absolutamente indispensable que, sobre la superficie luminosa del sol, sobre la que por sí sola produciría el espectro contínuo, floten masas de gases ó vapores relativamente fríos, capaces de absorver, de detener las radiaciones emitidas por el núcleo.

Nada menos que seis mil rayas de absorción contiene el espectro solar. Es una página de lectura muy nutrida. De esas seis mil líneas ó caracteres, solamente la mitad pertene-

Biblioteca de Galicia

ce á cuerpos conocidos y clasificados en nuestro planeta. Tenemos, pues, tres mil signos que corresponden á cuerpos que nos son total y absolutamente desconocidos.

Sobre la incandescente superficie del sol, de una temperatura inconcebible, existen al estado de vapores casi todas las substancias que nos son familiares. Allí está el hierro en cantidades enormes. Allí está el calcio en tanta abundancia como en la tierra. Allí el sódio, el plomo, el nikel, el cobalto, el aluminio, todos los cuerpos, en fin, que al enfriarse en nuestro globo formaron su costra sólida, sus continentes, sus montañas, el aire que respiramos y las estensas y profundas masas líquidas de sus mares.

Por encima de estos vapores metálicos, que son los más densos, se estienden hasta una altura, que no baja de dos millones y medio de kilómetros, la atmósfera solar, constituída casi exclusivamente de hidrógeno. Esta atmósfera colosal de gases incandescentes, caldeados á temperaturas horribles, dista mucho de la quietud y tranquilidad de la terrestre. Los más violentos ciclones de nuestra atmósfera, son apacibles brisas y juguetonas auras comparadas con las terribles tempestades de aquel aire incendiado y llameante. Sus espantosos torbellinos, sus huracanes de fuego se suceden unos á otros con vertijinosa rapidez, con incomparable violencia y removiendo hasta en sus últimos lechos los pesados vapores metalicos del fondo, los esparcen y desparraman en oleadas ardientes, como el viento remueve y levanta las encrespadas olas del océano.

Pero aún hay más. El análisis espectral no solo ha servido para descubrir en los astros los cuerpos conocidos en la tierra. Ha ido más lejos: nos ha informado de la existencia de otros, que ni siquiera sospechábamos. Y no los ha encontrado en el taller del químico: no han salido de las retortas y crisoles de nuestros laboratorios. El prisma los ha descubierto en el globo solar, en un crisol situado á treinta y seis millones de leguas de distancia.

Preguntad que es el hélio, y la ciencia os contestará, que el hélio fué descubierto en el sol hace unos cuarenta años; que su nombre estaba escrito en el espectro con una brillante línea amarilla, parecida á las del sodio; que ese metal no había sido nunca visto en la tierra; que su origen no era planetario, sino estelar, ultra-terrestre; que el registro civil que tiene abierto la Química de aquí abajo á los cuerpos que se

Biblioteca de Galicia

van descubriendo, no quiso inscribirle: y su partida de nacimiento hubo de quedar en blanco, por tratarse de un intruso, de un extranjero, de un desconocido, de un sér de otros mundos que no había adquirido carta de naturaleza en este sublunar, y al que se negaban los derechos de ciudadanía. El hélio figuró, por tanto, durante muchos años en el registro especial de los extraños y advenedizos; pero, felizmente, en el de 1895 los físicos ingleses Lord Raleigh y Mr. William Ramsay le encontraban en un mineral llamado *cleveita* y el hélio fué investido con el título de elemento terrestre.

¿Queréis confirmación más evidente, más palmaria, de la verdad y de la eficacia de este método analítico?

¿Podemos dudar ahora del valor real de un procedimiento que ha permitido descubrir un cuerpo en el sol antes que en la tierra?

Hoy mismo, en estos momentos otro cuerpo solar, el *coronio*, está esperando que un químico piadoso le conceda los honores de elemento planetario. El *coronio* ocupa las más elevadas regiones de la atmósfera del sol, visibles nada más en los cortos instantes de duración de los eclipses. Es, sin duda alguna, el más ligero, el más ténue de todos los gases; más aún que el hidrógeno. Yo hube de verle en el eclipse de Mayo de 1900 en el espectro de aquellas altas zonas, caracterizado por su típica raya verde, tan ténue, tan vaporoso, que parecía esfumarse y disolverse en los vacíos del espacio.

El análisis espectral nos ha enseñado también que las estrellas son soles como el nuestro más ó menos avanzados en el período de su evolución sideral. Porque los astros como el hombre, como los séres organizados, tienen su infancia, su juventud y su vejez; y lo que es más sensible é irremediable, tienen su muerte. ¡Triste destino de todo lo creado! ¡Fatal é inexorable ley biológica, que es ley del Universo!

El color de las estrellas, como el semblante de las personas, es ya un síntoma de su edad. Porque bueno es que sepais que hay estrellas blancas, azules, amarillas, rojas.....

Las azules y blancas son las más jóvenes; son las niñas del firmamento que adornan su infancia con esos colores claros tan propios de su edad. Estas estrellas están constituidas casi exclusivamente de hidrógeno, algunas veces de hélio, y su espectro tiene muy escasas líneas de absorción correspondientes al sodio y al magnesio. En estos astros la temperatura de sus gases es elevadísima: poseen, por decirlo así, un

Biblioteca de Galicia

gran calor vital; el calor de la juventud. Sus elementos no se han enfriado, ni condensado todavía lo suficiente para presentar tantas líneas oscuras como el Sol, positivamente más viejo.

Del tipo y edad de éste son las estrellas amarillas, que presentan un espectro abundantísimo también en rayas de absorción, que acusan un alto grado de condensación y enfriamiento de sus masas y, por consiguiente, la formación de muchos elementos químicos. Estos astros se encuentran en la edad adulta: á lo sumo, disfrutan de esa segunda juventud, aunque fuerte y vigorosa, templada ya por el juicio y la reflexión de los años. Nuestro sol está en la mitad de su vida y comienza á descender lentamente en el camino de su existencia.

Las estrellas rojas son astros que apenas tienen ya luz y calor: son ancianas venerables que se encuentran en el último período de su evolución, en ese estado de agotamiento dinámico precursor del fin. Estas que fueron un día lejano gala y ornato del firmamento, sienten hoy el pavoroso frío de todo lo que muere y acaba. Su espectro está surcado de numerosas bandas y líneas de absorción que revelan un enfriamiento muy profundo de la masa. Además carece de radiaciones ultra-violetas.

Y para dar fin á este rápido bosquejo os diré, que en los más apartados confines del espacio, la materia cósmica está condensándose todavía en vagas é inciertas masas nebulosas que andando el tiempo formarán sistemas estelares como el planetario y soles brillantes como Sirio. En estas nebulosas no hay más que hidrógeno y helio. Su espectro es esencialmente gaseoso, sin indicio, el más leve, de líneas de absorción. Estos son astros que nacen; mundos que parecen formarse á nuestra vista, que están en su primera infancia y que, por la ley de la vida, habrán de sustituir á los que se agotan, á los que terminan el cielo evolutivo que hubo de señalarles el Creador de todas las cosas.

—

He terminado, no sin el justificado recelo de haberos producido mayor fatiga de la que yo mismo podía temer al comenzar esta conferencia.

Si desgraciadamente, así hubiese ocurrido, no atribuyáis vuestro cansancio ni á las arideces del camino, ni á la esteri-

Biblioteca de Galicia

lidad del paisaje. No hemos hecho una excursión por la estepa, sinó por risueños campos de variadas y bellísimas perspectivas.

Culpad al guía, culpadme á mí que no acerté á mostraros en toda su magnificencia el grandioso y expléndido panorama.

He dicho.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

UNA CONVERSACIÓN SOBRE LA MATEMÁTICA

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

Una conversación sobre La Matemática

Conferencia dada en la Academia de Bellas Artes de La Coruña
El día 25 de Diciembre de 1904

POR

DON JUAN J. DURAN-LORIGA

LA CORUÑA
Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»
Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5
1905

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Señoras y Señores:

¿Qué hé de contestar al elocuente discurso que acaba de pronunciar mi excelente amigo y dignísimo presidente de la Academia Provincial de Bellas Artes, señor marqués de San Martín?: que me ha dejado confuso con sus elogios. Ha elegido los mejores colores de su paleta para pintar el cuadro. Me ha ofrecido las más hermosas flores del jardín de la amistad, ha sido en suma presentación de amigo. Le doy sinceras gracias. No merezco ciertamente tales alabanzas, no soy más que un enamorado de la Matemática, que solo con unos cuantos granos de arena, muy pocos por desgracia, hé podido contribuir al hermoso edificio de la ciencia, y basta ya de ocuparme de mí, pero deseo antes de entrar en materia exponeros el motivo de tener hoy el honor de dirigiros la palabra.

Al invitarme el ya citado señor marqués de San Martín, en nombre de la Academia para dar esta conferencia, hube de manifestarle. que aparte otras razones, me impedía el hacerlo, la consideración de que el único tema que yo podria desarrollar, con relativa competencia, es poco apropósito para este sitio donde debería descartarse todo lo que tras-

Biblioteca de Galicia

cienda á aridez aún esforzándose en darle un carácter elemental, familiar, por decirlo así, encajando mejor en estas disertaciones, lo relativo al arte en sus manifestaciones diversas, así como los estudios históricos, geográficos etc. Ante instancias repitidísimas, y por cierto muy agradecidas por mí, era forzoso ceder moviéndome además á ello la simpatía que desde luego siento por esta idea de la Academia, digna del mayor encomio, y que inicia una nueva manifestación de la cultura de mi pueblo natal. Por otra parte he pensado, que entre el arte y la ciencia hay un enlace más íntimo de lo que suele suponerse, teniendo presentes las palabras del gran Leibniz, legítimo orgullo de la nación alemana «El arte es la más sublime manifestación de una aritmética interior é inconsciente». Sea como quiera ya estoy en la brecha y no he de desertar de este puesto de honor. No se me ocultan sin embargo, señores, las dificultades con que tengo que tropezar, ya por el pié obligado de hacer una exposición elemental, ya también por tener que hablar cuando os encuentro sugestionados, y con razón, por las tres brillantísimas conferencias que aquí se han dado, me anima no obstante el pensar que toda persona culta es indulgente y por eso sé que cuento de antemano, no diré con vuestro aplauso pero sí con vuestra benevolencia.

¿Queréis que dé título á esta conferencia? Pues bien, sea éste: «*Una conversación sobre la matemática*».

Mathesis llamaron á esta gran ciencia los griegos, es decir, ciencia por excelencia, y en efecto, ninguna reune tan bien delineados los caracteres que definen una ciencia, es la única que ha podido llevar el glorioso nombre de exacta, su esfera de acción es inmensa, pues siendo su objeto, el estudio de las magnitudes y su medida, (si bien con ciertas condiciones) resulta que casi todo cuanto nos rodea cae bajo su potente dominio, ya traduciendo en fórmulas los fenómenos naturales, ya impulsando el adelanto de las ciencias físicas, ya en fin, caminando dentro de lo abstracto para descubrir verda-

Biblioteca de Galicia

des que constituyen el honor de la ciencia y una de las formas de la belleza.

No lo dudéis señores, es fruto de la matemática el hermoso trasatlántico que marcha hacia lejanas tierras para llevar, como mensagero de paz y bienandanza, los productos de la agricultura y de la industria, ó el poderoso acorazado que va á vengar ultrajes hechos á la bandera de la Patria, el telégrafo que permite contar en un momento dado las pulsaciones de la humanidad entera, el telescopio que deja examinar el mundo de los astros, ó el microscopio que escudriña los secretos de lo infinitamente pequeño. En leyes matemáticas se traducen así los movimientos que se realizan en los espacios celestes, como los vertiginosos que agitan las moléculas de los cuerpos.

Campea el número en las más bellas odas de Pindaro, en las estátuas de Miguel Angel, en los lienzos de Rafael.

¡Matemática en el cerebro del sabio, matemática en el corazón del poeta, matemática en el cielo, en la tierra, en lo grande, en lo pequeño! ¡En todas partes matemática!

Y es señores, que donde quiera que hay proporción, orden, armonía y belleza, allí aparece flotando la matemática «como el espíritu del Señor flotaba sobre las aguas». Platón lo ha dicho: «Los números gobiernan el mundo». Bien podemos exclamar con Joseph de Maistre: «Suprimid el número y suprimiréis las artes, las ciencias, la palabra y por consiguiente la inteligencia. Restablecedlo y con él aparecerán sus dos hijas celestes, la armonía y la belleza, el grito se hace canto, el ruido ritma, el salto danza, la fuerza dinámica, y las líneas figuras».

Pero aún otra gran ventaja tiene la matemática y es la de proporcionar un acabado modelo de lógica, educa nuestra inteligencia enseñándola á marchar con paso firme por el camino de la verdad, sirve para depurar nuestro juicio como el crisol purifica el oro, además esta reconcentración que natu-

Biblioteca de Galicia

ralmente exige, es en ocasiones medicamento precioso para distraer de grandes penas ó graves preocupaciones.

Cuando el matemático engolfado en sus números, en sus símbolos, fórmulas y figuras, persigue una cuestión difícil, ya relacionada con las ciencias naturales, ora con las ciencias físicas, ó mejor aún en las serenas regiones de la ciencia pura, le parece ver en el simbolismo que le rodea algo celestial, extrahumano, se siente en relación más íntima con la Divinidad, crée que el mismo Dios guía su mano, reniega como aquel filósofo de la escuela de Alejandría de la materia que envuelve su espíritu y desearía decir, como los sacerdotes y oráculos de la antigua Grecia, á todo lo que le rodea. «¡No hagáis ruido, dejadme oir el murmullo de los Dioses!»

Para que forméis señores una idea de este poderoso instrumento de investigación, que á Dios plugo poner en manos del hombre, voy á citaros un hecho bien palmario, como ninguno sugestivo, me refiero al descubrimiento del planeta Neptuno. Parece natural que se haya hecho con el telescopio; claro? ¡Como que es el instrumento apropiado para registrar el cielo! Pues nada de eso señores, se descubrió con... un papel, un lápiz, y el colosal talento de Le Verrier. Era el año 1846. Las observaciones del planeta Urano, traían á mal traer á los astrónomos, pues las perturbaciones que experimentaba en su marcha le hacían desviarse considerablemente de la elipse de Kepler, no bastando á explicar estas anomalías, la sola presencia de los otros planetas conocidos.

Le Verrier planteó el problema de averiguar que dimensiones y que trayectoria debería describir un astro hipotético para producir las perturbaciones que en Urano se observaban y por medio de un análisis admirable señaló la situación que dicho astro hipotético debía ocupar en el cielo el 1.º de Enero de 1847. El astrónomo Gall, de Berlín, dirige el telescopio al punto señalado por el sabio francés y casi en el mismo sitio descubre el planeta que primero se llamó Le Verrier y despues Neptuno para obedecer á nomenclaturas tradiciona-

Biblioteca de Galicia

es. Este hecho señores causó en el mundo científico extraordinario asombro y fué una de las pruebas más patentes del enorme poder de la ciencia pura.

Pero si este ejemplo, señores, prueba el enlace admirable de la matemática con las ciencias de observación, existen también relaciones verdaderamente sublimes dentro de la ciencia abstracta. Hay una fórmula que no podría demostraros sin recurrir á la ciencia superior que es una de las más bellas y notables de toda la matemática. Es la siguiente: $e^{\pi\sqrt{-1}} = -1$ No os preocupéis los agenos á la matemática de lo que esto quiere decir en su tecnicismo, pero creedme que tiene toda la belleza de aquellos templos que en tiempo de Ictino y Calicrates se elevaban, á las divinidades Elénicas. En ellas entran en admirable enlace los dos números más notables del análisis matemático, el uno de origen puramente analítico (la base de los logaritmos Neperianos) y el otro geométrico (la razón constante que existe entre toda circunferencia y su diámetro) esta fórmula traduce pues con encantador laconismo, un estrecho abrazo que se dan las dos ramas de la ciencia, el análisis y la geometría, y sirvió para demostrar lo que en su tecnicismo se llama, *la trascendencia* del número π (que como ya he dicho, es la razón constante de la circunferencia al diametro) y con esta consecuencia probar la imposibilidad de la resolución por la geometría elemental del famoso problema de la *cuadratura del circulo,* perseguido en vano durante más de *tres mil años.*

Yo señores veo en esta fórmula en que está ligado el análisis, la geometría, lo real y lo imaginario, una especie de lazo misterioso entre el sér inteligente y su Creador. Me estoy imaginando el momento del aniquilamiento de la tierra, azotada por el huracán, conmovida por el terremoto, anegada por el oceáno, taladrada por el rayo, pulverizada por el choque de otro astro, y á la humanidad entera congregada, no para pronunciar el «Ave Cesar» de los antiguos romanos,

Biblioteca de Galicia

grito después de todo, de furia y de rencor, sino el alegre Hosanna de veneración y agradecimiento, y presentando como trofeo de su paso por la tierra la fórmula misteriosa que liga en eterno beso el número y la forma y que quedaría flotando en el espacio y sobreviviendo á todo lo creado. Ha llegado ya el momento de concretar señores, que el tiempo va pasando y no quisiera molestaros con una conferencia muy larga.

Desearía poder daros una idea del enorme patrimonio de la ciencia al finalizar el siglo XIX, ó al menos de las conquistas admirables conseguidas en dicho siglo. Exponeros las bellísimas investigaciones en la teoría de las trasformaciones geométricas, en particular las llamadas de contacto, con su natural repercusión al análisis, en la geometria proyectiva, en metageometría, los difíciles estudios sobre superficies aplicables y superficies mínimas, los trabajos en la teoría de conjuntos, lógica matemática, etc., para que conmigo veneréis los nombres (dejando aparte los antiguos) de Cauchy, Gaus, Chasles, Poncelet, Galois, Silvester Cayley, Sophus Lie, Weierstrass, Kronequer, Hermite, Klein Tilly y tantos otros. Pero esta exposición no solo requeriría varias conferencias, sino cierta preparación matemática más que elemental, y así debo limitarme á ofrecer á vuestra atención asuntos de otra índole, y por otra parte notables ya por su historia, ya por su curiosidad propia y que pueden encajar perfectamente en el plan de estas conferencias.

Trasladémonos señores, en el orden del tiempo, á la mitad del siglo XVII, á aquella época gloriosa para la nación francesa, que gobernada por el tan discutido Luis XIV *el Grande*, ligó su historia á la de casi toda Europa ante la condición varonil de un monarca, que débil, poco instruído, y solo galante cuando mozo, demostró ya á la muerte de Mazarino que llegaría a ser un Rey de grandes energías, cumpliéndose lo que el sagaz prelado adivinaba, apesar de aquella aparente frivolidad, al decir, que había en él «tela de mu-

Biblioteca de Galicia

chos grandes reyes». Pero no es el objeto de esta conferencia el ocuparme de asuntos históricos para lo que reconozco desde luego mi incompetencia, así dejemos desfilar ante nuestra imaginación, sin examinarlos brevemente siquiera, aquellos grandes acontecimientos mundiales que tienen por epílogo, el tratado de Aquisgran, de Nimea, de Utrecht, etc. No hablemos por consiguiente de las espadas vencedoras de los Condé, Duquesne, Turene, Crequi, etc., y echemos tupido velo sobre aquella corte corrompida, donde se unían en triste consorcio, glorias inmarcesibles y la podredumbre del vicio; pero hagamos parada ante el recuerdo de una dama de la corte del célebre Monarca; Ana Genoveva de Borbón, duquesa de Longueville, mujer en verdad bien singular, mezcla de santa y revoltosa, rara unión de languidez extraordinaria y acometividad sin límites, tan dispuesta á dirigir una rebelión armada, como á manejar la diplomacia para conseguir de los *jansenistas,* la transación llamada *paz de Clemente IX* y con sentimientos religiosos bastante arraigados para castigar las faltas de su vida con el donativo de cuantiosas limosnas que mermaban su caudal, y penitencias duras, que daban al traste con su salud.

La célebre hija del príncipe de Condé, gustaba de instruirse conversando con hombres de ciencia, y en cierta ocasión hablaba con el matemático Nicole, tratando éste de convencerla, de que un sencillo razonamiento matemático, bastaría para probar que forzosamente tenía que haber en París más de una persona con el mismo número de cabellos. El razonamiento de Nicole era perfectamente exacto; decía éste, que una vez concedido que el mayor número posible de cabellos sea de 200.000, 300.000, hasta 400.000, exagerando evidentemente el número, al presentarse 400.001 personas, es indudable que dos por lo menos tendrían que estar en las condiciones dichas, puesto que en el caso más desfavorable, podrían tener, la una un cabello, otra dos y así sucesivamente hasta 400.000 ¿y la siguiente? ¿400.001? no, puesto que

Biblioteca de Galicia

hemos admitido que el mayor número es de 400 000. Resulta por consiguiente que al haber en París más de 400 000 personas, tenía que realizarse lo que decía el matemático. Parece que la duquesa no pudo jamás entender este razonamiento.

Pero si bien el razonamiento matemático, empleado conforme á las leyes de la lógica, conduce naturalmente al más íntimo convencimiento de la verdad, cuando se olvidan estas leyes se puede hacer un falso empleo, y convertir este admirable instrumento de la inteligencia humana, en peligrosa espada de dos filos. No han estado ciertamente libres de cometer groseros errores los más profundos matemáticos. La historia de la ciencia presenta numerosos casos. En otras ocasiones se falsea intencionalamente la lógica para caer en lo que los franceses llaman *piéges* matemáticos, proponiéndose con ellos que el lector explique donde está el error.

Uno de los célebres sofismas es el de *Zenón*, que voy á tener el gusto de exponer.

Retrocedamos 24 centurias y trasladémonos al *siglo de Pericles* en Grecia, aquella época gloriosa, en que bajo el célebre ateniense, alcanzó el arte un explendor cuya narración nos produce emoción extraordinaria, y entusiasmo sin límites, aquella época en que se construía el Oteon, el Partenon, el templo de Eleusis, el Erecteyon....., en que brillaba el divino Fidias, los arquitectos Ictino y Calícrates, los poetas Sófocles y Euripides, el pintor Polignoto, Damón el músico..., en que aquella brillante raza demostraba su pujanza varonil con sus *Juegos Olímpicos*, en los que aparecían los atletas vencedores orlados con corona de olivo y conducidos en triunfo á sus ciudades, y su heroismo en aquellas guerras con los espartanos y los persas, siendo prenda de aquellas épicas jornadas los *largos muros* que unían á *Atenas* con los puertos del *Pireo*.

Pues bien, en esta época á que me refiero, figuraba entre las escuelas filosóficas la llamada eleática, siendo uno de sus

Biblioteca de Galicia

discípulos más conspicuos, el famoso *Zenón de Elea*, que se crée fue maestro del gran Pericles. Esta escuela panteista, se encarnaba en una porción de negaciones; negaban la autoridad de los sentidos y de la razón, y hasta negaban el movimiento, que decían envolvía contradicción. En lo que atañe á esto último, sentó *Zenón* el siguiente sofisma: «Un hombre no puede alcanzar á una tortuga que le lleve algunos pasos de delantera, aunque camine con más rapidez que el citado reptil». Hé aquí el razonamiento del filósofo:

Supongamos por ejemplo que el hombre camine con velocidad diez veces mayor que el reptil, y que la distancia que los separa sea de 10 metros (empando unidades modernas), cuando el hombre haya llegado al punto de partida de la tortuga, esta se habrá separado un metro de aquel punto, al recorrer el hombre ese metro, la tortuga avanza un decímetro, después un centímetro, luego un milímetro y asi sucesivamente, *luego el hombre no alcanza á la tortuga*..

Facil es ver en que consiste el error de este razonamiento: El tiempo que se tardaría *en enunciar* las diversas etapas del camino, es seguramente infinito, pero no así el camino, ni el tiempo empleado hasta el encuentro: Supongamos que el hombre anda un metro por segundo. El camino recorrido y el tiempo empleado son la suma de los términos de una *progresión decreciente al infinito* que se prueba en la matemática elemental que es finita, así se obtiene

$$10 + 1 + 0{,}1 + 0{,}01 + 0{,}001 + \text{- - - - - -}$$
$$= 11{,}1111 \text{- - - -} = 11\ {}^{1}/_{9}$$

el hombre encontraría por consiguiente á la tortuga, á los $11\ {}^{1}/_{9}$ metros del punto de partida del primero, empleando $11\ {}^{1}/_{9}$ segundos.

De otro modo ocurrirían los hechos si se plantea este otro problema.

Un movil camina desde un punto *A* hacia otro *B* recorriendo cada unidad de tiempo la mitad de la distancia que le separa de *B*. Entonces a pesar de ser la distancia finita, el

Biblioteca de Galicia

tiempo necesario para recorrerla sería infinito, es decir, no llegaría nunca á *B*.

Otra paradoja célebre, es el llamado *problema de la rueda ó de Mairan*. Data de 24 siglos por lo menos, pues ya el gran Aristóteles trató de buscar la explicación, sin haber podido conseguirlo el célebre filósofo griego. Igual dificultad encontró el astrónomo *Galileo* en el siglo XVI, hasta que al fin el célebre literato, físico y matemático *Juan Jacobo Dortons de Mairan* (siglo XVII) pudo encontrar la respuesta á la célebre paradoja. Consiste esta en lo siguiente: Cuando una rueda se mueve sobre un camino recto, al dar una vuelta completa, el recorrido es igual á su desarrollo, si á la vez se considera otra interior concéntrica, también esta dá una vuelta y puede suponerse que se desarrolla sobre un camino igual y paralelo al anterior, *luego la rueda grande tiene el mismo contorno que la pequeña.*

La explicación que dió Mairan es completamente satisfactoria al decir que la rueda pequeña, además del movimiento de rotación, lleva otro de traslación que se une al primero, *per intimá*, en cada instante del trayecto, así es que el recorrido debe ser mayor que su desarrollo

El razonamiento matemático conduce con frecuencia á resultados muy distintos de los que se ven *á priori*, por el inesperto en esta clase de cuestiones. Citaré como ejemplo un problemita clásico: Un cazador encuentra dos pastores y les propone le vendan unos quesos que llevan, el uno tres, y el otro cinco, los comen los tres juntos por igual, al marcharse el hijo de Diana, les entrega á los pastores ocho pesetas. ¿Como deben repartirse estas? *La primera impresión* induce á contestar: Al que dió tres quesos, tres pesetas, y cinco al otro. Nada más erróneo, la matemática contesta; al primero una peseta y al otro siete, ¿por qué?, pues sencillamente, porque suponiendo los quesos divididos en tres trozos cada uno, el primer pastor dió nueve trozos, y el segundo quince al acervo común, en total 24 trozos, pero habiendo comido ellos ocho

Biblioteca de Galicia

cada uno, cedieron al cazador, el primer pastor un trozo, y el segundo siete. La repartición justa del dinero, es pues la que se ha dicho.

Voy ahora señores á hablar algo de una rama de la matemática aplicada, de la mayor importancia, de uso constante en las ciencias de observación, y que entra perfectamente en mi plan, si me límito á su parte elemental. No necesita mi exposición para ser entendida, más que los elementos de la ciencia. No he de utilizar ciertamente las célebres fórmulas de Wallis, de Stirling, de Fourrier, etc., bagaje que sería indispensable, si me remontase á regiones más elevadas y algunas ciertamente de difícil acceso. Me estoy refiriendo al *Cálculo de Probabilidades.*

Constantemente se dice y se repite aún por las personas menos versadas en la ciencia, esto *es muy probable*, esto *no es probable*, esto *es seguro*, etc. etc. Este sentimiento de nuestra concieneia que nos permite emitir juicios sobre hechos que nos son desconocidos, se ha sometido al estudio de la matemática. Las dudas que el *Caballero de Meré*, hombre de gran talento y moralista muy notable, pero no matemático, exponía al gran Pascal hacia la mitad del siglo XXII, sobre hechos que observaba en el juego de los dados, han colocado los primeros jalones de la teoría de que voy á hablar.

Consideremos que en una urna hay tres bolas blancas y tres negras, si extraemos una al azar ¿qué es más probable? ¿qué salga blanca ó negra? sin pedir para nada auxilio á la ciencia un sentimiento íntimo de nuestra conciencia nos dice: Puesto que las bolas blancas y negras están en igual número, *la misma razón* hay para que salga blanca que negra. Supongamos ahora que hay cinco blancas y una negra ¿qué es ahora *lo probable* al hacer la extracción? *lo lógico, lo natural* es que salga blanca. Pero aún esto que llamamos *natural* y *lógico* puede imponerse *con más fuerza*, es decir, considerarlo aún más probable. Supongamos que en lugar de seis bolas, hay en la urna un millón, cien millones, un billón, y que to-

Biblioteca de Galicia

das menos una son blancas; llegamos á ver tan segura la salida de bola blanca, que cualquiera persona de buen juicio, no tendría inconveniente en arriesgar toda su fortuna en aras de su afirmación.

Cuando se trata de hechos del orden moral, ya nuestras afirmaciones son más vagas, unas veces por no poder apreciar claramente las diversas causas, otras, por el estado de nuestro ánimo; lo que creíamos muy probable por la mañana, lo juzgamos difícil por la tarde, sin que nada se haya modificado en los datos de que partimos.

Un suceso que veíamos con optimismo al meternos en cama, se presenta con las negras sombras del pesimismo al despertar del siguiente día, y ¿por qué este cambio? quizás todo obedezca á una digestión difícil ó á una noche de insomnio.

Ahora bien, ¿cómo traduce la matemática en su lenguaje este *más ó menos probable* que se presenta á nuestro juicio? Pues sencillamente, diciendo: «*Se llama probabilidad de un acontecimiento la relación del número de casos favorables al número total de casos, suponiendo todos ellos igualmente posibles,* (esto último es esencial). Así en el primer ejemplo de la urna, los casos favorables á la salida de bola blanca son tres, el total de casos es seis, *todos igualmente posibles,* la probabilidad es pues $\frac{3}{6}=\frac{1}{2}$». En el segundo, la probabilidad es $\frac{5}{6}$ es decir, mayor. Si la urna tuviera las seis bolas negras, sería *imposible* saliese blanca y la probabilidad según la difinición sería $\frac{0}{6}=0$. En cambio si todas las bolas fueran blancas, sería *segura* la salida de bola de esta clase y la probabilidad estaría expresada por $\frac{6}{6}=1$.

Resulta, pues; que las palabras imposible, dudoso, seguro, se traducen por los números 0, $^1/_2$, 1, respectivamente, que *lo improbable* se expresa por números comprendidos entre 0 y $^1/_2$ y lo probable entre $^1/_2$ y 1, y en fin que un suceso va

Biblioteca de Galicia

adquiriendo mayor probabilidad, á medida que la relación de casos favorables al total de casos se acerca á la unidad. Resulta por consiguiente que la determinación de la probabilidad, se reduce en último término, á averiguar el total de casos posibles y de éstos los que son favorables al suceso, pero esta investigación sería unas veces muy larga, otras difícil y hasta imposible, sin salirse de lo elemental, y de aquí la necesidad del conocimiento de las diversas teorías, que forman esta parte de la ciencia.

Me limitaré pues, como antes he dicho, á tratar algunos sencillos problemas que son clásicos, y alguno de ellos mostrará los groseros errores en que han caido matemáticos de primer orden. ¡Siempre el hombre, aún el que llamamos *genio*, recibiendo lecciones de humildad!

Consideremos la siguiente cuestión. Se tira dos veces una moneda al aire: ¿Cual es la probabilidad de que salga cara una vez al menos? Representemos la cara por la letra *a*, y la cruz por *b*. Las combinaciones posibles en las dos tiradas son evidentemente *a a*, *a b*, *b a*, *b b*, las tres primeras son favorables al suceso, luego la probabilidad es $^3/_4$. A pesar de lo evidente que es esto, D'Alembert decía ser la probabilidad $^2/_3$; hé aquí el razonamiento de este hombre eminente: Si sale *a* á la primera tirada el juego termina, pero si sale *b* debe tirarse una segunda vez que solo puede dar los dos casos *a* ó *b*, luego el número de casos es *a*, *b a*, *b b*, de los cuales, dos son favorables al suceso, *luego la probabilidad* es $^2/_3$; el error del gran geómetra consiste en suponer en los dos últimos sucesos la misma probabilidad que en el primero. La probabilidad de obtener *a* en la primera tirada es indudablemente $^1/_2$, pero la del doble acontecimiento *b a*, *b b* es *antes de la tirada* $^1/_2 \times {}^1/_2 = {}^1/_4$, y por consiguiente la que se busca es $^1/_2 + {}^1/_4 = {}^3/_4$ como antes hemos obtenido.

En verdad no se concibe como un hombre de esta talla pudo caer en tal error. Seguramente sabeis quien ha sido

Biblioteca de Galicia

D'Alembert, un colosal geómetra del siglo XVIII, que parece haber nacido para crear en todo.

A este eminente Secretario de la Academia francesa se le deben portentosos descubrimientos. Su tratado de dinámica le colocó entre los primeros geómetras de Europa, dando un método general y directo, al reducir los problemas de movimiento, á cuestiones de equilibrio, es decir convirtiendo la *dinámica* en *estática*.

Como físico, ataca el problema de las cuerdas vibrantes y crea con este motivo un nuevo método de análisis; la teoría tan fecunda de las *ecuaciones á las derivadas parciales*. Como astrónomo, resuelve el problema de *la precesión de los equinocios*, confirmación admirable de la teoría de la gravitación universal, y se muestra *digno sucesor de Newton*, según frases de Condorcet.

Hé aquí una segunda cuestión: Se tira una moneda n veces ¿cual es la probabilidad de que la cara y la cruz se sucedan en un orden determinado? Evidentemente el número de casos posibles es $2 \times 2 \times 2 \times 2$ - - - - - - - - - (n veces), es decir 2^n y como uno solo es favorable la probabilidad será $\frac{1}{2^n}$. Así por ejemplo; la probabilidad para que tirando una moneda *diez veces*, salga siempre cara, es $\frac{1}{2^{10}} = \frac{1}{1024}$.

Consideremos ahora esta otra cuestión. ¿Cuantas veces hay que tirar un dado de seis caras para *que sea probable* salga el punto *6*? Combinándose en las distintas tiradas las seis caras del dado, con las correspondientes á la nueva tirada, resulta que el número total de casos es $6 \times 6 \times 6 \times 6 \times$ - - - - - - (n veces) esto es 6^n. Si en la combinación no entra el *6* será desfavorable el suceso, luego hay 5^n contrarios, y por consiguiente favorables $6^n - 5^n$. La probabilidad es pues $\frac{6^n - 5^n}{6^n} = 1 - \frac{5^n}{6^n}$. Para $n = 3$ resulta menos que $^1/_2$, es decir *improbable* salga el punto *6*. Para $n = 4$ se

Biblioteca de Galicia

obtiene un resultado mayor que $^1/_2$, es decir, *probable*. Algunas veces se llega al aplicar la teoría á resultados completamente distintos de lo que pudiera verse á *priori*.

Sea, por ejemplo, encontrar la probabilidad para que extrayendo al azar de una urna donde hay m objetos, un cierto número de ellos, este número sea par ó impar. *La primera impresión*, es creer, que esto dependerá del número de números pares ó impares que hay de 1 á m. Así si $m = 3$ parece natural decir; desde 1 á 3 hay dos números impares y uno par (el 2), *la probabilidad para los impares es pues* $^2/_3$, *y* $^1/_3$ *para los pares*. Este razonamiento es inexacto, pues llamando *a. b* y *c* los objetos, los casos posibles son *a, b, c, a b, a c, b c, a b c*, hay pues cuatro grupos impares y tres pares. La probabilidad para los primeros es pues $^4/_7$ y para los segundos $^3/_7$.

Si $m = 4$, entonces parece que hay la misma probabilidad $^1/_2$ para los pares que para los impares, pues desde 1 á 4 hay dos números pares y dos impares. Sin embargo, razonando como antes, se ve que las combinaciones impares son *a, b, c, d, a b c, a b d, a c d, b c d*, y las pares *a b, a c, a d, b c, b d, c d, a b c d*. Siendo por consiguiente las probabilidades respectivas $\frac{8}{15}$ y $\frac{7}{15}$ es pues más probable que salga un número impar de objetos, que un número par.

Examinemos por último el ejercicio siguiente, que fué el que verdaderamente dió origen á los primeros trabajos sobre la teoría que nos ocupa. ¿Cuantas veces hay que tirar *dos dados* de seis caras para que sea probable salga el doble 6? Es evidente que las combinaciones en grupos *binarios* de las caras de dos dados son 36, y por tanto, razonando exactamente como en el ejercicio anterior, se obtiene para la probabilidad en n tiradas: $\frac{36^n - 35^n}{36^n} = 1 - \left(\frac{35}{36}\right)^n$. Para que la probabilidad sea $^1/_2$ resulta $n = 24.605$, luego con 24 tiradas *no es probable* y *si con* 25.

Biblioteca de Galicia

Este resultado le parecía *un verdadero escándalo al Caballero de Meré*, de quien ya hemos hablado, haciendo el siguiente razonamiento:

Si se trata de obtener *6* con un solo dado, hay ventaja en cuatro tiradas; en cambio si se desea alcanzar al *doble 6* con dos dados, hay desventaja en 24 ensayos, *á pesar* de que la relación de 24 á 36 (número de combinaciones con las caras de dos dados) es la misma que la de 4 á 6 (número de caras de un dado). El resultado no tiene nada de extraño, pues el número de combinaciones, ya posibles, ya favorables, no varía proporcionalmente ni al número de caras ni al de tiradas.

Una noción muy importante en la aplicación del cálculo de probabilidades á la *teoría del juego*, es la de la *esperanza matemática*, que viene á ser el producto de la probabilidad de ganar una cierta suma por el importe de esta.

Si un juego es equitativo, la puesta del jugador debe ser igual á la esperanza matemática.

Supongamos como ejemplo, que diez personas tienen iguales derechos sobre una suma de 1.000 pesetas, pueden repartírselas por igual recibiendo cada una 100 pesetas ó *jugarlas* á la suerte dándole á cada uno la probabilidad $\frac{1}{10}$ de obtenerla.

El saber lo que una persona debe poner en un juego equitativo, se reduce, pues, á determinar la esperanza matemática ó *la suma de esperanzas matemáticas*. Consideremos el siguiente juego. Una persona *A* se compromete, tirando un dado marcado con los números de 1 á 6, á dar á otra *B* tantas pesetas como indica el número del dado. ¿Cuanto debe poner *B* en cada tirada? Hay que sumar las esperanzas matemáticas de todos los casos posibles, que se obtienen multiplicando la probabilidad constante $^1/_6$ por los diversos números del dado, que marcan las cantidades que pueden obtenerse. Así el jugador *B* debe hacer, al ser el juego equitativo puestas de $\frac{1}{6}\left(1+2+3+4+5+6\right)^{\text{pts.}}=3{,}50$ pesetas.

Biblioteca de Galicia

En la antigua lotería el *estracto simple* daba derecho á 15 veces la puesta, pero si el juego fuese completamente equitativo debía producir 18 veces lo que se arriesgaba:

En efecto, puesto que se sacaban 5 bolas de las 90, la probabilidad del jugador era de $\frac{5}{90}=\frac{1}{18}$, excediendo por consiguiente en $\frac{3}{18}=\frac{1}{6}$, la esperanza matemática del *banquero*, á la de los puntos.

Hay un célebre problema referente á la cuestión que tratamos llamado problema de *San Petesburgo*, en el que se llega á un resultado á primera vista paradójico, no obstante que el cálculo responde de modo perfectamente riguroso. Este problema fué ideado y resuelto por Daniel Bernoulli. Hé aquí su enunciado: dos personas *A* y *B* juegan con las siguientes condiciones; *A* tira una moneda al aire las veces que sea necesario para que salga *cara*, si ocurre á la primera vez dá una peseta á *B* y se empieza nueva partida, si la cara hubiese salido á la 2.ª, 3.ª, 4.ª, etc. tirada, daría 2, 4, 8, - - - pesetas á *B*, y se empieza siempre nueva partida cada vez que sale cara. ¿Cual es la esperanza matemática de *B*? Dicho de otro modo ¿cuanto debe entregar *B* á *A* en cada partida en pago de las ofertas convenidas? El cálculo dice que cualquiera que sea la cantidad que *B* entregue, aunque esta sea colosal, el juego es para él favorable.

Veamos por qué: *B* debe recibir, según el número de tiradas que se necesitan en cada partida para que salga *cara*, uno de los términos de la progresión

$$1, 2, 4, 8 - - - - - - - - - - 2^n - - - - -$$

y las probabilidades correspondientes á cada una de estas sumas son

$$\frac{1}{2}, \frac{1}{4}, \frac{1}{8}, \frac{1}{16} - - - - - \frac{1}{2^{n+1}} - - - - -$$

la esperanza matemática de *B* es por consiguiente

$$1\times\frac{1}{2}+2\times\frac{1}{4}+4\times\frac{1}{8}+ - - - -$$

Biblioteca de Galicia

es decir infinitas veces un medio, ó sea infinito. Resulta por consiguiente, que cualquiera cantidad que entregue B, aunque sea enorme, el juego llegará á serle favorable, ¿cuando? no puede saberse, será después de cien, mil, un millón, un billón..... de partidas, pero al fin su ganancia es segura. Esto que á primera vista parece absurdo, es rigurosamente exacto, y lo que le hace parecer paradójico, son consideraciones de orden moral. Un juego puede ser equitativo y sin embargo disparatado, bajo el punto de vista moral.

Dos personas poseen cada una cien millones de pesetas, y acuerdan reunir los doscientos millones y jugarlos á *cara* ó *cruz*. El uno quedará enormemente rico, el otro pobre; sin embargo la partida fué equitativa aunque deban los dos ser encerrados en una *casa de orates*.

El cálculo de probabilidades predice la ruina de los jugadores.

En efecto: si dos jugadores A y B ponen a y b pesetas respectivamente, y juegan con equidad, el más rico de los dos arruina *probablemente* al otro puesto que estas probabilidades son respectivamente;

$$\frac{a}{a+b} \text{ y } \frac{b}{a+b}$$

Si el jugador B representa al público, b tiende á infinito, y entonces la probabilidad de que gane A tiende á cero, en forma que *teóricamente* su ruina es segura.

Me voy ahora á ocupar señores de otra rama de la matemática que tiene un atractivo especial y que se conoce con el nombre de *Aritmología* ó *Aritmética superior* y también *Teoría de los números*. Se propone, como su nombre indica, estudiar las propiedades del número.

Se encuentran á cada paso dificultades enormes que parecen retos lanzados á la inteligencia humana, y constituye uno de sus grandes encantos el ver que ciertas proposiciones que pueden entenderse y hasta descubrirse (por vía experimental) con poquísimo bagaje científico, se presentan dificí-

Biblioteca de Galicia

lísimas en sus demostraciones, teniendo á veces, que recurrir á las más elevadas doctrinas de la ciencia.

Existe por ejemplo el llamado *Ultimo Teorema de Fermat* que dice: la igualdad $a^n + b^n = c^n$ es imposible para $n > 2$ (para $n = 2$ se tiene por ejemplo $3^2 + 4^2 = 5^2$).

Nadie ha podido demostrar este teorema de un modo general. (Hay quien cree que Fermat poseía la demostración) aunque sí en muchos casos particulares venciendo en algunos dificultades enormes. Así el teorema se demostró primero para los siguientes valores de *n;* 3, 5, 7, 10, y á su demostración van unidos los nombres ilustres de Euler, Lejeune-Dirichlet Lamé y Legendre. Después Kummer lo demostró para todos los exponentes pares y varios exponentes primos, pero aún quedan muchos exponentes para los cuales falta la demostración, que se persigue desde el siglo XVII.

Otro teorema que se ha resistido á los esfuerzos de los aritmólogos, es el llamado de Golbach que dice: *Todo número par es siempre suma de dos números primos.*

Tampoco se conoce la demostración de este teorema empírico enunciado por Catalan: *Los números 8 y 9 son los únicos consecutivos potencias perfectas.*

Por este tenor hay una porción de teoremas en la Aritmética Superior que han sido hasta ahora inabordables, y cuestiones de otra índole como por ejemplo, *encontrar la forma generadora de los números primos*. Averiguar si pueden existir *números perfectos impares* etc. etc.

Las teorías de la Aritmética superior permiten estudiar propiedades de números que sería imposible escribir según las leyes de la numeración por su enorme número de cifras. Parece que el hombre mira cara á cara al infinito (perdonadme esta hipérbole) y le obliga á rendir pleitesia. Así por ejemplo el número que escrito con la notación potencial se representa así $2^{2^{36}}+1$ se demuestra *con facilidad* que es divisible por 2748779069441 y sépase que el tal número tiene

Biblioteca de Galicia

veinte mil millones de cifras, es decir, que si se cogiera una cinta análoga á la del telégrafo *Morse* y de una longitud igual *á la del ecuador terrestre*, aún escribiendo con la letra más menuda que se emplea en los manuscritos ¡sería insuficiente para escribir dicho número!

Aún puedo daros idea de lo colosal que es ese número en forma más sugestiva. Supongamos que se construye una esfera de radio tan grande que la luz emplease en recorrerlo, *un millón, un billón, un trillón de años* si quereis, á pesar de su gran velocidad de *300.000* kilómetros por segundo, y esta esfera se llenase de glóbulos sanguíneos. ¿No os parece que el número de estos sería asombroso por lo grande? Pues creedme, desaparecería por su pequeñez, *sería sin duda alguna despreciable* al lado de $2^{2^{36}}+1$. ¿No encontrais esto grandioso?

Los antiguos geómetras y filósofos estaban verdaderamente enamorados del número. Platón pedía que *su villa ideal* se compusiera de *5.040* ciudadanos libres, porque este número *felix* (son sus palabras) es divisible por los diez primeros números.

Como consecuencia de los distintos puntos de vista de considerar el número, fué éste recibiendo nombres diversos, alguno de los cuales traduce la manera misteriosa de considerarlos, así había el número *misterioso* de Pitagoras, el *nupcial* de Platón, *mágico* (Persans). En la aritmética de Diofanto aparecen los números *triangular, cuadrangular, pentagonal, poligonal* y *piramidal*. Más tarde, el número *sordo* y *ciego*, y ya en tiempo de Fermat (siglo XVII) aparece el número *perfecto, abundante, deficiente, amigable, alicuotario*.

Por último con Gauss y otros aritmólogos posteriores aparecen los números *congruente, real, imaginario, anastróptico, trascendente* é *hipertrascendente*, etc.

Hay quien encuentra extraño que el estudio del número en abstracto encierre verdaderos deleites, ¡pero si en el nú-

Biblioteca de Galicia

mero, señores, se sintetiza toda la creación! la luz, el sonido, la forma..... Pitagoras decía hace 25 siglos: «Los elementos del número son los elementos de todas las cosas». ¿Quien duda que esos encantos que presenta la naturaleza en sus hermosos cambiantes de luz, qué esos sonidos á veces celestiales se reducen en suma á un número mayor ó menor de vibraciones que recoge el prisma, ó una sinuosidad, una forma geométrica al fin, que almacena el cilindro del fonógrafo? ¿Qué esos bellísimos arabescos que trazaba la imaginación fogosa de los artistas de Oriente son en resúmen cuestión de números? Gozemos artísticamente en la contemplación de lo bello, pero sepamos, *que en números se sintetiza* el colorido de las selvas y de los prados, los variados matices de los jardines, el suspiro luminoso de los astros, el azul violado del espacio, el simpático murmurio del arroyo, el magestuoso retumbar del trueno, el rayo de luz que choca en la frente del héroe ó el que destellan las pupilas del sabio.....!

Al llegar aquí, señores, me encuentro verdaderamente *aterrado,* veo que llevo hablando más de una hora y no he dicho la mitad de lo que pensaba decir. *Tengo que confesar* que soy *pésimo calculista* ¡vengo á hablar de números y no he sabido medir el tiempo!

Pasaré pues rapidamente sobre varias cuestiones de geometría de que pensaba ocuparme, y aún haré caso omiso de otras, pero si me lo permitís no dejaré de exponer la última parte de mi conferencia, aunque abreviando cuanto pueda. Se trata de un tema altamente simpático, que versa sobre la aptitud de la mujer para la ciencia.

Yo hubiera querido hablaros del hiper-espacio, doctrina matemática y filosófica de gran interés, decir algo de los tres famosos problemas geométricos. *Trisección del ángulo, cuadratura del circulo* y *duplicación del cubo,* cuya resolución por la geometría elemental, es decir por la geometría canónica de la regla y el compás, se ha demostrado que es imposible. En cuanto al último problema que ya en tiempo de

Biblioteca de Galicia

Platón, es decir 400 años antes de N. S. J. C. se intentó resolver, hay una leyenda curiosa.

Allá en la isla de *Délos*, una de las *Cicladas*, que según reza la mitología salió del seno del mar, á un golpe del tridente de *Neptuno*, y que fué venerada como patria de Apolo y de Diana, era donde el *oráculo* del Dios de la música y la poesía, pronunciaba los vaticinios, á que se daba más importancia en Grecia. Se hacían los sacrificios sobre un altar cúbico de oro. Con motivo de una horrorosa epidemia se le preguntó *al más hermoso y amable de los Dioses*, qué deseaba se hiciese para aplacar su ira, y el oráculo respondió: *Duplicad el cubo;* los sacerdotes creyendo erróneamente que para esto debía duplicarse la arista, así lo hicieron, pero la peste no cesó. Por el motivo expuesto se le llama también á esta cuestión: *Problema de Délos.*

Siento mucho no poder haceros una rápida historia de la matemática aunque esta me llevase á la triste verdad de que en estas regiones, no brilló ningún astro de *primera magnitud*. Pero sí haré constar, que hay actualmente una juventud trabajadora é inteligente que permite esperar que en plazo no lejano alboreen días más gratos bajo este punto de vista.

También entraba en mi plan hablar con alguna extensión de las tres geometrías, *euclídea, lobatchefskianna* y *riemanniana*, cuyo conjunto forma la *metageometría* ó *geometría general*. Sabido es que toda ciencia parte de ciertos principios, axiomas ó postulados, cuya admisión es necesaria y por un desenvolvimiento lógico de estas primeras nociones se levanta el edificio científico.

La geometría elemental se constituyó como verdadera ciencia por los griegos del siglo VI, al tercero, antes de J. C., y en esta última época Euclide reunió en sus inmortales *Elementos* los trabajos de sus antecesores, pero con un rigor lógico tal, que ha causado el asombro de sus sucesores por el genio que palpita en su trabajo, que ha sido el exclusivo para la exposición de la geometría durante 20 siglos.

Biblioteca de Galicia

Entre los postulados que ha creido Euclide necesario sentar en su geometría figuran dos famosos, el 5.° y 6.° á saber; *el de la paralela única por un punto exterior á una recta* y el que admite *que dos rectas no pueden cerrar espacio*. No siendo consecuencia indispensable de la difinición de línea recta, pueden ó no ser aceptados. En vista de esto se le ocurrió, allá por el año 1826, á un geómetra ruso Lobatchfsky (algunos geómetras anteriores tuvieron ya esta idea), profesor en la Universidad de Kazan, examinar las consecuencias que se deducirían de no admitir dicho postulado 5.° y creó una ciencia perfectamente exacta *dentro del orden lógico*, así como la no admisión del 6.° postulado dió lugar á otra nueva geometría, estudiada por el matemático alemán Riemann en 1854.

Hay proposiciones comunes á las tres geometrías, pero también hay otras que se contradicen, así por ejemplo en la geometría no euclídea no existe la noción de semejanza; en la de Lobatchfsky, la suma de los ángulos de un triángulo es menor que dos rectas, y en la Riemann, mayor, etc., etc.

Ahora bien ¿cual de las geometrías es la verdadera? *En el orden lógico las tres*, pues son consecuencias rigurosas de las premisas sentadas, y en el orden de la naturaleza las tres tienen que ser aproximadas, puesto que en el Universo no se pueden ver realizadas las nociones teóricas; no obstante la geometría euclídea satisface *con suficiente aproximación* las necesidades prácticas.

Siento no poder exponeros los trabajos realizados por el teniente general belga Mr. J. de Tilly sobre metageometría, él es quien partiendo de la noción de distancia ha profundizado, modernamente, más estas cuestiones; pero no debo extenderme mucho y renuncio á hablar de los admirables estudios de mi eminente amigo. También al hablar de metageometría un deber de amistad y de justicia me impele á citaros los hermosos trabajos del profesor Mr. George Bruce Halsted que fué el verdadero propagador de esta rama de la

Biblioteca de Galicia

ciencia en los Estados Unidos del Norte de América, y los trabajos, llenos de erudición y talento del profesor belga Mr. Paul Mansion.

Ahora señoras que me habeis hecho el gran honor de asistir á mi conferencia, y por cuyo acto os doy gracias muy sinceras, quiero dirigirme exclusivamente á vosotras.

Todos sabemos, y vosotras no ignoráis que teneis un corazón grande como un mundo, dispuesto á albergar el amor, el cariño desinteresado, el sacrificio heroico, lo mismo cuando al ser madres sois depositarias del afecto más puro de la tierra, que cuando en vuestra asistencia á los pobres, á los enfermos, y hasta á los heridos en los campos de batalla, os convertís en ángeles para prodigar necesarios consuelos, aún con el riesgo de vuestra propia vida, que consideráis despreciable cuando practicais el sublime mandamiento de amar al prójimo, pero lo que no sabéis, y muchos hombres niegan, es que tenéis un cerebro perfectamente organizado para el trabajo intelectual aún cuando este se dirija por los escabrosos senderos de la ciencia. Protestad conmigo del dicho no ya poco galante, sino altamente injusto, del filósofo alemán Schopenhauer, quien afirmaba que «las mujeres tienen los cabellos largos y las ideas cortas».

¿Cómo no he de considerar en la mujer gran aptitud para la ciencia si me estoy representando á Carolina Herschel, la hermana del gran astrónomo ayudar á éste en sus observaciones, descubrir siete cometas, publicar trabajos científicos y obtener para premiar sus méritos una pensión del Rey Jorge III, y la medalla de oro de la sociedad astronómica de Londres, y á la esposa del gran Lavoisier trabajar con éste en el laboratorio, publicar obras de su ciencia predilecta y hasta gravar las láminas del tratado de química del eminente sabio? Viene también á mi memoria Hortensia Lapaute, eminente calculatríz y con profundos conocimientos en astronomía. Pienso también en la sin par María Somerville (hija del almiranre escocés Fairfax). Miembro de una porción de cen-

Biblioteca de Galicia

tros científicos, eminente matemática, física, química, con profundos conocimientos en *mecánica celeste,* esa difícil rama del saber humano, autora de obras notabilísimas, como son, entre otras, *Estudio químico y magnético del sol, De la connexión de las fuerzas físicas* y *Ciencia molecular y microscópica,* pensionada por la entonces Reina de Inglaterra y premiada por el Rey Victor Manuel de Italia con *la gran medalla de oro.*

Veo en Clemencia Royer una enciclopedia viviente. Filosofía, física, historia natural, todo lo domina su portentoso cerebro. Hasta en economía política demostró sus conocimientos. En un concurso sobre una cuestión de impuestos, se repartió el premio entre ella y el tan conocido Proudhon. Su actividad unida á un carácter independiente no tenía límites. De ella es esta frase: «No me dejaré jamás embotellar, haré saltar el tapón».

Sí, señoras, no lo dudéis, tenéis gran aptitud para la ciencia, constantemente estoy viendo en revistas matemáticas firmas femeninas.

Voy á citaros aún algunas damas consagradas al trabajo intelectual y puedo aseguraros que me sería facil señalaros no unas cuantas docenas sino algunos cientos. Las que voy á nombrar son contemporáneas.

W. I. Schiff. Profesora en una escuela superior de San Petersburgo. Publicó varios trabajos matemáticos.

Garlota Angas Scot. Doctora en ciencias de la Universidad de Londres. Profesora en un centro científico de los Estados Unidos y figura al lado de los grandes matemáticos de la época actual.

Gertrudis Wythoff. Colaboradora de varias revistas matemáticas.

Miss Gladstone. Hija del famoso estadista inglés; sufrió exámenes científicos en la Universidad de Cambridge.

Miss Wood. Se la deben varios inventos industriales.

Biblioteca de Galicia

Berta Lamme. Obtuvo en una Universidad de los Estados Unidos el título de *ingeniero electricista.*

Dorotea Klumpke. Doctora en ciencias en la Universidad de París después de sostener brillantemente esta tésis: «Contribución al estudio de los anillos de Saturno». Se la deben numerosas observaciones sobre planetas y cometas nuevos. Dá conferencias públicas sobre astronomía. Actualmente está al frente de la Oficina de medidas de *clichés* para el catálogo fotográfico de las estrellas. La ayudan en este trabajo *varias señoras.*

Actualmente están siguiendo muchas señoritas estudios científicos en diversos centros. Los informes de los profesores son altamente favorables. Así por ejemplo el eminente matemático Klein, profesor en Goettingue, dice: Durante este trimestre, seis damas han seguido el curso de matemáticas superiores, manifestándose bajo todos los puntos de vista de igual valer que los concurrentes masculinos. En igual forma se expresan en Alemania los profesores de otras Universidades.

El Gobierno de los Estados Unidos abrió una información respecto á las capacidades comparadas de ambos sexos, y el dictámen de la mayoría de los centros científicos fué altamente favorable para la mujer.

Voy ahora, para terminar, á hacer una rápida reseña biográfica de cuatro mujeres que verdaderamente fueron glorias de la ciencia.

Marquesa de Châtelet

Gabriela Emilia Le Tonelier de Breteuil, casada con el Marqués de Châtelet Jammont, fué uno de esos privilegiados cerebros, que solo de cuando en cuando aparecen en la historia de la ciencia.

Aún niña, siente una especie de intuición que la inclina hacia los estudios científicos, que luego cultiva con un ardor verdaderamente pasmoso. En correspondencia y amistad con grandes matemáticos adquiere vasta instrucción, que la pone

Biblioteca de Galicia

en condiciones de *aclarar* y *comentar* la inmortal obra de Newton «Principios de filosofía natural», en la que aparecieron los dos grandes descubrimientos del colosal sabio inglés, el principio de la *atracción universal* y el *cálculo de las flusiones*, inventado este último casi al mismo tiempo, aunque independientemente, por el también inmortal Leibniz, aunque bajo el nombre de cálculo infinitesimal, que fué el que al fin prevaleció, invento que á la par que honró á la humanidad, fué poderosísima palanca para el adelanto de las ciencias físicas y astronómicas.

Decía Voltaire apropósito de la traducción del *libro de los principios*, aludiendo á la Marquesa: «Fué mujer que tradujo y aclaró á Newton, en una palabra, fué un grande hombre». A la par que la Châtelet se dedicaba á la matemática pura con aptitud extraordinaria que obligó al gran Ampere á decir de ella «es un genio en geometría», cultivaba también con ardor la física. Una memoria presentada en la Academia de Ciencias de París apropósito del tema «El fuego», que fué el elegido para el concurso anual, mereció los mayores elogios y su publicación en las *colecciones de la Academia*. En esta memoria opinaba la marquesa (conforme con lo que hoy se admite) que el calor y la luz obedecen á la misma causa.

Otro trabajo en que la Marquesa de Châtelet demostró su gran ingenio, ha sido la *Institutions de phisique*, obra en que se estudian profundamente las nociones de espacio, fuerza y tiempo. Dicho trabajo que estuvo muy en voga, fué traducido al alemán y al italiano. En esta obra la autora acepta la doctrina de Leibniz acerca de las nociones de *cantidad de movimiento* y *fuerza viva* en contra del concepto de Descartes y Newton. También publicó trabajos literarios.

Nada decimos de la personalidad moral de la Châtelet pues nos dolería tocar este punto, basta rendir tributo de admiración á la sabia.

La Marquesa de Châtelet murió á los 43 años, en 1749.

Biblioteca de Galicia

Sofía Germain

Hé aquí señores en esta célebre mujer un ejemplo de como en ocasiones marca el destino de las personas un incidente imprevisto. La circunstancia de haber caido en manos de la niña Sofía (pues esto que voy á referir sucedió cuando tenía 13 años) la *Historia de la matemática* de Montucla, fué el acicate que decidió su profesión científica. Sintió al leer el relato de la trágica muerte del gran Arquímedes, profunda admiración por una ciencia que de tal modo absorve y subyuga, y vivísimos deseos de conocerla. Las circunstancias eran propicias, pues los relatos que oía de los sucesos que se desarrollaban en París en la época del *Terror,* la decidieron á no salir de casa, pudiendo engolfarse á su antojo en la lectura de las obras de Bezout; aún á trueque de desagradar á su familia, que no podía ver indiferente el castigo que imponía á su cuerpo con largas veladas dedicadas al estudio. Pero su decidida vocación era superior á todo, y se hacía necesario que aún á costa de su salud escalase el templo de la ciencia, para llegar á ser una gloria francesa y uno de los fenómenos más raros de su sexo. Sofía Germain en sus primeros trabajos y en su correspondencia con los más eminentes matemáticos de la época, solía firmar con el pseudónimo *Un élève de l'Ecole polytechnique* y también con el de *Le Blanc.* Temía, decía ella, el ridículo que á veces va unido al título de *mujer sabia.*

Era el año 1812, y por aquella época constituía una de las direcciones de la ciencia las aplicaciones del análisis á ciertos fenómenos físicos para formar lo que hoy se llama *Física matemática.* Las dificultades que frecuentemente había que vencer eran enormes, en este período de formación de la nueva ciencia. La Academia de Ciencias de París sometió á concurso para otorgar el *gran premio* este tema:

Exponer la teoría de la vibración de las placas elásticas y comparar los resultados con la experiencia.

El problema se consideraba dificilísimo. Lagrange lo con-

Biblioteca de Galicia

sideraba irresoluble con los recursos analíticos hasta entonces conocidos. Pues bien: ¿Sabéis quien obtuvo el gran premio?... la admirable Sofía Germain.

También en aritmética superior, esa rama dificilísima de la matemática de que os hablé anteriormente, demostró Sofía extraordinaria sagacidad. Sostuvo profunda correspondencia con el gran aritmólogo alemán Gauss y publicó varias memorias, una de las cuales figura en el gran tratado de Legendre sobre la *Teoría de los números.*

El genio de Sofía Germain no se saciaba con el estudio de la matemática y su gran actividad necesitaba seguir diversos derroteros, así es que hizo objeto de sus meditaciones profundas, los estudios filosóficos. Hay de ella una obra póstuma, *Consideraciones sobre el estado de las letras y de las ciencias en las diferentes épocas de su cultura,* que la crítica consideró de gran importancia. Sus tendencias filosóficas caminan al *positivismo* y establecen la unidad de las manifestaciones del entendimiento, decía: «Hay en nosotros un sentimiento profundo de unidad, orden y proporción, que sirve de guía á nuestro juicio y que nos conduce, en las cosas morales, á la regla del bien; en las intelectuales, al conocimiento de la verdad; y en las de puro agrado, al concepto de lo bello.

Hé aquí varios juicios de eminentes sabios respecto á esta mujer extraordinaria: «La señorita Germain, es quizás la persona de su sexo, que con más profundidad ha penetrado en la matemática» (Briot). «Fué matemática más profunda que la Marquesa de Châtelet y la señorita Agnesi; tenía el talento filosófico de esta última» (Chasles). «Yo aprecio todo lo que merece un trabajo, que pocos hombres pueden leer, y que una sola mujer pudo escribir» (Navier). «Sofía Germain fué la Hypatie del siglo XIX» (De Prony).

Nuestra biografiada murió relativamente joven (á los 55 años) á causa de una afección cancerosa, pero continuó tra-

Biblioteca de Galicia

bajando hasta el último de su vida. Para honrar su memoria existe una calle que lleva su nombre.

Maria Agnesi

Fué esta célebre dama italiana el tipo acabado de la mujer ideal; grande en la ciencia, admirable en la virtud. Nació en Milán en 1718 y murió á los 87 años. Su erudicción era verdaderamente extraordinaria: lenguas, filosofía, ciencias físicas, naturales, matemáticas, todo lo penetraba su potente cerebro. Sabía el alemán, el español, el latín, el hebreo y el griego. En este último idioma rezaba siempre el oficio de la Virgen.

Acostumbraba á recibir en su casa á personas de gran valía para disertar sobre temas filosóficos, tomando ella parte en todas las discusiones; se asegura que á *los 19 años* había discutido *181 tesis* en las que se trataban los puntos más variados ya relativos á las ciencias físicas y naturales ya á cuestiones de filosofía abstracta.

Siendo aún muy joven y por satisfacer los deseos de su padre, hombre muy amante de las ciencias, emprendió el estudio de la matemática, demostrando una aptitud extraordinaria. A los 30 años publicó en su idioma patrio, la famosa obra *Instituciones Analíticas* que sustituyó por completo á las que entonces estaban en voga. En dicha obra que costó diez años de trabajo y fué traducida al francés y al inglés, estudiaba el álgebra con sus aplicaciones geométricas y el cálculo infinitesimal, con gran claridad y precisión, mereciendo de la Academia de Ciencias de París brillante informe, considerándola como la mejor que se había publicado hasta entonces en esta rama de la ciencia.

El Papa Benedicto XIV recompensó á la autora con una corona de piedras preciosas y una medalla de oro, nombrándola además para una cátedra, que no llegó á ejercer, en la Universidad de Bolonia.

Pero la preocupación constante de María Agnesi, más aún que la ciencia, era la religión, que estudió profundamen-

Biblioteca de Galicia

te, y un vivísimo deseo de ejercer la caridad. Cuando solo tenía 20 años quiso hacerse religiosa, pero la obediencia paterna la obligó á aplazar el cumplimiento de sus deseos, si bien recavando la concesión de no asistir á bailes ni otros espectáculos mundanos, y permitirle la asistencia á mujeres enfermas. Pero su vocación siguió manifestándose, y á la muerte de su padre entró en la orden de *Religiosas Turquinas*, llegando á ser superiora del hospital *Tribulzi*, en donde murió el año 1799. Sobre su tumba se lée este hermoso epitafio: «Hija admirable por su piedad, ciencia y caridad».

Sofía Kowalevski

El año 1888 la Academia de Ciencias de París propuso como tema para alcanzar el *premio Bordin* el siguiente asunto: «Perfeccionar en un punto importante la teoría del movimiento de un cuerpo sólido». Entre las *Memorias* presentadas fué elegida *por unanimidad* para el premio la que llevaba el siguiente lema: «Di ce que sais, fais ce que dois, advienne que pourra». En este trabajo se señalaba un caso nuevo, en que se podía dar solución al dificilísimo problema del movimiento de un cuerpo pesado al rededor de un punto fijo.

¿Sabéis quien alcanzó el premio en este gran concurso al que acudieron eminentes sabios? pues sencillamente, *una dama rusa*, Sofía Kowalevski (neé Korwin-Krukowski). Como veis contemporánea, y todos vosotros pudísteis haberla conocido, pues falleció hace 14 años, no teniendo más que 41 de edad.

El talento matemático de esta dama ha sido asombroso, quizá ninguna otra la haya sobrepujado en este punto. Sus actitudes se revelaron desde muy niña, se cita el caso notable de haber aprendido sola á leer.

Empezó á estudiar la matemática elemental á los 14 años y á los 18, casada ya con Kowalevski, fué á la Universidad de Heidelberg para continuar sus estudios matemáticos, por

Biblioteca de Galicia

los que sentía una pasión irresistible, poco después se trasladó á Berlín en donde le enseñó particularmente, durante tres años, el eminente geómetra, glorioso profesor que fué de aquella Universidad, Weierstrass. Terminados estos estudios recibió el título de *Doctor* en la Universidad de Goettingue, presentando tres tesis originales muy notables, dos sobre Calculo infinitesimal y la tercera sobre Mecánica celeste.

Cita Sofía Kowalevski en sus *Memorias* un hecho que es verdaderamente curioso. Cuando á los 16 años empezó el estudio del Calculo infinitesimal, su profesor se admiraba de la rapidez de sus adelantos, como si aquello le fuera ya conocido, y evocando recuerdos resultó que en el castillo de *Palibino*, en donde vivió sus quince primeros años, su padre, general de Artillería, habia mandado empapelar una habitación (la destinada á jugar los niños) con hojas de cuadernos de análisis infinitesimal, los que él había estudiado en su juventud. La niña Sofía, sin duda más afanosa en descifrar *aquellos jeroglificos,* que en dedicarse á los juegos de la infancia, se había asimilado sin darse cuenta, lo que después le había de conducir a ser una verdadera gloria de su sexo. ¡Que misterios en el cerebro del genio!

Sofía Kowalevski fué también notable literata. *Le Messager d'Europe* (revista rusa) publicó un trabajo suyo, *Recuerdos de la infancia,* que según la crítica, el análisis psicológico que en él se hace, podria suscribirlo un Bourget ó un Tolstoi. Suyos son también los trabajos *Vae Victis* que simboliza la lucha de la vida, y otro dedicado á la novelista inglesa que figura en el siguiente titulo *Souvenirs sur George Eliot.* No sabía nuestra eminente sabia, si dar la preferencia á las ciencias ó á las letras. Interrogada sobre este punto por su amiga la novelista rusa señora Choubleski contestó: Me seria imposible decir si amo más la matemática ó la literatura. Cuando mi cerebro se encuentra fatigado con especulaciones abstractas, me atrae la observación de la vida y me dispongo á tomar la pluma. En otras ocasiones, todo me parece mez-

Biblioteca de Galicia

quino en la vida, insignificante, y entonces me entrego á la contemplación de las leyes inmutables y eternas de la ciencia.

No pudo ciertamente nuestra biografiada considerarse feliz á pesar de la aureola de gloria que la envolvía y divinizaba, pues cuando solo tenía 33 años, pasó por el amargo trance de ver suicidarse á su marido, completamente arruinado al acometer empresas industriales.

El profesor Mittag-Leffler, el gran analista sueco, trató de atender á su desamparo, consiguiendo se la diese una cátedra en la Universidad de Stokolmo, pero solo esplicó la primera conferencia, pues atacada de una pleuresía aguda dejó de latir aquel corazón de artista y de funcionar su potente cerebro. ¡Que misterios hay para el hombre en la existencia! Dejó una hija llamada también Sofia, que ignoro si ha heredado el genio de su madre.

Creo señoras y señores que habreis quedado perfectamente convencidos de la aptitud de la mujer para la ciencia, así es que al no instruirla se deja perder una gran parte de la humanidad intelectual. ¿Quiero decir con esto que deseo que todas las mujeres sean *doctoras?* De ningún modo, bien conozco la sagrada misión que la mujer tiene que desempeñar en la familia, pero sí entiendo, que se la debe dar una instrucción científica suficiente para que conozca los elementos de las ciencias y que si entre ellas hay un cerebro, como el de un Newton, un Leibnitz, un Descartes, un Lavoisier, un Faraday ó un Ampere, se la ponga en condiciones de elevarse á las serenas regiones donde fulgura el genio.

Por otra parte creo que la madre debe dirigir por sí misma la primera educación moral é intelectual de sus hijos, y que ella es la que tiene la sagrada misión de enseñarles, en esos primeros años en que las impresiones dejan eternas huellas, á amar mucho, pero mucho, á su Dios, á la Patria y á la Ciencia.

Enseñemos pues á la mujer, no dejemos estériles sus aptitudes ¡si hasta la tradición parece quiere convencernos de

Biblioteca de Galicia

que no debe ser excluida de la ciencia! En iconología se representa la geometría por una mujer de mediana edad cubierta con blanco velo, un globo á sus pies y trazando un círculo con un compás. La mitología ha hecho salir del cerebro de *Júpiter* á *Minerva,* la Diosa de la sabiduría y de la ciencia. En fin, la astronomía es presidida por *Urania,* una de las nueve musas.

Voy á terminar, pero no sin daros antes gracias muy sinceras por la benevolencia con que habeis escuchado esta larga conferencia.

He tratado de demostraros la importancia de la matemática y de haceros comprender, cuan acreedora es esta gloriosa ciencia, á nuestra mayor simpatía.

¡Lástima que el pintor sea tan pobre para cuadro tan grande! Creo no obstante haber conseguido algo, y me siento con el convencimiento de que si alguien os pregunta *con ironía* como le sucedió al gran Galileo; ¿para qué sirve la matemática?, responderéis como aquel ilustre sabio «para medir, para pesar y para contar: para medir los ignorantes, para pesar los necios y para contar unos y otros».

He terminado.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Breves consideraciones acerca de los Cancioneros galecio-portugueses de la Vaticana y Colocci-Brancuti, y trovadores gallegos que en ellos figuran

Conferencia dada en la Academia de Bellas Artes de la Coruña, el 22 de Enero de 1905

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

Los Trovadores Gallegos

Conferencia dada en la Academia de Bellas Artes de La Coruña
El día 22 de Enero de 1905

POR

D. MANUEL MURGUÍA

LA CORUÑA
Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»
Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5
1905

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Mucho temo que la presente conferencia sea, para los que la escuchan, una verdadera decepción. Espérase de mí, más de lo que puedo dar, y este es un escollo que no se evita, ni aún contando de antemano con la más piadosa de las benevolencias. Espérase algo también del asunto, y tengo que advertir que, contra semejante inconveniente, no hallo defensa posible. Porque hablar de *Cancioneros*, y por lo tanto, de poetas y poesías, parece que hasta por contagio —tanto en el desarrollo del tema como en la expresión de los conceptos—debe emplearse aquella natural elocuencia, que se supone propia en quien, habiendo en los años juveniles quemado su grano de incienso en el altar de la divina poesía — esa dulce hermana de nuestros sueños—siente todavía en su corazón y en sus labios el perfume y calor de sus halagos dulcísimos. Mas, por mi desgracia, he de confesar, que asunto puramente doctrinal el de que voy á ocuparme, más pide la severidad de la palabra que los arrebatos de la elocuencia, más la desnuda exactitud, que las apasionadas tintas que pudieran avivar los períodos de mi oración. No me asiste, pues, razón alguna que me permita pasar por alto sus mandatos. Los trae aparejados, y son, por lo tanto, ineludibles. Y, pues, de propia voluntad escogí por tema de esta *Conferencia* el estudio de los Cancioneros de la Vaticana y Colocci-Brancuti, en todo aquello que á nuestros trovadores

Biblioteca de Galicia

y á nuestra Galicia se refiere, forzoso es, que aún á riesgo de cansar vuestra atención con lo que no se presta á otras galas que las de la claridad y exactitud de la exposición, os moleste y hable en la manera que el asunto impone.

Por fortuna el interés que éste encierra, es bastante, á mi juicio, para cautivar, de por sí sólo, la atención de cuantos aman nuestro país. En ello confío para que á falta de otras condiciones, haga á vuestros ojos, perdonable, su aridez primero, y después de la carencia de aquel calor y animación, que sólo pueden dar los años juveniles y á mí me faltan ya.

Dos insignes monumentos conserva nuestro país que son testimonio irrecusable de las prosperidades por él alcanzadas en la primera mitad del siglo XIII, época á que vamos á referirnos en el presente estudio. Estos monumentos son, el *Pórtico de la Gloria,* de la Catedral compostelana y los *Cancioneros* de la Vaticana y Colocci-Brancuti. Restos vivos de una sociedad en pleno desenvolvimiento, reflejan la vida y aptitudes de su tiempo, y nos la presentan en toda su pureza y vigor necesario, para que se pueda medir debidamente el estado de cultura á que había llegado. Proclama el primero el próspero estado, que en aquella edad alcanzaban las artes plásticas en Galicia, los segundos prueban el adelanto intelectual y material del pueblo gallego, en los dos primeros tercios del siglo XIII.

Decir que á semejante estado de superior ilustración no se llegó de golpe, ni de golpe se lograron las ventajas que delatan, ni menos fueron cosa fortuita, sería una verdadera vulgaridad, pues no hay quien de entendido se precie en estas cosas, que ignore que solo á un proceso lento y afortunado deben los pueblos semejantes adelantos; porque nada más cierto que lo mismo en el orden material que en el de la inteligencia, que son correlativos, todo presupone una causa. Hay, sin embargo, incidentes que preparan el progreso y lo favorecen, tiempos que los tornan factibles, fatales casi, por eso en Galicia, sin las facilidades que su condición interna,—que durante la oncena y duodécima centuria le proporcionó,— esto es, sin la nueva creación y conservación del Estado gallego, no se hubiera llegado,—ni aún contando con los poderosos elementos de raza con que contaba y que todo le facilitaban—no se hubiera llegado aquí, repito, al punto de superioridad intelectual que proclaman, tanto la portentosa obra del arquitecto Mateo, como las inapreciables

Biblioteca de Galicia

composiciones de que vamos á ocuparnos. Y tan cierto es, que fué debido á la dichosa circunstancia de una monarquía propia, que apenas perdido tan poderoso elemento de adelanto y riqueza, Galicia, encerrándose, como quien dice, en su concha, sin contar con otros elementos que los escasos que le proporciona el olvido que la cerca, se debilita y oscurece, pudiendo afirmarse que no hay para ella, á contar de los primeros tiempos de la reconquista, tinieblas más grandes y profundas que las que cayeron sobre los tristes días que corren de la segunda mitad del siglo XIV á la segunda mitad también del XV. No parece sino que la Providencia quería concedernos el reposo que necesitábamos, para entrar sin mayores vacilaciones en la nueva vida que se preparaba, y asegurar del todo las reformas que el estado llano acometió y realizó entonces, reformas necesarias, sin las cuales, podía decirse que la gente humilde perecía para siempre.

Dos elementos, pues, uno orgánico, la raza, otro de ocasión, la constitución del Estado gallego, prepararon, informaron é hicieron posibles, el grande, el intenso desenvolvimiento intelectual y de grandeza, que gozó nuestro país durante el siglo XII, que fué nuestro gran siglo. Las prosperidades que en todos los terrenos se gozaron aquí en el período que vamos á estudiar, de él derivan. Más antes, conviene advertir que al hablar del Estado gallego, no lo hacemos dando á entender su absoluta autonomía, sino la relativa independencia de que fué dueño, como nación diversa, pues harto sabemos que estuvo unida á León, ni menos relegamos al olvido esta última nación, hermana gemela de la creada en nuestras provincias, ni siquiera se niega su natural influencia en el gobierno de la monarquía galecio-leonesa. Pero aún siendo cierto todo ello, no importa para asegurar que Galicia afirmó su personalidad, tanto en los breves momentos en que, durante la reconquista, monarcas propios ocuparon su solio, como en aquellos otros propicios á la realización de sus destinos, que le permitieron poseer, lengua, literatura, arte, ley, conciencia de sí propia, en una palabra, los característicos todos de una nación perfectamente definida. Gracias á tan dichosas circunstancias, se consolidó lo que ya desde su origen venía siendo una realidad, é impuso el pueblo gallego, á las cosas que le eran privativas, el inborrable sello de su personalidad. Y esto de un modo poderoso y definido, que ni aún después de creado el Estado

Biblioteca de Galicia

lusitano, se siente hoy roto, el fortísimo lazo que unía en otros tiempos la familia gallega. Aún hoy, pese á los ocho siglos que llevamos de separación, no es posible decir que es, en el territorio y entre las gentes del viejo convento bracarense, lo que se perdió de cuanto era nuestro y llevó como propia herencia al apartarse de la casa paterna. Límites más duros, ánimos más hostiles encontramos en los campos leoneses; más distinto es el hombre de más allá del Bierzo, en donde hasta la lengua es diversa, que no en las provincias portuguesas, qne formaron en otro tiempo parte del reino de Galicia.

Cuando los romanos se apoderaron de estas comarcas, cubrían su vasta extensión numerosas tribus célticas, tan numerosas y caracterizadas que los antiguos geógrafos no pudieron menos de consignarlo así, al señalar los pueblos que constituían entonces esta provincia. A tan clara unidad que aún hoy subsiste, debió nuestro país conservar acentuada fisonomía; que si en algo lo habían modificado las colonias establecidas á lo largo del litoral, en el centro, se conservaban puras las condiciones todas del pueblo celta, esto es, su organización, sus sentimientos, su vida entera. En tal modo que «el incidente romano», como con feliz expresión lo denomina un escritor belga,—en el fondo con una gran exactitud y en apariencia como una afirmación paradojal—no tuvo entre nosotros mayor influencia. Fuera de la que ejercía el mundo oficial y especialmente la iglesia, que entonces lo llenaba todo y era fiel al espíritu romano, nuestras gentes seguían las mismas y si no rechazaban los nuevos elementos que sobre ellas ejercían imperio, lo mismo en el orden civil que en el de la conciencia, no penetraban tanto en la vida intelectual y afectiva, que pudiesen, no digo borrar ni siquiera atenuar, los sentimientos que le eran propios. En medio de las mudanzas establecidas por el tiempo y la dominación latina, persistía su constitución interior, como se vé por las instituciones posteriores que parecen adheridas para siempre al suelo de la patria. Y tanto es así, que muchas veces hemos pensado, si han de tenerse en cuenta los esfuerzos hechos por algunos hijos del país, para darnos á conocer la historia de nuestros régulos, ó reyes nacionales que, según éstos, coexistieron con el poder de Roma y el de los suevos: porque lo cierto es que se percibe á través de las tinieblas que les envuelven, un algo que delata su existencia, y parece

Biblioteca de Galicia

consagrar los orígenes de algunas de nuestras grandes casas señoriales. Pudiera pensarse asimismo, que como adheridos á su memoria, conserva el peculiar gobierno de los pueblos célticos, que se perpetúa á través del tiempo, como fruto natural, nuestra manera de concebirlo. El gran desenvolvimiento que aquí alcanzaron los estudios genealógicos (1) y la forma en que vivió nuestra pequeña nobleza territorial hasta el pasado siglo, puede tomarse como una prueba más de esa persistencia.

Mas, dejando á un lado semejante incidencia, pues está sumido ya todo en un olvido y oscuridad que nada hará que esclarezca y recuerde, volviendo á lo que la historia tiene consignado, recordemos que vinieron dichosamente á darnos nueva vida, los suevos, quienes en los primeros años del siglo V, ocuparon Galicia, en donde debían asentar para siempre. Cerca de ciento ochenta años duró su dominación, y en ese tiempo infiltró en la población gallega un elemento nuevo y poderoso, hasta que un enemigo afortunado anuló su imperio; no sin que durante ese largo período de gestación que abarca la dominación sueva, dejase de acentuarse cada vez más nuestra personalidad nacional. Porque en medio de las grandes luchas intestinas en que vivieron aquellos invasores y sufriendo los nuestros, bajo su yugo, íbase formando el nuevo Estado, criado á tan duros pechos. Bórranse paulatinamente las diferencias de tradición y afectos que separaban ambos pueblos, y lo que á uno y otro era privativo, se funde, al fin, en el crisol de donde salió el alma del pueblo gallego. Y de esta manera, cuando vencidos por los godos se vieron anulados y sin fuerza, entre nosotros quedaron y con nosotros vivieron formando una sola familia. En aquel momento, suevos y gallegos se sintieron heridos por el mismo golpe, pero éste vino á sellar la unión eterna de ambos elementos. Hechos ya hermanos nuestros por el infortunio, como antes eran señores por el triunfo, vinieron los suevos á confundirse y tornarse uno con los indígenas, dando vida y uniendo la desgracia, á lo que antes estaba muerto y sepa-

(1) Las genealogías y su abundancia, pueden tenerse entre nosotros, como prueba de la existencia de una anterior poesía épica en que se recordaban los héroes y su descendencia. Por eso la literatura de los nobiliarios, es importante: delata en Galicia como en aquellos sitios en que preponderaron, una eflorecencia literaria, de salón; es decir, tradicional y de gente superior, en la cual anduvieron mezcladas las leyendas locales y familiares, con las genealógicas de las principales casas del país.

Biblioteca de Galicia

rado por el interés. Los mismos godos parecieron reconocer, á veces, que de las cenizas del aniquilado imperio suevo, surgiera un nuevo Estado que no le era posible anular, como no fuese reconociéndolo y permitiendo que marchase á su lado. Así vemos que le equipara á la Aquitania; así, sin el gran cataclismo de la irrupción árabe, hubiera llegado quizás á consagrar su separación total, dándole monarquía propia, sino con Withiza, que casi la inaugura, al menos con alguno de los príncipes que debieran seguirle.

Lo que no hicieron los godos lo facilitó la invasión árabe, que en medio de la terrible confusión que produjo en la sociedad hispano-gótica, apresuró las mudanzas que pedía el advenimiento del poder feudal y con ellas, la restauración y consolidación de las viejas nacionalidades: que de momentos tan angustiosos data ya la manifestación de los nuevos sentimientos que en todos los órdenes de la vida animaban nuestro pueblo. Vióse entonces que en los cielos sangrientos de tan amargos días, asomaban ya las nuevas auroras, y que entre las interminables angustias que cercaban al hombre, la esperanza tendía sus alas confortando á los que tan necesitados se hallaban de todo amparo. El del cielo primero, pues sólo esperando en tan poderosa ayuda, podía soportarse tanto infortunio. Además, las graves turbaciones que entonces les afligían no podían durar. Poco á poco fué entrándose en el orden necesario, los nuevos elementos de gobierno fueron ganando su puesto y educando las almas, en tal manera, que en medio de los tumultos del combate y entre los desalientos de los que no esperaban ya más sinó que llegase pronto su término, iba afirmándose la confianza que merecía el nuevo régimen que se creaba. Con la disciplina que el Estado introducía en la vida pública nacía la seguridad, de los pueblos y con esta seguridad se consolidaban las nuevas instituciones é intereses á que estas últimas daban vida, trayendo consigo, y para todos, las ventajas de que gozó bien pronto el país.

Pasados ya los crueles años, durante los cuales fué constituyéndose el Estado cristiano de Asturias y países que de él formaban parte, extendidas las conquistas, y hecho más el territorio, soportadas las luchas y trastornos que por la posesión real se sostenían á cada momento, llegados ya á una época de relativa tranquilidad, se acerca el siglo x que trae consigo el germen de los adelantos y esperanza de las

Biblioteca de Galicia

facilidades que entonces se tenían por seguras. Entre las rudezas del hombre y del tiempo, las lenguas romances aparecen y con ellas, el espíritu popular. La misma iglesia, que hasta entonces había sido el único asilo abierto á las almas afligidas, parece renovarse en las aguas de un nuevo Jordán. La ciencia, el arte, la poesía, salen del claustro y entran en el mundo, los elementos que constituyen el genio de nuestro pueblo, se posesionan de lo que es suyo y filtran por entre el arte y poesía artificial de su tiempo. Entran en la misma iglesia: que no porque el monje haya renunciado á las cosas de la tierra, deja de estar atado á ella, por cuantos lazos unen al hombre á lo que es suyo. La poesía la primera. En las escrituras aparece la aliteración, en los epitafios el verso y el consonante, reflejándose en tan curiosas composiciones la ruda y áspera vida que á la sazón soportaba el hombre. Se refleja también la fé que le sustentaba, las esperanzas que le sostenian en su camino, y los dolorosos trances que soportaba.

Así, pues, si apartamos la vista de las escenas de sangre que á cada paso turbaba el breve descanso de aquella sociedad combatida ¡qué hermoso cuadro se presenta ante nosotros!

En medio de las soledades, en el retiro del claustro, en las mismas ciudades nacientes; entre los clérigos como entre los guerreros y gente popular, un notable movimiento literario se acentúa y extiende. En los *scriptorios* de los monasterios y catedrales, cópianse los libros eclesiásticos y litúrgicos, se redactan las escrituras y recogen las reliquias de las obras que se salvaron del naufragio de la invasión árabe. En el castillo feudal se oyen los primeros cantares de gesta, y en las ciudades que los beneficios de la industria y del comercio enriquecen, resuenan los primeros acentos de la musa popular. A esta renovación intelectual y artística ni la misma mujer es agena. No lo son tampoco las familias reales, de modo que al terminar el siglo x es manifiesto el adelanto, y se ve que la nueva sociedad que nace, tiene ya fundamentos sólidos de progreso.

A él contribuyeron San Pedro Mozonzo, dando sus libros al Monasterio de Cúrtis; San Rosendo, que enriquece la casa de Celanova con buen número de Códices, algunos tan importantes como el de Paschasio, de *Vitas Patrum*. San Froi-

Biblioteca de Galicia

lán, que nunca se separaba de sus libros (1). San Genadio que restablece, en los monasterios del Bierzo, las librerías circulatorias *(circulating library)*, costumbre que nos fué tan propia, que no se le conoce similar, ni aún en Inglaterra, de donde nos vinieron los maestros que disiparon las tinieblas que se siguieron inmediatamente á la irrupción árabe. Huellas imperecederas quedaron de ello en Galicia, que prueban que aquí no sólo vivíamos en diario contacto con Francia, sino también con el Reino Unido y hasta con Alemania. De esto último es testigo la curiosísima iglesia de Santiago de Penalva, única en la península, que se nos presente cerrada por dos absides, uno el de cabecera y otro al pie del templo: particularidad que solo presentan, algunas de aquellas edades en la Germania. Son numerosos los Códices de que dan noticia las donaciones del tiempo, y son inapreciables bajo el punto de la escritura y de la iluminación el Hinnario de Fernando I, las obras de Beato, y otras de que ya no queda ni el recuerdo, á pesar de que consta que Galicia fué rica en cuestión de libros, tanto religiosos como profanos. En la copia de los destinados al servicio de la iglesia, se ocupaban *scribas* como Trasmondo, monje de Samos, y en su tarea le ayudaba, año 919, en el monasterio de Obadela, filiación del citado de Samos, Leodegundia, monja, hija del rey Ordoño II, de la cual quedaron los versos que escribió. «Versi Donna Leodegundia Ordonii Regis filia.»

No eran los únicos, que la musa erudita producía y perpetuaba. Los hallamos poco tiempo después al final de una escritura de Lugo del 953, en la cual el donante, después de las suscriciones de costumbre: «Acuerdese de mí, esclama, aquel que leyere y llegare á tener en sus manos este testamento y observe y conozca por él, que he llegado á la vejez, porque ya mis ojos se ciegan y enturbian y no puedo ver bien. Y tú, hermano Veremundo, que has confesado que sufres también, favoréceme con tu estimación.»

Así iba extendiéndose la cultura propia de las casas religiosas y entrando en los rangos de la demás gente, así también iban las inteligencias acostumbrandose á las dulzuras del ritmo y á las ventajas de la ciencia de su tiempo. En

(1) En escritura del rey D. Bermudo II á Carrucedo, aparece confirmando en esta forma, «clarus et magnus froilanus», fórmula cancilleresca desusada, y que por lo tanto, denota el gran aprecio en que le tenía su tiempo.

Biblioteca de Galicia

tales horas, de esperanza y de rudo trabajo para los espíritus superiores, se afirman las doctrinas religiosas y se inician las reformas referentes al estado de las personas, que venían haciendo fáciles la compasión de los unos y las necesidades de los que sufrían atados al yugo de la gleba. En tal modo, que las escrituras, en especial si son de donaciones de eclesiásticos, se extienden en largas consideraciones piadosas y á veces teológicas, como sucede en una de Lugo del año 1019, en que el donante entra esplicando el misterio de la Trinidad, recuerda los salmos y se nos presenta como un verdadero dogmatizante.

No es de extrañar. En la iglesia se conservaban entonces todos los elementos de cultura y en ella tenían su natural albergue, la arquitectura, la poesía, la música. En verso se redactaban las inscripciones, especialmente las tumulares, muchas de ellas verdaderamente dignas de aprecio. En la de Bibiano, que construyó varias iglesias monásticas, el consonante domina. Se le apellida el *de las angélicas manos*. Aquellas que se refieren á los obispos y monjes más notables de su edad, brillan por el dulce rayo de poesía que las colora y anima. Sería importante un estudio acerca de tales obrillas ya por ser tantas, ya por ser tan hermosas y sinceras. De ellas es ejemplo principalísimo la que se puso, año de 1126, en el sepulcro de Jimena, madre de las infantas Elvira y Teresa, esta última, primera reina de Portugal. Proclama la unión de su afecto con el de Alfonso VI y exclama sencilla, ingénuamente: «Yo, Jimena, líbreme el cielo del castigo, fuí amiga del rey Alfonso durante su viudez. La opulencia, la hermosura, la nobleza, las prendas, la grata cultura de los modales, me prostituyeron al tálamo real. A mí y al rey juntamente nos obligaron á pagar el mortal tributo, los hados implacables que todo lo aniquilan.» Estas sentidas líneas, producto de una cándida y viva emoción, prueban el adelanto esperimentado en el camino de la producción literaria. Están escritas con un corazón lleno de sentimiento, están en latín, en la lengua hasta entonces viva, pero cuyo imperio iba á atenuarse, pues ya el romance era su hermano y compartía con él, el dominio poético. Que harto lo prueba ver que en las escrituras de aquel siglo, el idioma vulgar se filtra á través de los párrafos todos de las escrituras latinas. Avanza á pasos de gigante, y el mismo latín toma sus giros, y se siente dominado por el nuevo lenguaje. Se ve que el que es-

Biblioteca de Galicia

cribe piensa en otra lengua, y trasmite y casi impone, á la que usa, sus modismos, y muchas veces hasta la construcción. Por de pronto los infinitos nombres de lugares que á cada momento se mencionan en los documentos, aparecen tales cuales son hoy conocidos y nadie se detiene ya á latinizarlos. Hacen su verdadera aparición, como todo lo que es privativo del siglo XII, fecundo en todo género de novedades y mudanzas. Lengua distinta, distinta nacionalidad, se dice á cada momento, y nunca mejor que tratándose de Galicia puede repetirse este casi exioma. La gente que de tan atrás venía elaborando el nuevo lenguaje, le vió ya floreciente en los primeros años de la duodécima centuria, y aunque compartiendo su imperio con el latín, preparándose á alcanzar su natural dominio en el cultivo de la producción literaria. Pronto, á los cánticos populares con que los burgueses compostelanos recibieron en ocasiones á Gelmírez, sucedieron las cantilenas y cantares de gesta, y á éstos la poesía de los trovadores. Favorecía semejante movimiento la gran riqueza y cultura de la ciudad compostelana, por aquel entonces centro espléndido de nuestra provincia, en el cual coincidiendo con el poderoso movimiento comercial que le era propio, se extiende el artístico y literario, de manera que á mediados de dicho siglo, es Santiago, más que una Corte, el punto de donde irradia para todo el país, el movimiento intelectual y de poder que le era propio.

Este poder era asimismo grande: á un tiempo escribían, Pedro Compostelano su poema didáctico, en latín; Pedro Elías su gramatica, un anónimo, el poema latino también, de la conquista de Almería, en el cual, como prueba de que fué compuesto en la ciudad del Apóstol, se hallan ya alusiones á las canciones de gesta francesas, cuando en Santiago se escribía el pseudo Turpino, y en sus páginas es patente la estrecha unión, tanto de afecto como de cultura, que las circunstancias habían establecido entre Francia y la iglesia del Apóstol.

Por ese tiempo, pongo yo los primeros destellos de la poesía trovadoresca: y mas aún, entiendo que en la segunda mitad del siglo XII y principios del XIII, fué cuando se compusieron en Galicia, y en gallego, las cantilenas y canciones de gesta, de las cuales queda memoria en el tan citado cantar de Ayras Núñez, *Desafiar enviaron*, en la leyenda de las *Cien doncellas*, de la cual se hallan vestigios en la *Crónica general*,

Biblioteca de Galicia

y en el *Planctus* de Alfonso VI, á la muerte de su hijo don Sancho en la batalla de Uclés, que hace sospechar la existencia de una gesta referente á dicho monarca (1). Las quejas en que éste prorrumpe al saber el desdichado fin del príncipe, están expresadas en puro gallego, y son de una verdad y energía verdaderamente épicas, rasgo el primero que delata tiempo posterior á la de dicho monarca.

Si esta última composición fué producto de cualquiera trovador de los que hay memoria en los *Cancioneros* galecio-portugueses, ó de algún trovera que floreció en los postrimeros años del XII, es lo que no podrá decirse, aunque yo creo que deba estarse á esto último, caso de que nuestra hipótesis fuese un hecho real y positivo. Porque nada más cierto que no se pudo llegar á la gran altura en que se presentan en sus obras muchos de nuestros trovadores conocidos, sin que antes les precedieren en el cultivo de poesía épica y lírica, otros cuya memoria, se perdió por completo, pero que no por eso dejaron de usar el idioma que les era propio y hacerle apto para mayores empresas.

Sería locura pensar que la poesía trovadoresca nació entre nosotros, cuando la cultivaron los Ayras Núñez, Juan Ayras, Bernaldo Bonaval y demás de quien vamos á ocuparnos, y sería más todavía, un error profundo, que nadie les había precedido en su tarea.

Cosa imposible, y menos en la Galicia de entonces, en que, como por maravilla, se cubrió el país de las numerosas, hermosas y riquísimas iglesias románicas que aún hoy poseemos; cuando en los monasterios se celebraban con gran pompa y músicas, como en el de San Salvador de Albeos, cerca de Tuy, las solemnidades religiosas (2); y en fin, en los momentos en que el rey Fernando II y su hijo Alfonso IX, acometieron la obra de regeneración de las poblaciones

(1) El *planctus*, es obra posterior á la muerte del príncipe D. Sancho: el estar en gallego lo indica con toda claridad. De ser compuesto inmediatamente después del desastre de Uclés, estaría en latín. Es cierto que el gallego estaba ya formado á la sazón, pero no se usaba todavía en composiciones literarias, por su rudeza, y el en que está escrito el *planctus* á que me refiero, es posterior en un siglo cuando menos. Debió ser muy popular para que se conservase y quizás formar parte de un cantar de gesta.

(2) Era de monjas benedictinas. «Fué insigne monasterio, dice B. Porreño, y en un principio había gran autoridad y música.» Otros añaden que se hacían allí representaciones y fiestas de mucho gasto, á las cuales acudían para presenciarlas de lejanos lugares.

Biblioteca de Galicia

de Galicia, especialmente las marítimas, de cuyas prosperidades esperaban las que debían proporcionar al Estado, mayor gloria y recursos mayores. ¿Cómo no habían de fructificar en aquellas horas risueñas, las artes liberales, y cómo permanecer mudo Santiago, que acababa de coronar su espléndido templo, sin rival, por su hermosura, y especiales dimensiones, con el maravilloso *Pórtico de la Gloria*, asombro de su tiempo, asombro hoy mismo de los que lo contemplaban á un tiempo que con ojos de arqueólogo con los de artista? No era factible. Las bellas artes, hijas de la riqueza y del genio del hombre, florecen siempre á un mismo tiempo y nunca, una sola de ellas, puede mostrarse pujante, mientras las demás permanecen improductivas.

Imposible era, por lo tanto, que en Santiago, donde se celebraban fiestas como la de la *Traslación del Apóstol*, de que quedó memoria en el famoso Códice denominado de Calixto II, no se cultivase la poesía popular compuesta en la lengua que todos comprendiesen, pues á ello le compelía cuanto rodeaba al poeta. Los ojos de la multitud se asombraron, en aquella famosa procesión, de ver las riquezas que ostentaban las potestades, de oir las canciones que entonaba la iglesia, de ver brillar los colores de los trajes y hermosura de las mujeres, que, como un verdadero coro, formaban parte de la comitiva. En ella marchaba el rey, con vestiduras reales, y rodeado de sus caballeros, el prelado vestido de blanco y seguido de los setenta y dos canónigos de la iglesia, los personajes, los grandes, los condes y los extranjeros. Cerraban la marcha las mujeres con los cabellos trenzados con hilos de oro y vistiendo ropas riquísimas que cautivaban el ánimo del pueblo, que, á su vez, acompañaba la comitiva. Esta ostentación ¿no heriría la imaginación del trovador lo mismo que la de la muchedumbre, y tanto el poeta anónimo como el de la corte, no contribuirían con sus cantares al mayor esplendor de una fiesta en la cual el mismo monarca mandó dar de comer á los pobres, llamados á son de trompeta?

Estemos, pues, en que, con más ó menos fortuna, la poesía en lengua vulgar empezó á ser usada en Galicia en el siglo XII, que poco á poco fué extendiéndose su cultivo, hasta que al fin, apareció pujante en la primera mitad de la décimatercia centuria. Estemos, también, que si del todo no, en algo precedió la poesía heróica, al gran desarrollo que

Biblioteca de Galicia

bien pronto alcanzó la lírica, y que en una y otra, lo que era tradicional y lo que estaba en la sangre del pueblo, se manifiesta potente, y domina por entero.

De las cantilenas y cantares de gesta que sin duda hemos tenido, poco puede decirse con seguridad, pues no quedan mayores restos que los ya citados de Ayras Núñez y *Planctus*, de dicho Alfonso VI. En semejante terreno no se puede, pues, pasar de conjeturas. Por esto no nos atrevemos á tomar como efectiva, la sospecha que abrigamos de que los *Milagros de Santa Eufemia*, escritos en gallego, que se dicen obra de Pedro Seguino, Obispo de Orense, á fines del siglo XII, era una cantilena parecida á la francesa, de Santa Eulalia. Hecho positivo es tan solo, que en semejantes tiempos de confusa elaboración poética, debió ejercer en ella especial influencia, el elemento germánico de Galicia, y dar vida, ya que no á grandes epopeas, al menos á obras de suficiente interés para cautivar la atención de hombres que solían acallar la brutal dureza del espíritu guerrero que les dominaba, con el relato de hechos interesantes ó conmovedores, que les recordaban los de su diaria existencia y ocupación. Estas composiciones pasaron y se perdieron para siempre, pero no puede negarse que existieron (1). Por de pronto, ya se deba la producción épica al genio céltico, como quieren algunos, ó responda al germánico como piensan los más, en ambas tendencias puede tener origen, una vez que la población gallega, como celto-sueva, es celto-germánica. Bajo este punto de vista, Galicia pudo muy bien conocer la producción épica propia, siquiera no fuese muy extensa ni de gran importancia, pues la lírica vino inmediatamente á reemplazarla, á anularla casi, se diría mejor. Hay motivo para afirmar que por acá gustaban de las gestas francesas, lo mismo las del cielo de Carlo Magno, que las de la Tabla redonda. De todos modos, la producción popular conservó entre nosotros, en forma innegable, ya que no se quiera que el recuerdo de una poesía épica, al menos el de las tradiciones germánicas. Patentes se hallan en el romance *O canouro*, que recuerda la hermosa balada de Goethe, *El rey de los Elfos*, delatando, desde luego, un fondo tradicional común, pudiendo tomarse ambas como formas paralelas de una misma leyenda popular

(1) Queda un recuerdo de ellas, en un rasgo popular. El campesino que oye recitar un romance, llama á éste, una *historia*, es decir, relación de un hecho, una gesta.

Biblioteca de Galicia

y germánica forzosamente, para poder reproducirse en pueblos tan distantes. Patentes también en el de la *Pena da doncela*, cuyo tema tomado del mismo fondo tradicional, sirvió á Heine para su *Loreley* Patentes asimismo en las composiciones populares *Margarida* y *O Conde de Andrade*, que tanto en la forma estrófica como en el asunto que desenvuelven, no pueden llamarse romances, sino verdaderas baladas.

Mi joven amigo Sr. Saiz Armesto, á quien conocí en la cuna, (1) y de cuyo talento y laboriosidad espero grandes cosas para Galicia, me envió una variante del romance *Silvaniña*, cuyo final acusa igual origen. No faltó, pues, en nuestro país el elemento germánico, para dar vida á la producción épica; no faltó tampoco el ejemplo, pues no cabe duda que aquí se conocieron las gestas francesas, (2) que llevaron tal vez á nuestros troveras á imitarlas.

Que todo esto es conjetural, no lo negamos: pero dígasenos ¿si antes del descubrimiento del cancionero de la Vaticana, guiados por lo que nuestro Sarmiento (3) escribió referente á la gran producción poética de Galicia en el siglo XIII, se asentase desde luego, que la habíamos tenido, que respuesta se nos daría? Por de pronto, no seguramente lo que se desprende de las afirmaciones del doctísimo Menéndez y Pelayo, al confesar que el primitivo instrumento del lirismo peninsular, fué el gallego. Por qué? podría preguntarse. Sin

(1) Sobrino de mi inolvidable amigo Indalecio Armesto, la más poderosa inteligencia que contó Galicia en el pasado siglo. Tengo el dulce consuelo de decirlo así, cuando tan aprisa han caído sobre su memoria, las sombras del más injusto de los olvidos.

(2) Las alusiones que á los cantares de gesta se hallan en diversas composiciones de los Cancioneros, prueban superabundantemente que aquí eran conocidas. Por de pronto las que se refieren al hecho de Roncesvalles y á Roldán y Oliveros, son importantes, pero aún lo es más el recuerdo que de los citados héroes se conservó y conserva en la Catedral compostelana, en donde, según un viajero alemán del siglo XV, se veía entre otros trofeos, colgada la trompa de Roldán. Al presente y en el ingreso de la escalinata de la fachada principal, se ven todavía dos estátuas de guerreros, el uno con el brazo en actitud de defensa y el otro echando mano á la espada. Son obra del siglo XVI, pero debieron ponerse allí en lugar de otras anteriores y alusivas á dichos héroes. En la Catedral de Verona, se veían, como en la de Santiago, otras dos estátuas de Roldán y Oliveros, á los cuales se les conocía por sus grandes espadas.

(3) Aunque no indicó las razones en que se fundaba, no cabe duda que debió tenerlas importantes, por no ser hombre que aventurase opiniones sin graves fundamentos. No le bastaba seguramente, para hacer afirmación tan absoluta el conocimiento de las Cántigas dichas del rey Sabio. Por otros datos se debió guiar. Lo que si puede afirmarse, es que no llegó á ver ninguno de los Cancioneros galecio-portugueses que hoy se conocen, pues en ese caso lo hubiera dicho,

Biblioteca de Galicia

duda alguna porque el «despertar poético de Galicia, según confiesa dicho autor, hubo de coincidir con aquel breve período, que desde fines del XI hasta la mitad del XII, pareció que iba á dar á la raza habitadora del Noroeste el predominio y hegemonía, sobre las demás gentes de ella», es decir, de las restantes de los reinos cristianos de la península. Copiamos estas palabras, porque son de un extraño, de una autoridad en la materia y porque afirman una gran verdad, más no porque contengan la verdad entera. El predominio de lengua y de la poesía gallega, duró más tiempo que el señalado, y se debió á que nuestro idioma alcanzó antes que los demás que nacieron y criaron á lo largo de la cordillera pirenaica, un desarrollo propio para la expresión literaria y porque la poesía lírica, que fué en la que se sobresalió aquí, parece ingénita en Galicia. Sea esta, ó no sea, celta, hayan ó no, los suevos ejercido en el pueblo gallego «una influencia tan solo superficial y exterior» que tanto se quiere, lo cierto es que la producción poética de nuestra gente, fué, y aún hoy es, esencialmente lírica. A esto se debió, no sólo la gran producción que atestiguan los Cancioneros de la Vaticana y Colocci Brancuti—equivocadamente dados como portugueses, por los editores italianos— sino también el sentimiento que brilla en la mayor parte de las composiciones de nuestros trovadores, que á la verdad no excluye el de los portugueses. Ese sentimiento, vivo aún hoy en nuestro pueblo, constituye el «algo propio y característico del pueblo gallego», que, según el mismo Sr. Menéndez y Pelayo, hizo que naciese en Galicia «con carácter más popular que en la Provenza y con un cierto fondo de melancolía vaga, misteriosa y soñadora.» Tales son sus palabras, y hay que agradecérselas, pues es costumbre vieja en los que más nos deben, regatearnos, cuando no se niega en redondo, toda gloria y triunfo alcanzado, por manifiesto que sea.

En lo que no estoy conforme con el citado autor, es en suponer que la irrupción de la poesía popular en el arte culto, ha de referirse principalmente al reinado de D. Diniz. Esa influencia es visible en los trovadores hijos de la Galicia actual, los cuales, como va á verse, la mayoría de ellos y los principales, vivieron en la primera mitad del siglo XIII. No es esta una hipótesis más ó menos aceptable, antes una verdad demostrable por necesidad por cuanto la opinión de algunos, le es completamente hostil: sin duda por que no hicieron de

Biblioteca de Galicia

ambos Cancioneros un debido estudio. Lo que si resulta algo más difícil que probar este extremo, es señalar cuales, entre los trovadores de ambos Cancioneros, son gallegos, puesto que ni se descubre su oriundez por el lenguaje, por ser igual en todos, ni sirven cuando los llevan como apellidos, los nombres de localidad para diferenciarlos, una vez se repiten en Portugal y entre nosotros. Sería muy molesto entrar por el momento, en las necesarias investigaciones para sustentar debidamente mi opinión y probar que son gallegos la mayoría de los que resultan viviendo en la época citada. Bastará con las indicaciones que se harán al paso, y así,—dejando á un lado juglares y juglaresas, acerca de los cuales las memorias más antiguas que conozco empiezan en *Pedro Suárez,* (1) testigo en una escritura del año 1203, para los juglares, y para las juglaresas, en *Mayor Pérez,* que se dice *cantatrix* en el aniversario que funda en Lugo en 1228, —se empezará por recordar que el más antiguo trovador de quien queda noticia, es Payba, portugués, que vivió á últimos del siglo XII. De él dice Santillana, que murió de amor por una infanta de Galicia, y aunque sospecho que lo escribió así, entendiendo que la frase *por mor,* equivalía *á por amor,* cuando es *á causa de,* que es distinto, por más que no excluya que haya sido por el motivo que se indica, siempre resulta que había por acá en aquel tiempo, infantas á quienes agradaban la canciones y cortes de amor, á las cuales concurrían los trovadores del país y los extraños también.

Después de Payba, debe recordarse preferentemente, á Ayras Núñez, por su importancia como poeta y como de los más antiguos. Aparece su rúbrica á la cabeza de la tan traida y llevada canción:

Desafiar enviaron
Ora de Tudela

(1) Acusando ya con entera claridad la existencia de la poesía trovadoresca en Galicia, en la primera mitad del siglo XII, menciona Terreros, en su *Paleografía*—obra de nuestro P. Sarmiento—al juglar *Pallea,* que aparece confirmando un documento del año de 1136. Que no fué el primero, puede suponerse, y que a mismo tiempo y posteriormente después, hubo otros, no es posible negarlo, aún cuando los documentos oficiales no los recuerden. Los particu ares sí, aunque son pocos los que se conservan. Gracias á éstos, consta que cuando menos vivía en 1203 el citado Pedro Suárez, jug ar, y con é debieron existir bastantes más, lo cual presupone forzosamente producción trovadoresca, puesto que *la presencia de los juglares implica desde luego la de los trovadores, de quienes venían á ser complemento.* Según todas las probabilidades, *Pallea* era compostelano, pues duraron en Santiago los de este apellido.

Biblioteca de Galicia

cuya antigüedad no puede pasar del año de 1234, en que murió Sancho VIII, rey de Navarra, pues hay alusión directa á la ciudad en que se encerró el citado monarca hasta el fin de su vida. Otra composición tiene que empieza:

O meu Senhor Obispo na Redondela huũ día

cuya fecha debe ser anterior al 1249, pues alude á los inconvenientes que tuvo que sufrir el célebre Obispo D. Lucas, de Tuy—1239 á 1249—y en cuya composición dice el poeta que ya era viejo:

et nõ houverõ vergonha dos mis cabelos canos

De su edad eran *Pero da Ponte* y *Bernal de Bonaval,* el primero natural, tal vez, de Pontevedra, pero en todo caso gallego, y el segundo evidentemente oriundo del arrabal de Santiago, á que se refiere el apellido que llevaba el poeta. Llámase á Bonaval, en la rúbrica que precede á sus mas importantes canciones, *primeyro trovador,* no seguramente por serlo en el orden del tiempo, sino porque lo consideraban como uno de los más señalados. De la época en que vivía, hay noticia segura. Al poeta se le quejaban de que no hubiese concurrido á la consagración de la iglesia de Santo Domingo de Santiago, llamada de Bonaval y terminada hacia 1232, mas, si esto no bastase, prueba su contemporaneidad con *Alfonso Eans do Cotom,* el que se le acusa de haberle hurtado los versos, como se lo dice Alfonso X, con más mala intencion que la necesaria. Y Cotom si no habia ya muerto, vivía por aquellos años.

De *Pero da Ponte,* quedan en sus canciones, con la noticia de la época en que vivia, (1) otras que indican su calidad de poeta palaciego. En su condición de tal, lamenta la muerte de la reina D.ª Beatriz de Suavia (1235), de quien dice, no se hallaría otra que la igualase en bondad. Celebra la conquista de Valencia por el rey de Aragón en 1238, pero sobre todo alaba á San Fernando como conquistador, ponderando la toma de Sevilla:

quantas conquistas foron doutros reys
á pos Sevilha todo non foy rem.

(1) No soy el primero en aprovecharme de las indicaciones que contienen, para señalar la época en que fueron escritas. El italiano C. Lollis en el artículo á que me refiero más adelante y Jeanroy en sus *Orígenes,* página 337, los utilizaron antes.

Biblioteca de Galicia

Una vez fallecido aquel monarca, se queja de tamaña pérdida, y después de ensalzarle hasta decir que Dios le puso á su lado *par á par*, concluye felicitándose de que el reino recayese en D. Alfonso:

ca se nos bon senhor levon
moy bon senhor nos foi leixar.

Y ya que á D. Alfonso se refiere el poeta, no será mal que aproveche la ocasión, pues conviene, para hablar de él como trovador, y me ocupe asimismo de los inconvenientes que encierran las rúbricas de los Cancioneros referentes á este monarca, pues con toda evidencia le adjudican canciones que, con toda evidencia también, se deben á D. Alfonso IX de León. Ambos monarcas cultivaron la poesía, ambos escribieron en gallego, pero la ligereza con que se aplican todas las composiciones al rey Sabio, pide que se limite la afirmación. En el *Cancionero de la Vaticana*, vienen como del Alfonso rey de León y Castilla, mientras en el de Colocci Brancuti, que es complemento del primero, se nos presentan como debidas al rey de León tan sólo. En mi juicio ni debe estarse á lo que sin más se desprende de las rúbricas del de la Vaticana, ni tampoco á las del de Colocci, pues para mí nada más evidente que, en uno y otro volúmen y bajo las rúbricas indicadas, se contienen producciones de ambos Alfonsos. El separar y dar á cada cual lo que le pertenece, no es muy fácil, aunque hay ocasiones en que puede hacerse, como sucede con la tan disputada de *non vem al mayo*, que Theophilo Braga atribuyó al rey Alfonso IX de León y luego se adjudicó á D. Alfonso X de León y Castilla con todas las apariencias de cosa juzgada irremisiblemente. Y sin embargo, la revisión confirma el aserto del escritor lusitano. Hay en los últimos versos de la composición una prueba de que se deben al primero de ambos Alfonsos:

O que da guerra foy por recaúdo
macar en Burgos fez pintar escudo
non vem al mayo

alusión clara del monarca de León, al que entonces reinaba en Castilla. De aquí se sigue como se verá, que cuanto acumula un escritor italiano, (1) que se ocupó esprofeso del

(1) C. Lollis en su artículo *Cantigas de amor é de maldiser di Alfonso el Sabio re di Castiglia*, página 31 de los *Studj di filologia romanza*, Roma, 1887.

Biblioteca de Galicia

asunto y atribuye á D. Alfonso el Sabio, bajo la rúbrica, ya de León y Castilla, ya de León tan solo, es verdaderamente cosa perdida, puesto que los versos citados tienen un fundamento que puede decirse histórico. Cuenta el Arzobispo don Rodrigo, que después del triunfo de las Navas, los reyes de Navarra y Castilla volvieron á sus Estados y que cada uno de ellos, como recuerdo del memorable triunfo, añadió á su escudo, el de Navarra la representación de las cadenas que cerraban el real de Miramamolin, y el segundo en el suyo, una orla de castillos que rodeaban al del centro y aludía á su reino. Después de esto ¿qué rasgo mejor para señalarlo que decir *que fez pintar escudo?* Y por si no bastase ¿no es suficiente el que se añada que en Burgos y aún que pueda suponerse razonablemente que después de la batalla de las Navas, año de 1212? Mas si semejantes rasgos no importan y hemos de estar á lo que dice las rúbricas ¿qué valen éstas, cuando se borran de un golpe las que en el Cancionero de Colocci se atribuyen al rey de León, y se las pone con toda resolución bajo el nombre del rey Sabio? Lo que hay es que de esa manera victoriosa, se esquiva el peligro de señalar las que á cada uno pertenecen, nada más. Porque lo cierto es que si entre las atribuidas á Alfonso IX, las hay que irremisiblemente deben adjudicarse á Alfonso X, en cambio hasta la que se halla entre ellas perteneciente á las *Cántigas,* no se puede decir con la resolución que quieren algunos, que sea del rey de León y Castilla, porque en mi opinión las *Cántigas* no son una obra personal sino colectiva, y pudiera ser muy bien que hasta esa canción fuese del rey de León, como reza la rúbrica.

De la afición de este monarca por el cultivo de la poesía no solo dan testimonio aquellas composiciones que contienen rasgos que indican pertenecerle, sino también los muchos trovadores que, viviendo en su tiempo, anduvieron en la corte del de León. Entre ellos citaremos á *Pedro Vello,* de Tabeirós, porque hay razones para creer que visitaba la casa de una de las hijas de aquel monarca. De ciertos versos que contiene el cancionero de Colocci, consta que dicho trovador los compuso en unión de su hermano Payo Suárez, contra un portero que guardaba la casa de la condesa D.ª Mayor, esposa de D. Rodrigo Gómez, Conde de Trastamara, (1) que aban-

(1) Este condado andubo en la casa de Traba, poseyéndolo con tal motivo el conde D. Gómez, quien le retuvo, cuando menos, hasta 1204, aunque vivía aún en 1208. Sin duda alguna las diferencias que tuvo su

Biblioteca de Galicia

donó Galicia para posesionarse de su heredamiento, después de la toma de Sevilla. Que tanto Pedro Vello como los demás que suenan, pertenecieron en sus mejores años al reinado de Alfonso IX de León, es cosa fuera de duda. Lo prueban, entre otros datos, las fechas de algunos de los testamentos y contratos que se conservan en los *tumbos* de la Catedral compostelana, hechos por algunos de nuestros trovadores, y a veces, hasta por sus padres; todos para el caso importantes, pero pidiendo en unos y en otros, edad avanzada para otorgarlos. Entre los últimos y perteneciente al año de 1220, está el de Johan Frojaz de Valadares, en Noya, trovador él también como sospechamos, y padre de los que figuran en los Cancioneros. Pero Eans Mariño, Martín Eans Mariño y Osoyroanes, canónigo compostelano, que había estudiado en París, y dispuso el suyo en 1236.

Pudieran citarse más, pero se haría muy largo, y harto he abusado de vuestra atención. Por esto, y porque no sería menos enojoso, dejo de recordar los nombres —que son bastantes—de los trovadores gallegos que figuran en ambos de los citados cancioneros. Sea suficiente en este momento mencionar uno por todos, pues lo merece el famoso Johan Ayras. tan gran poeta, que dificilmente en su tiempo se podría poner otro á su lado Lo que de él queda, es de un valor inestimable. Sus pastorelas son tan hermosas, galanas y llenas de vida, que solo hallan igual, en las que tres siglos después, probando identidad de origen, escribió el príncipe de los poetas lusitanos. Es imposible leer la que comienza.

A por quen perco ó dormír

y no recordar por el ritmo ondulante y por su verdad y sencillez, aquella de Camoens:

Leva na cabeza ó pote
O testo na mau de prata

---

hijo con la iglesia de Lugo, á la que causó graves daños, privaron de que entrase en su poder cuando le fué debido—pues en 1212 le tenía Juan Fernández—hasta que al siguiente año de 1213, aparece confirmando como señor de Trastámara, en documento de San Martín de Grou. En 1215 confirma una escritura de la iglesia de Astorga en la siguiente forma: Rodericus Gómez tenentem partem Limia et montem rosum, Trastámara, Serriam, Montem Nigrum.» Vivía en 1255, en que se apellida, «rico home» como en otra escritura de 1230. Suena ya casado en 1221 con la infanta D.ª Mayor Alonso, hija de Alonso IX de León y D.ª Teresa Gil de Soberosa, según indica Gandara. Tanto por este enlace como por lo ilustre de su ascendencia, se intituló en más de una ocasión, *príncipe de Galicia.*

Biblioteca de Galicia

Porquè en cuanto á sus *Cantares de amigo* (1), forzosamente ha de decirse, son de un tan verdadero y espontáneo sentimiento, que al leerlas, muchas veces, he pensado si se deberían al alma delicada y tierna de una mujer.

Hasta los últimos años del siglo XIII, el eco de las canciones de nuestros trovadores, llenó el corazón de los que habían aprendido á amarlas, pero debilitándose conforme se acercaba el fin de tan gloriosa centuria, la prosa invadió los dominios de la poesía hasta entonces reina y señora. Poco á poco, y para ocupar el vacío que de este modo iba creándose en el mundo de la imaginación, fueron apareciendo y llenando las necesidades intelectuales del tiempo, las traducciones gallegas de los *Diálogos de San Gregorio*, de la *Crónica de Carlo Magno*, de la *Crónica gallega*, de las *Partidas*, y de la *Crónica Troyana*, que debemos á la inteligente actividad de mi muy querido amigo D. Andrés Martínez Salazar, quien hizo á Galicia un servicio inestimable, con la impresión de tan importante joya de nuestra literatura medieval.

A estas traducciones y otras más de que no queda ya memoria, hay que tenerlas como cosa de la primera mitad del siglo XIV, época en que florecieron entre nosotros hombres de tanta virtud y ciencia como Balboa y Alvaro Pelagio, y en que como para poner fin glorioso á la producción

(1) Entre los estudios más importantes hechos acerca de los Cancioneros gallego-portugueses y sus condiciones literarias, tenemos los de Theophilo Braga, Menéndez Pelayo—que fué el que mejor los comprendió—y Jeanroy en su notable libro *Origenes de la poésie lyrique en France au moyen-age*. En el capítulo V *La poésie française en Portugal*, niega este autor que la poesía de los citados cancioneros sea popular y original. De ambas condiciones despoja hasta á las *Canciones de amigo*, en que la crítica reconoció desde el primer momento los verdaderos carácteres de la poesía portuguesa primitiva. Si son populares, dice, «es por el ritmo y sencillez de estilo, pero no por el pensamiento» y afirma, por último, que en los temas populares que contienen «la imitación francesa es evidente.» Mucho pudiera decirse acerca de tan rotunda afirmación, pero bastará consignar que la poesía trovadoresca es coetánea con la aparición de las lenguas romances, nace con ellos y aparece á un mismo tiempo en los países neo-latinos. Una misma necesidad da vida á la producción poética de aquel entonces, una misma tendencia se manifiesta en ella, los temas que se propone son los propios de aquellos hombres y de aquellas sociedades, producto de un mismo medio, no se hallan otras diferencias que las que entrañan la diversidad de sentimientos y del lenguaje de que se sirven. Empeñarse, por lo tanto, en señalar analogías entre las composiciones de unos y otros trovadores, es tiempo perdido. Poco importa, verbi gracia, que el rey D. Dinís, diga que el amor le había hecho escribir canciones, y que antes hubiese asegurado otro tanto Gacé Brulé y probablemente otros muchos, ¿será acaso tan difícil pensar y decir cosa tan trivial? Y así las demás.

Biblioteca de Galicia

épica en Galicia, produjo nuestro país el notable poema de Alfonso XI, que aunque al presente le tenemos en castellano, la crítica moderna, proclama actualmente, haber sido compuesto en gallego y mal traducido en seguida á la lengua en que hoy se le conoce.

Y ya desde entonces no volvió nuestro país á conocer otro período de igual esplendor y gloria Brillaron para nosotros, tiempos después, días de relativa preponderancia, pero no tan grande y tan efectiva como ésta de que acabo de hablar. Faltó para tanto, un factor importantísimo, sin el cual nada puede intentarse; faltó á Galicia la plena posesión de sí misma. Sin embargo, tiempos más prósperos para ella se avecinan, que, preparando el advenimiento de un nuevo orden interior, facilitarán la renovación y asiento de nuestras instituciones provinciales, tanto más necesarias, cuanto las actuales corrientes, dando vida al tráfico inter-oceánico, harán bien pronto de los puertos gallegos su principal escala, dotándoles así de una vida, movimiento y riqueza que se extenderá facilmente al interior de la región.

En estos tiempos los sucesos van tan de prisa como los muertos de la balada, en tal punto, que tocando en mis límites, puedo esperar, por poco que viva, ver amanecer en nuestros cielos, la aurora de ese día tan deseado de mi corazón. Si así fuese ¡qué grato me sería el eterno descanso en la tierra de mi patria y bajo el cielo que la cubre! Me parecería que aún no había muerto, que aún oía á mi lado la voz de los que amé en este mundo y que aire, cielos, tierra y mar se teñían para siempre en los resplandores de la gloria deseada para mi patria.

Biblioteca de Galicia

APÉNDICE

LISTA DE LOS TROVADORES GALLEGOS QUE TIENEN COMPOSICIONES EN LOS CANCIONEROS DE LA VATICANA Y COLOCCI-BRANCUTI

La presente lista no se dá, ni como completa, ni por del todo exacta. Las dificultades que se esperimentan para señalar la patria de cada uno de los trovadores de ambos cancioneros, son á veces insuperables; se resisten á toda investigación. Ya se han indicado las principales en el testo de la presente *Conferencia*. Para vencerlas se necesita mucho, pero, por de pronto, requieren antes, que de Portugal y de Galicia, se aporten los necesarios elementos para poder entrar de lleno en la delicada cuestión de señalar á cada trovador, ó cuando menos á la mayoría, el país á que pertenece. Por mi parte hice lo posible por esclarecer punto tan importante, no diré que con fortuna, pero si con el mayor deseo de acierto. Y así añadiré que no aseguro que indudablemeute son gallegos, todos los que señalo como tales, ni menos que entre los que aparto como lusitanos, no haya alguno que pertenezca á la Galicia actual. Por esto mismo, y á la manera que en los libros de teología, solían terminar sus autores diciendo, que iba su obra y sugetaban á la corrección de la Santa Sede, así va la presente lista á la depuración y sanción de los autores portugueses que de estas materias se ocupan.

Ambroa (Pero de). Natural de San Tirso de Ambroa? De su amistad con Fernan de Esquio y Pero Amigo de Sevilla, dan fé las composiciones de estos trovadores. Amigo dice que Ambroa, «filhou acruz para ierusalẽ», y según parece los dos fueron cruza-

Biblioteca de Galicia

d s para Ultramar, y por lo tanto, vivían hacia 1248, en que tuvo lugar la que fué á las órdenes de San Luis de Francia, la más famosa por aquellos tiempos.

Amigo (Pero). De Sevilla, no por ser natural de dicha ciudad, sino por haber vivido en ella. De Betanzos eran muchos que llevaban su apellido, y él, sin duda alguna, lo fué también. En una carta venta, curiosa, de Urraca Cripiniano, vecina de Betanzos, año de 1237, aparecen como testigos Pedro juglar, Juan Amigo de uendramo (Bendrade Ayuntamiento de Oza, partido judicial de Betanzos) y Joseph Amigo de Tourinos (Touro). Hacia 1098 se menciona un D. Pedro Amiguiz, como Obispo y Gobernador de Caabeiro, y en escritura de Monfero, año de 1301, figura como testigo Paij Amigo do Paijal. Pero Amigo vivía aún en 1285, en cuya fecha fué á su vez testigo en Sevilla del testamento que Johã Fernández, hermano de Gonzalo Rodríguez jograr, hizo en aquella ciudad, y en el cual probando la común oriundez gallega, otorga una manda al monasterio de Monfero.

Armeá (Pero)? Hay un lugar de este nombre en Galicia, y quizás sea hijo y natural de él.

Ayras (Johan). Burgués de Santiago, en sus canciones y sobre todo en las de escarnio, da curiosas noticias acerca de su vida y costumbres de la ciudad natal.

Babeca (Juan). Entre los trovadores de quienes opina el señor Ferreiro, *Hist. de la Iglesia de Santiago*, que fueron con don Rodrigo Gómez á la conquista de Córdoba y Sevilla, coloca á Babeca. Y añade que á este y otros trovadores que menciona y supone formaban parte de la hueste de aquel conde, debe tenérseles por gallegos, porque «casi todos moraban en las comarcas en que era señor ó prestamero dicho poderoso magnate».

Bonabal (Bernal de). Santiagués.

Caldas (Martín de)? No hay más dato para sospechar sea hijo de Galicia que el apellido.

Caldeyron? Vivió en Aragón según aquel verso «dos daragõ qũdo eu uin de galiza».

Cana (Pay da). Clérigo nacido tal vez en las cercanías de Santiago y en el lugar que lleva todavía su nombre y apellido.

Cangas (Johan de). En una de sus composiciones dice:

Amigo semi gram bem queredes
hide a sam momede veerme edes

Cangas es villa gallega y en la sierra de S. Mamed está todavía el santuario. Sin embargo, en la canción 875, asegura que la er-

Biblioteca de Galicia

mita era en S. Mamed do mar, lo cual indica que se refiere á localidad cercana á Cangas que es, como se sabe, puerto de mar.

Codax (Martín). Es Martín Moxa, y Martín de Vigo, que con estos tres nombres se le conoce.

Cornes (Martín de). Santiagués y del lugar de Cornes? al pie de Compostela. Fué contemporáneo de Pero da Ponte y Alfonso Eans do Coton, primera mitad del siglo XIII. Hay parroquia de Cornes, en Vimianzo, lugar de Cornes, en San Mamed de Roys, cerca de Padrón, lugar de Cornes, en la provincia de Lugo, y finalmente feligresía de Cornes, en Vilanova de Cerbeira, en Portugal.

Eans (Soeiro). Contemporáneo de Pero da Ponte y de Coton, quien le dice:

Sueiro Eanes un voso cantar
Nos ven ora un jograr dicer

Eannes do Coton (Alfonso). Caballero y protector de los trovadores de su tiempo. Vivía en Santiago, y dirigiéndose á Pero da Ponte, su amigo y protegido, le dice: «ẽ nossa terra, se deus me perdon.»

Eans Marinho (Martin). Hijo de Juan Frojaz de Valadares, señor que poseía grandes posesiones hacia Noya. Fué hermano de Pero Eans Marinho y de Osoyroanes, y todos tres trovadores.

Eans Marinho (Pero).

Esquio (Fernan). El copista escribió de Lago, del go, y desquijo, pero es Esquio, y perteneció á una importante familia que tenía sus posesiones en Jubia, en cuya iglesia existen sus sepulturas así como en la de Neda.

Fernández (Ruy). Clérigo, natural y canónigo de Santiago y capellán de Alfonso X. El 1236 hizo una venta á sus hermanos, según documento de la iglesia compostelana. Falleció en Salamanca en donde otorgó testamento el 16 de Septiembre de 1277.

Fernández d' Ardeleyro (Joan) Era escudero. En una canción le preguntan por qué vivía en Portugal, y contesta que es su suerte «hũa vez aqũ vi por meu mal». Había estado en Francia.

Fernández Mirapèixe (Nuño). Le cita Ferreiro en su *Historia de la iglesia de Santiago*, como trovador gallego. Las razones en que se funda para ello, son oportunas.

Fernández Praga de Sandin (Vasco). Praga por Parga. El conde D. Pedro en su Nobiliario, dice que fué natural de Galicia y buen trovador.

García (D. Gómez). Abad de Valladolid. Fué notario del in-

Biblioteca de Galicia

fante D. Sancho (después de Sancho IV). Ferreiro indica que Felipe IV de Francia, le quiso hacer arzobispo de Santiago, y que en el testamento que en 1253 otorgó Nuño Pérez Agulla, clérigo de aquel cabildo, nombró heredero á Gómez García su sobrino, «que tal vez sea, añade, el que después llegó á ser Abad de Valladolid».

García de Guillade (D. Johan). Ferreiro le da como formando parte de la hueste de D. Rodrigo Gómez. Guillade es apelativo de varias localidades gallegas.

Gómez (Affonso). Jograr de Sárria, y natural de dicha población á lo que puede presumirse.

Gómez Charino (Payo). De Pontevedra? Fué almirante del mar. Tiene su sepultura en la citada ciudad.

Juyao, con quien Meen Rodríguez sostuvo una *tençon* (la 110 del canc. de la Vaticana) En opinión del Sr. Ferreiro, este Julián, es el famoso burgués compostelano D. Julián Martínez de Tudela.

Larouco (Pero). Le supongo originario de los famosos Codos de Larouco, si es que en Portugal no existe una localidad de este nombre.

Lobeira (Johan)?

Lias (D. Lopo). Contemporáneo de Pero da Ponte. En una de sus canciones se refiere á los trovadores de Orcellón, lugar en la tierra de Lemos, en la cual debió vivir, pues alude á sucesos allí sucedidos.

López de Ulhoa (Johan). Según algunos autores, Pero Eans Marinho, de quien se hizo ya mención como trovador, casó con Sancha Vázquez y tuvieron por hijo á este López de Ulhoa. Le suponen hermano de Vasco López de Ulhoa, quien hizo testamento en 1266.

Moogo (Pero). Uno de este nombre y apellido vivía en Vanga y fué juez árbitro en una cuestión entre los monasterios de San Clodio y Tojosoutos de un lado y por otro Tareixa Gómez y sus hijos, año de 1269. Es este el trovador? lo es acaso otro Pero Moogo, freire de Porto Marín en 1261? Eran uno mismo?

Núñez (Ayras). Clérigo de León, pero indudablemente gallego y tal vez compostelano, pues su habitual morada fué Santiago. Confiesa ser ya viejo hacia 1249.

Núñez de Caamaño (Juan)?

Orcellón. Trovadores de Orcellón, en tierra de Lemos, á quien alude D. Lopo Lias, c. 947 y 948.

Ossoyroanes, hijo de D. Juan Frojaz de Valadares, murió en Santiago en 1236. Había estudiado en París.

Paez de Tamallancos (Fernan). Vivía en 1234 en que San

Biblioteca de Galicia

Fernando le confirmó un privilegio, concediéndole por juro de heredad las villas y lugares que había donado á sus ascendientes, el rey Alfonso VII. Era dueño y señor de la casa y castillo de Villamarín cerca de Orense.

Pérez (Abril). Perteneció á la cofradía de los Cambiadores (Santiago) y á él se refiere el canónigo compostelano D. Abril Fernández en su testamento año de 1269.

Pérez Pardal (Vasco)? En una de sus canciones alude la enfermedad que padecía el rey D. Fernando el Santo y de la cual murió. Sus composiciones vienen después de los de Guillade y Pero Vello.

Ponte (Pero da). Sin duda, natural de Pontevedra.

Queimado (Roy).

Requeixo (Joan). En una de sus canciones dice va á la romería de Faro, donde había una hermita. Hay varios lugares de Requeixo en Galicia y quizás los haya en Portugal, pero sin duda alguna se alude á la parroquia de dicho nombre, al pie del monte Faro, á una legua de Chantada, en el cual existe la hermita y la romería es todavía famosa. Lo mismo pasa en otro monte Faro, cerca de Ferrol, en donde hay una hermita antigua, llamada de Chanteiro, con romería harto famosa.

Rodríguez de Palmeira (Pedro). El Sr. Ferreiro, en su obra ya citada, supone razonablemente que éste sea el Palmeira de quien dice el conde D. Pedro de Portugal, que murió de amores por una dama, y esta, hija de una sobrina de D. Diego Gelmirez.

Rodríguez Tenoiro (Meendo). De cerca de Pontevedra, y, cabeza de los Tenorio de Portugal, de quienes consta salieron de Galicia. En Gondomil (entre Duero y Miño) hay una torre antigua, que dicen por tradición ser «do Sr. de Tenorio, Conde de Crecente, en Galicia.» En opinión del Sr. Ferreiro, fué enviado en 1309 á la Corte de Fernando IV, por el Arzobispo de Santiago D. Rodrigo de Padrón, con una queja contra el concejo de dicha ciudad.

Romeu de Lugo (Johan). Escribió versos á D. Lopo Lias como queda dicho, trovador en aquella provincia y muy relacionado con ellos.

Soarez de Caveróos (Pay). Hermano de Pero Vello. Vivían en la primera mitad del siglo XIII. El Caveróos corrigen muchos, con visos de razón, Tabeirós, pero puede ser también Cabeyros, puesto que hay un lugar de este nombre cerca de Redondela. A lo que se desprende de una de sus canciones estuvo fuera de España.

Biblioteca de Galicia

Vázquez (Juan). Habla de María Pérez que vivía en «á moeda velha» y se iba «a morar contra S. Martinho». Escribe versos contra Pero Amigo y Juan Ayras, y todo ello indica ó ser compostelano ó tener su vecindad en Santiago.

Vello (Juan). Según Ferreiro, este trovador aparece como Juan Pérez Vello en un acta capitular de la catedral compostelana, del 2 de Junio de 1295.

Vello de Tabeirós (Pero). El apelativo de la localidad, en que sin duda nació, hace presumir el lugar de su naturaleza.

Biblioteca de Galicia

DEFENSA CONTRA LA TUBERCULOSIS

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

CONFERENCIA

dada el 19 de Febrero de 1905 sobre el tema

DEFENSA CONTRA LA TUBERCULOSIS

POR EL

DOCTOR SEÑOR RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

LA CORUÑA

Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»
Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5
1905

Biblioteca de Galicia

Señoras y Señores:

No me extraña la espectación que ha despertado el tema de que vamos á ocuparnos esta noche, acerca de la terrible enfermedad tuberculosa que tantas víctimas ocasiona en esta población. Seguramente muy pocos de vosotros, acaso ninguno, deje de lamentar entre sus familiares y sus adeptos, alguna víctima de la universal pandemia, tan extendida en la Coruña, que con razón constituye la preocupación y el asunto del día.

Antes de entrar en materia quisiera deciros algo por vía de exordio, pero es tan extenso el tema y el tiempo tan limitado que ocurriéndome muchas cosas, solo en índice me ocuparé de algunas.

Quisiera definir lo que yo entiendo por estas conferencias de extensión universitaria, con las que parece iniciarse el renacimiento pedagógico en España. Y á este respecto, después de agradecer muy sinceramente las palabras de elogio del dignísimo presidente, que quiere presentar como rasgos heróicos el más elemental cumplimiento del deber, debo significarle la conveniencia de no prodigarlas, pues cuando menos emocionan al conferenciante, estimulan su imaginación y entusiasmo, haciéndole correr el peligro de excitar la fantasía y lanzarlo por los caminos de la retórica, de los que debe huir cuidadosamente todo conferenciante dispuesto á la modesta y difícil misión de enseñar. Porque esto y nada más

Biblioteca de Galicia

que esto deben perseguir estas conferencias, asequibles á todas las personas de buena voluntad, porque todos podemos enseñar algo, y señaladamente todos podemos aprender. En una conferencia que he dado hace años acerca de la extensión universitaria, en un centro obrero de esta ciudad decía que todos podemos y debemos ser maestros, en nuestro arte, en nuestro oficio, y de hecho somos discípulos en el arte y en el oficio de los demás. Esta exigencia de la pluralidad del saber es un signo de la vida moderna, que patrocina con razón la enseñanza integral. Yo algo, por muy poco que sea, podré enseñaros del problema tuberculoso, vosotros, los oyentes, electricistas, mecánicos, obreros, abogados, periodistas, etc., etc., podéis enseñarme muchas, muchísimas cosas, que yo quisiera, que yo debiera saber.

*
* *

Y siempre angustiado por la limitación del tiempo no me extenderé en otras consideraciones más ó menos pertinentes, limitándome á decir que por causas agenas á mi voluntad y resistencias de que no quiero ocuparme, no fué posible presentar las proyecciones luminosas, tan útiles en estas conferencias, y que tanto facilitarían mi cometido y ordenarían mi discurso.

Réstame tan solo lamentar mis siempre escasas aptitudes, y en la noche de hoy mis débiles fuerzas, por hallarme convaleciente de una dolencia que aún ayer me tenía postrado en la cama.

De todas suertes yo os afirmo que daré otras conferencias con proyecciones, y que para responder al favor que me dispensa el ilustrado y numeroso público, mi voluntad procurará vencer estos obstáculos y hablaré hasta donde mis fuerzas lo consientan.

Yo que no soy partidario de los métodos clásicos y detesto del dogmatismo, tengo por esta vez que forzar el espíritu á rigurosa metodización, y siguiendo la clásica preceptiva, anticiparos la proposición ó proposiciones concretas en que exprese el remedio ó remedios del gravísimo mal que aterroriza á la Coruña.

Estas proposiciones son tres:

1.ª Creación de un Dispensario antituberculoso.

2.ª Organización de la beneficencia domiciliaria.

Biblioteca de Galicia

3.ª Creación de un Sanatorio Schwendi ó varios Legendre.

Y ya dichas estas cosas, ocúrreme la pesarosa fatiga que debe experimentar el viajero que sale de Petersburgo para Vladivostok, y piensa en la vía larga, enorme que tiene por recorrer para llegar al término de su viaje. Así me encuentro yo esta noche, tan enorme es la distancia que me separa del final de mi conferencia.

***

Pero entremos en materia.

—¿Qué es la tuberculosis? - Para la ciencia médica la tuberculosis es una enfermedad agudo-crónica de localizaciones variadas de preferencias pulmonares, meníngeas (cubiertas del encéfalo) y mesentéricas ó de vientre. Su curso es variable así como su duración, teniendo por causas, el bacilo de Koch, causa patogenética, productora del tubérculo, y la depauperación de los organismos, ó sea lo que llamamos los médicos condiciones favorables del terreno. Esta relación entre el germen, semilla, y el terreno es de facilísima comprensión, pues es notorio que no pueden arraigar ni dar fruto los granos de trigo sembrados en las calles, produciendo en cambio excelente cosecha cuando se siembra en terrenos abonados y en condiciones propicias para su germinación.

Socialmente considerada la tuberculosis es una plaga universal que cuesta á la humanidad la quinta parte —y según algunas estadísticas más aún - del total de las defunciones. Preocupación ó mejor dicho pesadilla, de la vida moderna, ella solicita como dijo Perier, en Mayo del año pasado, todas las fuerzas sociales públicas y privadas, oficiales y voluntarias, invitándolas á coordinarse para no ser impotentes contra la llamada *peste blanca*.

En filos fía positiva y ciencia social moderna, es como diría Dahamer un signo de nuestro tiempo: UNA DE LAS MUCHAS LLAMADAS QUE LA INTELIGENCIA HUMANA VIENE HACIENDO Á LA SOLIDARIDAD UNIVERSAL.

Como todo problema presenta dos aspectos que se entrelazan y compenetran, separándose tan solo mentalmente por la abstracción, y son el aspecto integral, de la total desaparición de la plaga tuberculosa, y el aspecto real, inmediato, de su extinción lenta y gradual.

Pero como lo mejor, dice un refrán, suele ser enemigo de

Biblioteca de Galicia

lo bueno, trataremos tan solo de la fase inmediata, no sin afirmar escuetamente—no hay tiempo para más—que el problema tuberculoso, consecuencia del pauperismo moral, intelectual y físico, quedará resuelto, como tantos otros que le son afines, el día que la humanidad instaure para cada uno de todos los hombres UN MEDIO SUPER-ABUNDANTE (ACASO YA EXISTE HOY) PARA SATISFACER LIBREMENTE TODAS SUS NECESIDADES FÍSICAS, INTELECTUALES Y MORALES.

Hé ahí el *suero prodigioso* del porvenir: EL ESTABLECIMIENTO EN LA MADRE TIERRA DE LA FELICIDAD HUMANA Ese será el gran suero, el único suero antituberculoso.

* * *

Y para que no se nos tache de soñadores, completemos la definición del aspecto concreto afirmando que la tuberculosis cuesta á la humanidad millones de víctimas, un quinto de todas las defunciones; y aquí en la Coruña, mal clasificadas—no quiero discernir este extremo, pues hay mucho por decir—tributamos á la tuberculosis 267 defunciones al año, como término medio.

En España perdemos anualmente de 40 á 44.000 personas, una población poco menor que la Coruña. Esta ocupa, como podeis ver en ese mapa, y vería mejor en las proyecciones, el 4.° lugar en las capitales de provincia, y el 5.°, incluyendo las poblaciones importantes, pues tiene el triste privilegio de estar antes nuestra vecina y querida ciudad del Ferrol.

Y como ya dejo insinuado, tened por seguro que se mueren bastantes más de tuberculosis, tuberculosis que no figuran en nuestras estadísticas, entre otras razones porque los médicos somos complacientes, considerados y no queremos acibarar el dolor de las tristes familias, ansiosas de no aparecer ante el público con el estigma tuberculoso. Yo confieso mi pecado, porque seguramente hacemos muy mal con la ocultación que nada remedia, y es más sincero y más humanitario, decir la verdad completa para ver si algún día nos convencemos en la Coruña que nuestra vida y la vida de las generaciones venideras, vale la pena de ser bien defendida.

* * *

No podemos conocer como la tuberculosis, se apodera del organismo y como se hace epidémica, extendiéndose sin

Biblioteca de Galicia

cesar, sin conocer someramente nuestro organismo—no es posible conocerlo en detalle—especializando á grandes rasgos el schema de la vida, sobre todo en sus relaciones directas con la preservación tuberculosa.

Hemos significado ya que dos son los factores que integran el problema tuberculoso: el bacilo de Koch y el organismo humano. Empezaremos por estudiar este último factor, no sólo por ser siempre el más importante, sino porque aún concretándonos á nuestro tema «Defensa contra la tuberculosis» importan más las funciones y los resortes naturales con que cuenta el organismo para vencer en esta lucha, que la temible bacteria descubierta por el sabio alemán.

***

Una indispensable observación. Al ocuparme del hombre, como ser orgánico, natural y social, no me preocupo de ninguna escuela ni de ningún dogma. He oido decir aquí la buena conveniencia de no tratar nada religioso ni político. Y en verdad que me place, aviniéndome á ello con tanta más facilidad cuanto que humilde hijo de la Ciencia pura y positiva, todo lo que no sea Ciencia estricta ya no me preocupa. La vida y la Ciencia, hé ahí todo.

Nos ocuparemos del hombre como uno de tantos seres, de la tierra nacido y á la tierra reintegrado por la muerte, en esta eterna y rítmica oscilación que constituye el infinito de la vida universal.

El hombre como los demás animales y plantas es un ser complejo, compuesto de sólidos, líquidos y gases, y que tiene por fórmula química las combinaciones complexas de doce cuerpos simples. Con el oxígeno, el hidrógeno, nitrógeno, carbono, azufre, fósforo, cloro, potasio, sodio, magnesio, calcio y hierro, construye la Naturaleza nuestro organismo por el igual de los demás organismos animales y vegetales que pueblan la tierra. Transitoriamente encuéntranse en los seres orgánicos unos cuantos elementos más que podemos llamar especiales, y son á saber: el silicio, el flour, bromo, yodo, aluminio y maganeso. Con tan escasos y sencillos materiales (acaso en el fondo son todos uno mismo) está constituída la maravillosa arquitectura de todo lo viviente.

Físicamente considerado el agregado humano compónese de un 25 por 100 de sólidos y un 75 por 100 de agua. Los

Biblioteca de Galicia

gases que entran en su composición, señaladamente el aire, es como veremos luego incalculable.

En la Morfogenia general del Cosmos, el ser humano es una República celular en la que estan representados todos los organismos nuestros antepasados siendo el animal humano el término presente de la evolución filogénica de la animalidad. Este origen ya no se discute hoy, en el orden positivo, en los paises cultos.

Las células (que tienen exacta representación en nuestros *ancestrales,* y constituyen en la Naturaleza seres vivos independientes) agrúpanse formando tegidos y órganos, de tal suerte penetrados por el agua y el aire, que parodiando la definición que diera San Agustín de ser el hombre «*un alma rodeada de carne*», pudo muy bien ampliar Lino Peñuelas con la más exacta é idealista de ser el hombre «*un alma rodeada de aire*». En efecto la compenetración del medio con el ser orgánico es tan íntima é indestructible que puede muy bien afirmarse no hay vida individual, sino que la vida de todos y cada uno de los seres está sumergida en el gran Océano, del aire, en que perduran, se agitan y transforman, los ritmos de la Energética Universal.

Humilde en su origen, hasta tocar con los protistas, el ser humano fué evolucionando á través de millares de siglos hasta presentar la inteligencia, función soberana de la Naturaleza, por virtud de la cual el hombre se ha enseñoreado de su madre la Tierra á la que ha dominado, como ha vencido la primitiva ignorancia de nuestros antepasados, llegando al actual esplendor científico que permitirá á las generaciones venideras establecer en nuestro planeta el reinado de la dicha universal.

* * *

Imposible presentar un rápido bosquejo de las funciones orgánicas por virtud de las cuales se mantiene la vida. Preciso será volver sobre este asunto en conferencias sucesivas. Por hoy limitarémonos á enumerar tan solo los medios de defensa con que cuenta el organismo y definir brevemente las grandes funciones de circulación, respiración y nutrición, de cuyo encadenamiento depende nuestro vivir. Refiriendo este breve estudio biológico al problema de la preservación y curación de la tuberculosis, para fijar bien en vuestra atención el papel maravilloso desempeñado por el oxígeno del aire,

Biblioteca de Galicia

padre universal y eterno de la vida, empecemos por la función respiratoria.

Un adulto en estado de salud respira por término medio 17 veces por minuto, y calculando en 500 centímetros cúbicos el aire cambiado en el pulmón en cada movimiento respiratorio, resulta un total en las 24 horas de 1.200 litros de aire que pasan por nuestros pulmones.

En igual período de tiempo se exhalan 910 gramos de ácido carbónico, que producen 2.275 calorías y equivalen á 248 gramos de carbono. El oxígeno absorvido por hora, varía de 24 á 91 litros, según esté en reposo ó en ejercicio el organismo, lo que dá un promedio de cerca de 600 á más de 2.000 litros por día.

Los pulmones, órganos elásticos, esponjosos, están compuestos de alveolos ó vexículas pulmonares en número de 18 millones que representan una superficie respiratoria de 200 metros cuadrados. En estas *vegillas* es donde se verifica el cambio de gases de la sangre con el aire; aquí se fija el oxígeno en la hemoglobina de los glóbulos rojos y se desprende el ácido carbónico. Aquí se ponen en relación las dos grandes funciones orgánicas, respiración y circulación medio externo, el aire, medio interno la sangre; aquí se genera en fin el incendio de la oxigenación, principio de la transformación de fuerzas, base única de la vida, ya comparada por los griegos con una antorcha encendida.

***

Pero para comprender estos maravillosos fenómenos preciso es conocer la función circulatoria. Desempeña ésta el glóbulo rojo modesta *vexiculilla* de aspecto discóideo, parecido al de una moneda, que tiene por diametro siete *micras*, ó sean siete milésimas de milimitro, y de espesor una *micra* y fracción. Existen en la sangre en la enorme proporción de cinco millones por milímitro cúbico; de suerte que representando la sangre la 13 ava parta del peso del cuerpo, y calculando en 65 kilos el peso de un adulto, corresponden cinco litros de sangre á cada indivíduo. Lo que dá la espantable cifra de 25 billones de glóbulos rojos para un solo indivíduo.

Al llegar á este punto es lícito preguntarse si tiene el público el derecho de *sonreir;* á muchos ocurrirá – y es muy natural que ocurra— la legítima duda de quien ha contado tales billones. Además hablar de billones es como hablar de

Biblioteca de Galicia

las distancias estelares, algo así «*como el mentir de las estrellas*» de que seguramente se haría cargo el ilustre conferenciante Sr. Romero, en la hermosa conferencia dada por él acerca de química estelar y que tanto siento no haber oido (1). Sin embargo nada más fácil que estas sencillas operaciones aritméticas que cualquiera de vosotros puede hacer, pues redúcense á meras multiplicaciones.

Lo que hay es que nuestra limitadisima comprensión mental no puede concebir estas enormes cantidades y distancias en el número, en el tamaño, en el espacio y en el tiempo, sin valerse de los artificios de comparación llamados por el ilustre filósofo Heriberto Spencer *ideas símbolos,*

Necesaria es una breve digresión respecto á esta importante materia, suficiente por si sola para una conferencia, y que será tanto más breve cuanto sigo abrumado por la idea de fatigaros y fatigarme... Muchos ejemplos pudiera poner pero eligiré uno solo.

No es facil formarse idea del volumen de la tierra considerando que el enorme globo tiene una circunferencia de 40.000 kilómetros. Pues bien con una naranja y un metro (unidad de medida) nos representamos simbólicamente flotando en el espacio una enorme naranja que contenga aquel metro elevado á kilómetro, esto es mil veces mayor, unas 40.000 veces repetido. Siento no tener tiempo para poner otros ejemplos acaso más asequibles, pero obligado es concretarnos al asunto.

Volvamos á nuestro glóbulo rojo. Imaginaos que cada uno de esos globulillos es una monedita de oro, cosa casi ideal en España por lo desconocida, y que cinco moneditas ó una moneda de cinco duros tienen de peso 25 gramos. Mil duros en oro pesan cinco kilos; un millón de duros —siempre en oro— pesa 5 000 kilos; dos millones, 10.000 kilos, carga de un vagón de ferrocarril. Id meditando para ver cuan lejos estamos aún de un billón, y por lo tanto de 25 billones.

Un billón de duros pesa 5 000 millones de kilos que cargan 500.000 vagones. 25 billones de duros cargan 12.500.300 vagones. El largo total de estos vagones, siendo el de un vagón siete metros y medio, es de 93,750 kilómetros. Hay de la Coruña á Madrid 837 kilómetros, luego para ocupar

(1) Posteriormente he leido la Conferencia que tuvo la bondad de regalarme su ilustrado autor, y efectivamente en ella se habla del *mentir de las estrellas.*

Biblioteca de Galicia

los 93,750 habría que poner un tren de aquí á la Corte 112 veces. Componiéndose un tren ordinario de 30 vagones hay para formar 416.666 trenes. Saliendo un tren cada cinco minutos, día y noche—288 cada 24 horas—tendrían que estar saliendo trenes, para acarrear este tesoro, tres años y 351 días, es decir cuatro años próximamente.

Todo este tesoro de discos rojizos llamados glóbulos rojos ó hematies, de bastante más valor que los discos del ambicionado metal, lleva cualquier hombre dentro de su organismo. Cuando luego estudiemos sus maravillosas funciones, base de nuestro vivir, comprenderéis cuan temerario y cuan necio es derramar en guerras y otras imbecilidades, los tesoros incalculables de nuestra sangre.

***

Hay más aún. Para completar por medio de símbolos el conocimiento de estos prodigios de nuestra organización, poned unos al lado de otros estos billones de células sanguíneas. No os olvidéis de su pequeñez, cada uno no tiene más que siete *micras* de diámetro, pero como son tantos, puestos unos al lado de otros forman un hilito de 180 000 kilómetros de largo, y como la tierra no tiene más que 40 000 de circunferencia, nuestro *hilo de glóbulos* daría cuatro vueltas y media á la tierra.

Os creo relativamente orientados respecto de este extraordinario número, y os perdono otros ejemplos y comparaciones que traigo aquí apuntados, en gracia de una brevedad que ciertamente se burla de mis propósitos.

***

¿Para qué valen y qué función cumplen estas inmensas falanges de hematies?

Aquí lo maravilloso sube de punto.

Todos estos glóbulos contenidos en nuestro sistema vascular é impulsados por las contracciones del corazón circulan con una velocidad portentosa, al extremo de que hacen una revolución total en el organismo en 27 segundos según los curiosos experimentos de Hering y Vierordt. De manera que el glóbulo rojo que tenga yo en este momento en la yugular derecha llega á la yugular izquierda, á través de todo el círculo sanguíneo, en menos de treinta latidos de mi corazón. La función que cumplen llamada por los fisiólogos

Biblioteca de Galicia

oxigenófora es facil de comprender. Ellos son como carretoncitos portadores del oxígeno del aire, algo parecido á esos globos rojos llenos de gas que llevan pendientes de un hilo los niños en el paseo, y que van al pulmón – á los 18 millones de vesículas – á llenarse de oxígeno, el cual acarrearán á todas las partes del cuerpo para producir en toda la trama orgánica el incendio de la vida; para generar en las oxidaciones celulares las calorías que han de transformarse en trabajo mecánico del corazón, secreción de jugo gástrico en el estómago, función secretoria del hígado, trabajo psíquico del cerebro, impulsión contractil del órgano uterino, evaluada en el momento de su acción en más de 40 kilogramos, y en tantos trabajos de la prodigiosa máquina humana, la más perfecta que se conoce, y que genera al día la enorme cifra de 2.275 calorías.

Y aún cuando reputéis pesados mis cálculos tengo precisión de insistir en ellos para que os penetréis bien del maravilloso papel del oxígeno al que llamé Padre Eterno de la vida, y comprendáis luego como la ciencia fué analizando los misterios de la *destronada fuerza vital* que no es otra cosa que una transformación de la *energética,* operada por estos modestos *vectores del oxigeno,* en su movimiento vertiginoso, eterno, infinito. Calculad ahora el valor mecánico de esta fenomenalidad vital, y nuevas cifras vienen á producir la impresión de lo maravilloso. Todos podéis hacer los cálculos. Cada caloría transformada en trabajo equivale 428 kilográmetros, ó hablando otro lenguaje más comprensible, cada caloría efectúa un trabajo mecánico igual al esfuerzo necesario para elevar 428 kilogramos de peso á un metro de altura, ó si queréis de otro modo, el esfuerzo preciso para elevar 4 kilogramos 250 gramos á 100 metros de altura. Como el organismo produce 2.275 calorías por día, el valor mecánico de la fenomenalidad vital de un organismo es igual al esfuerzo, —equivalente mecánico,— de levantar un peso de 966.675 kilogramos á un metro de altura, muy cerca de un millón de kilogramos.

Ya podéis ver lo que mecánicamente vale la máquina humana, y no olvidéis que toda esta inmensa fuerza la desarrolla el oxígeno conducido á la intimidad de los tejidos por aquellos *simpáticos carretoncitos* que tienen siete micras de diámetro.

Tiempo es ya de manifestar con mi sabio tocayo el señor

Biblioteca de Galicia

Rodríguez Carracido, la maravilla que produce en nuestro ánimo el ver de que sencillos procedimientos se vale la Naturaleza para producir resultados portentosos. Con el sencillo medio de la transformación del calor, se operan todas las maravillosas funciones que constituyen la vida. El conocimiento de esta transformación de las fuerzas, conquista la más preciada de la ciencia moderna, nos hace comprender como con el calor necesario para hacer un pocillo de café, hay lo suficiente para elevar á la altura de este techo toneladas de peso.

***

Temeroso de fatigaros y seguramente ya rendido, llego á este punto de mi conferencia recordando lo largo del viaje. Agradecido á vuestra atención y cariñosa benevolencia, procuraré concluir el cuadro que tan difusamente estoy bocetando de la mejor manera que me sea posible. Imposible ultimarlo en una sola conferencia.

Completemos esta parte, sin perjuicio de volver sobre ella manifestando que la alimentación tiene que reintegrar este gasto diario de la máquina orgánica, y de aquí la necesidad de ingerir alimentos en cantidad suficiente para producir 2.800 calorías por día. Se calculan unas 600 calorías más que las precisas al *gasto vital*, y en verdad que este aumento es insignificante pues á poco ejercicio y con más razón efectuando trabajo, la ración alimenticia debe aumentar para generar mayor fuerza mecánica.

***

Estudiando la vida real espanta el ánimo las grandes miserias que rodean al hombre. El antiguo lema de *salux populi suprema lex* parece un sarcasmo. La desconsideración y el abandono en que se tiene el *bien vivir* hacen dudar de que el hombre sea un ser social. En mis excursiones por Galicia he visto cuadros de pauperismo que no puedo borrar de mi imaginación. Viajando por tierras bajas de montaña tuve ocasión de asistir á una gran feria, en que contrastaba la abundancia del ganado, la variedad de los productos y aún la feracidad y hermosura de la campiña, con el enflaquecimiento, el hambre y el aspecto de miseria de las gentes. Acompañado de mis hijas hube de advertirles que llevasen

Biblioteca de Galicia

nota del sinnúmero de mujeres que padecían bocio. Los hombres altos y delgados presentaban huellas evidentes de la pelagra, la escrófula y la tuberculosis. En aquel concurso de la muchedumbre eran visibles los estigmas de degeneración de la raza y el menos avisado podía comprender los extragos de la inanición, de la miseria crónica, del pauperismo.

Acompañado por queridos amigos que nos obsequiaron con exceso de explendidez, realmente mas necesaria para los desdichados de la feria, regresamos á la villa, capital de aquellas montañas, cerca del anochecer. En un camino hondo, al pié de unos robledales, fuimos solicitados para ver una enferma. En una casa de planta baja, verdadera choza, hemos presenciado un tristísimo espectáculo. Aquel hogar componíase de dos piezas, separadas por un tabique; en una la cama de la enferma, la otra, la mayor, era la cocina, rodeada de unas tarimas que debían ser los camastros durante la noche. En el centro una cocina baja con un pote y dos ó tres cazuelas; dos ó tres bancos y una tabla que desempeñaba funciones de mesa. Allí vivían hasta ocho ó diez personas hacinadas en promiscuidad horrorosa, en contacto directo con una mujer tuberculosa, joven pero aventajada, inexpresiva, sin rasgos de su sexo, llena de úlceras y con la columna vertebral partida.

—Es de ustedes esta choza, hube de preguntar.

—Señor, es nuestra y no es, me respondieron.

Son nuestras las paredes, pero no el solar que nos lo cedió el amo; fuimos haciéndola poco á poco y pagamos cuatro duros al año por ella,

Salí del brazo del médico del distrito, conmovido, desesperado, protestando contra todo lo existente, admirando las virtudes modestas de mis pobres compañeros rurales, obligados á ejercer en el seno de tanta miseria.

Dile un disco de metal, una miserable limosna, á una hija de la casa, y avergonzado y confuso reunime á los de la alegre comitiva, y juntos todos penetramos en el pueblo, donde otros amigos nos esperaban.

No recuerdo bien lo que hablé aquella noche con mis obsequiantes, pero seguro estoy de que no serían rosicleres. Escribí á un distinguido periodista de Madrid que me dispensó el honor de publicar mis impresiones en un periódico de gran circulación. Nuestro ilustrado paisano D. Alfredo Vincenti defendía á la sazón con valiosas razones la emigra-

Biblioteca de Galicia

ción gallega, á él me dirigí aplaudiendo sus razones y añadiendo alguna de mi coseha.

En aquel pueblo en que me encontraba había hermosos edificios públicos, uno de ellos un grupo escolar, construido con subvención del Estado, á la moderna, pero sin cristales, sin tejas, sin ventanas, casi sin puertas. Lo consignado para gastos de material no se empleaba; acaso en la Coruña me podrían dar razón del personaje ó cacique que distraia aquellos fondos.

Hablando, hablando, hubimos de convenir, ya muy á última hora, que en presencia de tales horrores y miserias, no tenia nada de extraño que hubiese personas humanitarias que invocando las leyes de humanidad y progreso, pensasen en la intervención de otros pueblos y naciones llamados á gobernarnos.

***

Pero se dirá que solo en las montañas pueden ocurrir tales escenas. En una población culta, caritativa y humanitaria como la Coruña no puede suceder esto.

En efecto no puede suceder..... es peor, muchísimo peor lo que ocurre. En la montaña al menos tienen aire y luz, en la ciudad ni con eso cuentan. Las habitaciones son lóbregas, húmedas, insalubres. Yo no tengo tiempo para entretenerme en descripciones, ni quiero emocionaros ni emocionarme, pero algo, muy poco, debo deciros del hogar de los pobres de la Coruña.

Recordaré algún caso, entre los muchos que podría escoger. En una habitación de unas cuantas varas cuadradas, hay una alcoba, cuya cama la ocupa totalmente, al extremo de pasar con gran dificultad una persona al gabinete contiguo En ésta yace un cadáver, alumbrado por una vela de sebo, puesta sobre un banco. Vela aquel cadáver un descamisado, aterido de frío, áspero, agrio de carácter y condición, pero único amigo que resta en aquella triste morada del silencio. Un intelectual, un gran cerebro, un vencido en la lucha por la vida, cuasi agoniza en la cama de la alcoba. Su compañera vencida por la miseria crónica, reposa ya, á él réstanle muy pocos días, acaso muy pocas horas de sufrimiento.

Por una inadvertencia, que no es del caso explicar, había dejado yo de ir á aquella casa unos cuantos días. Cuan-

Biblioteca de Galicia

do llegué con mis hijas á remediar en lo posible tales horrores era ya tarde. La compañera dulce y amorosa, humilde y resignada, había fallecido, su esposo agonizaba, el anarquista nos recibió furioso protestando con razón contra la limosna tardía. No había fuego, ni caldo, ni leche, ni café, ni casi luz. En medio de aquella desolación —que no quiero detallar por no emocionarme,—ordenóse lo posible, sacamos el cadáver por encima de aquella cama—no había otro sitio —y mi querido amigo abrazóse fuertemente á la caja. Un desvanecimiento facilitónos la captura del ataud, que el anarquista y yo depositamos en el carro mortuorio.

Partió éste guiado por el conductor y acompañado por aquel solo amigo, yo volví al lado del agonizante para prodigarle mis consuelos y realizar la *mala obra* de hacerle vivir algunos días más.

***

A los que pudieran creer exagerados estos cuadros de miseria debo añadirles que hace muy pocos días me negué terminantemente á prestar asistencia á una joven tuberculosa que habita en una infame habitación de la calle del Socorro (1) Entre los oyentes hay un gran amigo mío que está enterado de mis protestas contra la habitación de esta pobre enferma, al extremo de ofrecerle asistirla y curarla en el caso de cambiar de habitación, encargándose mi amigo de pagar la renta de la nueva casa. No pude conseguir que se trasladase, y dejé de verla, pues lo mejor es que se muera pronto para ahorrar incurables sufrimientos.

Y es, señores, que dadas las construcciones de estas casas, su orientación, humedad, falta de aire y luz, la vida y la salud son imposibles. Para curar la tuberculosis la primera condición es el uso y el abuso del aire, como dijo un higienista, la luz, el reposo físico y moral y una abundante y sana alimentación.

Faltan en nuestra ciudad plazas y jardines, verdaderos pulmones de las urbes, y las casas, señaladamente las de los pobres, son verdaderas madrigueras.

Los gérmenes de las enfermedades, por estas razones permanecen estacionados años y años en las viviendas. Yo pudiera citaros alguna casa, por cierto en la calle Real, don-

(1) En esta casa se han tuberculizado ya otras dos personas.

Biblioteca de Galicia

de he asistido en familia distinta un nuevo caso de croup, después de dos años pasados de haber asistido otro, en la misma habitación pero a familia distinta.

Y no hay que fiarse no de las desinfecciones, que si de algo valen no lo son todo, pues hoy mismo se discute si el formol—que de tanta fama ha gozado—vale ó no vale para matar los gérmenes tuberculosos.

Otras son las condiciones de la preservación tuberculosa, y la más importante de todas es una vivienda racional que reuna las condiciones de ventilación y luz, indispensables para la vida.

Por esto á razón de nuestros grandes desastres coloniales, en 1898, cuando se dijo que vendría á bombardear á la Coruña la escuadra americana de Watson, yo he sentido mucho que el anunciado bombardeo no se efectuase, pues hoy contaríamos con una población bien construida y orientada, de casas modernas, en las que fuera posible la vida razonable.

***

Agobia el espíritu considerar la vida individual y social bajo el triste aspecto de nuestra profesión. En lo privado como en lo público el médico muévese siempre en el horizonte del dolor. Misión terrible esta misión de acercarse á todos los infortunios, defender la vida, curar la enfermedad ó en su defecto aliviarla Fatigados y rendidos por el calvario de nuestro sacerdocio tenemos los médicos el deber de sondar todas las miserias y consolar todas las desdichas.

Preciso será que en la sociedad futura se haga justicia á la misión sobrehumana del médico, y se organice la vida pública y privada atendiendo á sus nobles y desinteresados consejos. El estudio de la higiene pública en su relación con la lucha antituberculosa no puede ser más que ligeramente esbozado en esta conferencia. La base de que precisamos partir es la del contagio tuberculoso. Así como un loco hace ciento, un esputo de un tuberculoso hace diez mil.

En los lugares de asilación temporal ó permanente, en las escuelas, en los hospitales, es indispensable declarar la guerra á muerte al esputo é imponer por medio de leyes penales, si es preciso, el uso de la escupidera.

Yo cuando veo por esas calles discurrir los tísicos espectorando por todas partes recuerdo involuntariamente el es-

Biblioteca de Galicia

panto que producen las bombas de dinamita, sin duda por que hacen mucho ruido, y el ninguno que ocasiona un esputo tuberculoso, imponderablemente más peligroso.

En las escuelas, en los tranvías, cafés, casinos y en las calles debe haber escupideras. Debe haberlas también individuales de bolsillo aún cuando otros patrocinan los pañuelos de papel.

En algunas iglesias de Italia úsanse pilas de agua bendita Delpiaz en que cae el agua gota á gota y no se estanca infectándose; vénse también letreros en que se dice: «No escupáis en el suelo, respetad la casa del Señor». En otros paises se aconseja no besar á las imágenes. En los Estados Unidos se castiga con fuertes multas á los que escupen en el suelo, y en Alemania y otras poblaciones europeas hay escupideras en las calles y no es posible encontrar ni la más insignificante suciedad en las aceras.

De nuestro país desgraciadamente no podemos hablar, la crítica sería interminable. Lo poco que hay es pésimo; preciso es destruirlo y empezar todo de nuevo.

***

Recuerdo en este momento mi vida escolar y á mi sabio maestro, á quien el país no hizo aún justicia, D. Maximino Teijeiro.

Hombre de gran sentido progresivo, siempre al día del último adelanto, y de una conciencia ejemplar, dispúsose á dejar la clínica médica que enseñaba por efecto de no poder hacer prácticas sus doctrinas en aquella desdichadísima sala de Santiago, donde todo catarroso que entraba se hacía tísico á los pocos días. Realmente aquello era infame, no se como sigue hoy, pero entonces no había ni la más insignificante condición higiénica. Recuerdo una manifestación que hicieron un día los enfermos enseñándonos á los alumnos los alimentos de una ó dos comidas: todo eran huesos y piltrafas: un curso de osteología. Maximino que tuvo siempre la visión clara y evidente de la Higiene, anticipándose en mucho á su época, sentía fundados remordimientos al sustentar la curabilidad de la tuberculosis, por simples medios higidos, y ver como se morían todos en aquella sala sepulcral donde no había ni aire, ni luz, ni alimentación apropiada. Costónos mucho trabajo convencer al gran clínico del deber en que

Biblioteca de Galicia

estaba de continuar dándonos sus sabias lecciones, aun cuando por desgracia fuesen meramente teóricas.

Basta con esta muestra, y pudieran ponerse á cientos análogas y peores, para comprender como andamos de higiene en nuestros hospitales y demás casas de asilación.

***

Un aspecto del contagio tuberculoso que hace relación á la solidaridad social debo exponer brevemente sin perjuicio de ampliarlo en conferencias sucesivas.

Hemos dicho que la tuberculosis es escuela obligada del pauperismo; pues bien, reflexionen las clases privilegiadas y directoras, las que viven en la riqueza y el *confort,* que no bastan sus comodidades ni su buen vivir para desterrar la plaga tuberculosa. Hay que extinguir la miseria, foco principal del mal, hacer la vida sana de las clases pobres, alimentarlas, vigorizarlas é instruirlas. Ellas devolverán á la sociedad en trabajo y adelanto, en vida útil y alegre, los bienes que la sociedad debe prodigarles, no por caridad y altruismo, sino por un sentido positivo y utilitario de la vida real. El pobre, el desdichado, el tuberculoso, dan de lo que tienen: locos y avariciosos, además de inhumanos, serán los ricos, si no ven claro cuanto interesa esto á su egoismo.

***

A través del largo viaje de esta conferencia, temeroso de fatigaros, preciso es que termine concretando las proposiciones dichas al principio.

La ilustrada clase médica de la Coruña, hace años que viene gestionando con ahinco la defensa antituberculosa. Los Sres. Fraga, Gomar y Alfeirán, el Colegio Médico y la Academia de Medicina, realizan acertadas gestiones para llevar á la práctica la constitución de la Liga antituberculosa y un Dispensario. Las autoridades han cooperado eficazmente y la Diputación provincial ofreció 5.000 pesetas, y los terrenos y plano para el Dispensario el Ayuntamiento. Tal es el estado actual en que se encuentra el problema en nuestra población. Pero como dije al principio con ser todo esto muy plausible no es suficiente. Es necesario abarcar el problema en todas sus fases, tener en cuenta el obligado enlace que unas tienen con otras y concebir y realizar el proyecto en su indispensable unidad.

Biblioteca de Galicia

Hay que organizar la beneficencia domiciliaria, llevar á la práctica la construcción del Dispensario y recabar fondos para crear lo más pronto posible un sanatorio pequeño, tipo Legendre, ó mejor uno mediano, modelo suizo, Schwendi.

***

Sabe muy bien el Sr. Argudín, dignísimo presidente de esta Sociedad de Artesanos, que no es esta la primera vez que yo hago gestiones para organizar la beneficencia en la Coruña. Obstáculos variados que nunca faltan para realizar empresas altruistas, impidieron hace años llevar á la práctica la organización, y eso que las dificultades derívanse casi siempre de la pereza y falta de voluntad, más bien que de la carencia de medios, pues la Coruña, ciudad eminentemente caritativa, tiénelos sobrados, en cuanto cuente con inteligente y enérgica dirección. De un modo expontáneo, sin extraños requerimientos ni formar comisiones—por las que siento verdadero terror—los vecinos de San Andrés asociáronse para socorrer dignamente á un matrimonio valetudinario. El relojero Sr. Lorman, mi vecino, me dió un recibo de dos pesetas firmado por nuestro convecino el Sr. Cabanas Agudín. A los pocos meses, el recibo ya no importaba más que una peseta, pues uno de los cónyuges había muerto, y entendían suficiente la nueva cuota para atender al superviviente. ¡Qué sencilla y hermosa esta expontánea asociación, que podríamos llamar Bolsa de socorro vecinal, funcionando sin comisiones, ni reglamentos, ni reuniones previas!

Pues bien, á esto iremos, sea por el camino que quiera, pero estad seguros que iremos con el ramo de oliva ofreciendo la paz, la caridad y el amor á todos, considerando que ante las leyes naturales somos iguales, y todos nos debemos mútuo apoyo y protección, en una sacrosanta tolerancia que concibe las más opuestas opiniones, comprendidas en el amor al prójimo.

Adelantadas las gestiones para edificar el Dispensario, centro científico de información, á donde pensamos acudir todos en demanda de consejos científicos y prácticos para combatir la tuberculosis, réstanos discurrir respecto del sanatorio, creación la más útil y la más práctica de la triada antituberculosa.

Porque si en los barrios humildes el socorro benéfico, llevado oportuna y discretamente puede vestir al desnudo y

Biblioteca de Galicia

dar de comer al hambriento pero no puede proveer á los indigentes, ni de luz, ni de aire puro, bases capitales de la curación de la tisis, ni tampoco puede darle alimento sano y abundante, bien preparado y adecuado á las condiciones del caso. Todo esto y mucho más que esto encuentra el desvalido en el sanatorio, donde una dirección inteligente y enérgica crea la fé en la curación, y en donde los medios cósmicos bien manejados, y la *alegría de vivir, el confort,* el reposo del espíritu, el sosiego de tener atendidos y socorridos los suyos, consiguen reanimar el alma y el cuerpo de los rendidos por el trabajo, mordidos por la miseria y azotados por la tuberculosis. Todo esto y mucho más que esto realizan los sanatorios—de que en otra conferencia nos ocuparemos—y todo esto es preciso llevarlo á la práctica en la Coruña si realmente vamos á hacer algo serio y trascendente en contra de la tuberculosis.

Yo os pondré el ejemplo de lo ocurrido con el sanatorio Schwendi. Los habitantes de Berna quisieron conmemorar dignamente el séptimo centenario de la fundación de la ciudad. Para ello acordaron establecer un centro filantrópico durable, tropezando con el inconveniente de que costaba 150.000 francos, un Sanatorio para 50 camas.

En 14 de Agosto de 1894 pusieron la primera piedra y el 15 de Agosto de 1895 recibían los primeros enfermos. ¿Cómo realizaron el milagro?

Pues muy sencillo, como diría Aristóteles, moviéndose, haciéndolo. Se reunió un comité que emitió acciones por valor de 100 francos que no devengaron interés alguno, á no ser el derecho concedido á los suscriptores de designar los enfermos que han de admitirse en el sanatorio.

Estas acciones no eran reembolsables más que en el caso de que no llegara á funcionar la fundación que á los seis meses de establecida había recibido 110 enfermos. A esta suscripción, contribuyeron 259 particulares, 34 iglesias parroquiales, 17 logias masónicas y 35 cajas de ahorro, disponiendo al año de fundarse de 181.336 francos. ¡Hermoso ejemplo de cultura y tolerancia, dada por la simpar Suiza, y que seguramente algún día hemos de imitar en nuestra Suiza española!

Yo creeo entrever sonrisas excépticas y críticas de sentido práctico, para entibiar estas nobles emulaciones; adivino las objecciones y saboreo de antemano las censuras, pero que

Biblioteca de Galicia

importa, yo voy noble y valientemente á la opinión á definirle mis propósitos, yo recorreré toda Galicia predicando la buena nueva, yo constituiré la sociedad de accionistas, y á todas partes llevaré mi libro para inscribir suscriptores.

Considero un verdadero crimen no luchar por este noble empeño de curar los tuberculosos porque bueno es decirlo muy alto y repetirlo mil y mil veces, para que la sociedad se penetre bien de sus deberes, los tuberculosos se curan con luz y aire, reposo y buena alimentación.

Tengo al presente cuatro señoras tísicas, alguna bien conocida en esta población—y cito mujeres, porque menos viciosas, curan mejor que los hombres—las cuales van camino de una curación segura, como entre otras cosas lo acredita la desaparición de los bacilos en el esputo. Y estas curaciones consíguense sin medicamentos, sin acudir para nada á la botica.

Preséntase ahora una ocasión propicia con las fiestas del centenario del Quijote; pues bien, señores realicemos la *hermosa quijotada* de reunir 150.000 pesetas para un Sanatorio. No alcanzo conmemoración más digna para honrar la memoria de aquel idealista soñador, desfacedor de agravios, enderezador de entuertos y protector de desvalidos y menesterosos.

Releguemos al noble archivo de la noble caballería andante, el lanzón y la adarga del héroe manchego, y tomemos de las buenas y malas andanzas del maltrecho caballero, aquel alto ideal de su fortísimo ánimo, alentador de toda empresa noble y desinteresada, sin el cual la realidad no puede tener vida, ni la humanidad alientos y esperanzas.

Seamos idealistas y soñadores como nuestro héroe pero seamos también como él animosos, fortísimos y desinteresados, para socorrer á los desvalidos y menesterosos.

He dicho.

Biblioteca de Galicia

LAS BELLAS ARTES Y LA MEDICINA

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

ACADEMIA PROVINCIAL DE BELLAS ARTES

LAS BELLAS ARTES Y LA MEDICINA

Conferencia dada en la Academia de Bellas Artes de La Coruña

El 26 de Marzo de 1905

POR

D. EMILIO FRAGA

LA CORUÑA

Establecimiento tipográfico de «La Voz de Galicia»
Calle de Santiago, núm. 1.—Teléfono, 5

1905

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Señoras y Señores:

Emoción y canas, son dos cosas que no se compaginan bien, porque suponen las segundas ausencia de la primera, por lo menos de aquella tan propia de la juvenil edad, tan necesaria y tan hermosa, que hace escuchar con delectación, á aquel que tímidamente empieza y nos obliga á contemplarle con compasiva benevolencia. Pero por extraño anacronismo en el orden de los años y de los sucesos de la vida, hay seres á los cuales esta emoción y timidez acompaña desde la cuna, sin que la blancura de los cabellos traiga en pos de sí la disminución de la facultad emotiva, estableciéndose por la ley del hábito la cesación de esos espasmos temerosos, de esa vergonzosa timidez, que tan bien sienta en los pocos años y que en los muchos, se puede calificar hasta con el ridículo nombre de sensiblería senil. Ello sucede asi y basta un solo caso para que se compadezca á quien tal afecto padece, en gracia de la franqueza con que lo dice.

En este mismo recinto, por boca de una ilustre dama, escritora insigne á quien admiro... de lejos, como tiene que admirar el que tan lejos se halla del arte de la intelectualidad; de sus labios repito, escuché, que entre la oratoria y la lectura hay ó existe la diferencia á favor de esta última de que, asemejándose á un espejo el blanco papel, devuelve en forma tangible la imagen de lo que se piensa y se escribe, imagen

Biblioteca de Galicia

que nacida en el cerebro del orador al improvisar, se desvanece tan rapidamente como ha sido pronunciada, á no ser que el genio creador que la forjó, la grabe de modo perenne en el oido de su auditorio.

Yo no se si lo habré expresado tan exactamente como la eximia escritora lo dijo, pero baste á mi objeto el fondo del pensamiento para justificar el porqué esta, (que no se si me atreva á llamar conferencia) es leída en vez de ser pronunciada, sin apelar para disculparme á el extremo de demostrar que no soy orador, ni que me es más facil escribir que hablar, porque de este modo pienso mejor lo que digo, cuando el papel me devuelve aquellas frases reveladoras de los conceptos que en él estampé. ¡No! Me basta para mi defensa, imitar á quien vale más que yo, y esta es una razón por la cual hoy no hay improvisado discurso, amén de la otra, de la verdadera que ya habréis adivinado. Ocultar tras las cuartillas este rubor anacrónico y esa timidez que harto bien justificada se halla al someterme á la crítica de tan ilustrado censor. Permitidme pues ocultarme tras el papel, buscando en la mecánica ocupación de fijar los ojos en las líneas en él trazadas, el sostenimiento necesario para acometer la ruda tarea de fatigar vuestra atención. Permitid pues á mis ojos que no admiren tanta belleza como tienen delante, pues su contemplación pudiera distraerme y entonces si que no bastaría toda vuestra cortesía más exquisita, para atenuar ante mí mismo tan enormísima falta.

Son las Bellas Artes, expansión necesaria del humano espíritu, consolador refugio de las aflicciones, manantial perenne de goces purísimos, síntesis de aspiraciones ocultas, fuente de conocimientos inagotable, poderosísimo recurso terapéutico; y armónico conjunto, compenetración íntima de los elementos que las integran en fusión perfectísima de las dos palabras, de los dos conceptos que forman su denominación: arte y bella; colección de reglas para hacer bien una cosa, máquina maravillosa, desarrollo del ingenio sobreponiéndose al ejercicio material para hacer resaltar la hermosura, la perfección, la divinidad, la belleza. Ante la magia de sus poderosos encantos, el cerebro más rudimentario esperimenta sensaciones indefinibles de bienestar, que la grosera materia traduce en manifestaciones de primitiva rudeza y la intelectualidad más refinada saborea con espasmos de sibarítico goce, igualándose por la semejanza de esta beatitud ine-

Biblioteca de Galicia

fable, aquellos dos seres tan semejantes en la forma pero tan desemejantes en el fondo. Tempestades internas, tanto más tremendas cuanto más ocultas, aplácanse como tocadas por el famoso «Quos ego» que lo mismo puede ser elocuente frase, como busto plástico, como sonido armonioso, como estremecimiento de escalofrío que corre por la columna vertebral, haciendo á la vibrante médula partícipe del espasmo cerebral que lo bello engendra. ¿Qué más? La vida entera de las naciones, los períodos históricamente convulsivos de una humanidad que prescinde del gusto ó lo recobra por las manifestaciones externas de la belleza, se cambia, se modifica, se señala, por esas etapas gigantescas llamadas edad de hierro, siglo de oro, renacimiento ó revolución. No de otro modo acaeció en el siglo III antes de J. C. en que, intrigado un emperador chino por la defensa de su país, emporio entonces de la cultura y civilización, intentó hacer de aquella generación de intelectuales, una de guerreros para que se opusieran con energía á la invasión tártara; y no halló medio mejor para conseguir su objeto que reducir á cenizas todos los libros, menos los que trataban de historia, *medicina*, y agricultura, destruyendo en un solo instante sin más razón que la de su voluntad, tesoros literarios acumulados por la paciencia y el talento de tantos hombres. Medida brutal, antiestética, bárbara, pero grande en medio de su rudeza, por cuanto conservó ó mandó conservar todo lo referente á la medicina estimándola como arte utilitaria al par de la agricultura, sin comprender, sin saber, que allí, en aquellos papiros, en aquellos pergaminos, el genio del hombre irradiado de la divinidad escondía tras los vulgares preceptos de la curación de las enfermedades, verdaderos tesoros de ciencia artísticamente previsora. Tal es el carácter de la nobilísima profesión médica que puede desarrollar los principios fijos é inmutables de que se deriva toda ciencia, teniendo el arte de ocultarlos enseñándolos, arte la más encantadora y bella de todas, porque nos deja ver la naturaleza unas veces en toda su desnudez y otras dejándola adivinar, pues son tan íntimos, tan profundos sus misterios, que por medio de esos gigantes con pies de arcilla llamados hipótesis, se llega al esclarecimiento de lo escondido, al conocimiento de la causa íntima, base necesaria para que la ciencia y el arte se fusionen intrínsecamente, produciendo la inmensa satisfacción del espíritu, la suma belleza; el conocimiento de la verdad.

Biblioteca de Galicia

Si de la China pasamos al Egipto, bastará fijarnos en su organización en castas, para comprender que también existían en amigable consorcio al par de las más bellas manifestaciones del arte arquitectónico, traducidas en grandiosas pirámides, colosales esfinges y templos inmensos; al par de la perfectibilidad artística de sus agricultores y del ímpetu avasallador de sus guerreros; el profundo simbolismo de sus sacerdotes, que asumiendo en su clase la profundidad y vastitud de los conocimientos científicos de entonces, eran los que imprimían caracter al desarrollo de las bellas artes, siendo al propio tiempo tan consumados artistas que ocultaban bajo un signo ideográfico toda una colección de ideas. Sus papiros médicos, sus conjuros astronómicos tenían fuerza tan inmensa de sugestión sobre el pueblo, que éste los conceptuaba como dispensadores á su antojo del necesario riego para los campos fertilizados por el sagrado Nilo. Y á tal llegó su prestigiosa habilidad artística, que concibieron la idea de sustraer al cuerpo humano de la descomposición, embalsamándolo; con lo cual satisfacían dos aspiraciones: una higiénicamente grandiosa impidiendo la putrefacción, peligrosísima en un clima tan cálido; y otra de carácter más grande todavía, la del profundo respeto, de veneración á los restos de las personas que fueron amadas por los suyos y que merced á la habilidad manual, al arte de los hombres de ciencia, podían seguir siendo recordados, contemplados ó admirados por los indivíduos de la familia. El arte decorativo, venía luego con sus pormenores de aderezo, pintura y dorado, á dar mayor realce, mayor cantidad de belleza á las operaciones practicadas muchas veces con tan sencillo instrumental como una simple piedra cortante de Etiopia. ¡Imaginad ahora con que hermosa previsión, no solo acometieron la árdua empresa de evitar que los cadáveres insepultos se corrompieran, sino que hasta llegaron á conseguir que los de los animales domésticos, no fueran abandonados y constituyeran peligrosísimos focos de infección! No cabe llegar á más en punto á arte los hombres de ciencia. ¡Hacer agradable la presencia de la muerte que hoy nos inspira tan religioso temor!

Venid ahora á Grecia y decidme si el pueblo que escogitó la escultura como el arte más real y más apropiado para mostrar ante los ojos el cuerpo humano, cultivando dicho arte hasta la perfección, marcando una época denominada

Biblioteca de Galicia

genio antiguo; no nos revela de manera indubitable que los médicos que tenían la misión de conservar la salud ó de restablecerla, eran artistas, y artistas más directamente llamados á no descuidar la perfectibilidad del detalle y la más exquisita corrección en sus procederes; y por ende á desempeñar el bellísimo papel de preservadores de cualquiera enfermedad que alterar pudiera las armónicas líneas del conjunto vital. Clima el de la Grecia llamado el clima de los Dioses por sus admirables condiciones topográficas y geográficas, tenía que traer en pos de sí ó como consecuencia forzosa, la exquisita perfección de la raza con la admirable proporción estatuaria de todas las partes del cuerpo humano. Y los médicos griegos, tanto los Asclepiades como los Laicos, artistas ante todo por temperamento y educación, no tan solo cuidaban de que este cuerpo fuera correcto en sus líneas y modelado en sus curvas (como modeladas eran las costas que besaban las ondulantes olas del Tirreno); desarrollados sus músculos, ágiles sus movimientos, airosos en sus ademanes y gallardos en sus actitudes; sino que tras la belleza del cuerpo, pensaban sin cesar en conseguir la belleza anímica, la hermosura del espíritu, la perfección del alma. Finos é ingeniosos no hubo entre ellos ni haraganes ni desocupados; no hubo más que escolares que deseando siempre saber y aprender más, aprender mucho y bien, aprender siempre; llegaron al grado de perfección que hoy nos hace citarlos como modelos, y en sus exquisiteces y refinamientos se atrevieron á sostener que el dolor no era un mal, sino un accidente, que debe evitarse, que debe combatirse, que debe desterrarse, no vacilando en burlarse de la peste y de la fiebre por medio de irónicos elogios. Su ideal fué hacer los cuerpos más fuertes y más sanos para hacerlos más bellos, comprendiendo que la verdadera belleza está en la salud. Nada de ropas (antiestéticas como las actuales) que dificulten los movimientos y que en cualquiera de ellos que el cuerpo ejecutase dejaban adivinar el hermoso desnudo. ¿Queréis más comodidad y perfección higiénica? Así los griegos fueron marinos y soldados sin aprendizage casi, y educados en los amplios gimnasios, sometidos á ejercicios metódicos corporales en los cuales tomaban parte ambos sexos sin alarmas justificadas del pudor, llegaron hasta la esperanza de la supervivencia en sus hijos, hijos sanos, fuertes y robustos, satisfaciéndose aún en la muerte, con la esperanza de pensar en el presente sintetizado en ellos, al

Biblioteca de Galicia

abandonar la vida. Asi es facil explicarse la carcajada de desprecio con que acogieron los soldados de Agesilao el aspecto de las carnes de los afeminados Persas, sus enemigos. Asi se explica la concisión admirable y el valor heroico de Leonidas con sus trescientos espartanos: así se comprende su agudeza intelectual, su grandeza en todos los ramos del saber, el respeto á los ancianos, la veneración á los maestros, su culto por la mujer, las luchas filosóficas entre Tales de Mileto y Pitágoras, las ingeniosas astucias de Ulises, el arte sintético de Hipócrates y el inmortal genio de Homero. ¿Qué mucho que en aquella época de cultura exquisita, hasta las cortesanas unieran á los encantos de su cuerpo, el agradabilísimo de su instructiva conversación? Pues todo esto no es solo el resultado del clima, de la raza, de la educación y de las costumbres: es el influjo especial de la sensación y del amor á la belleza de la forma, de la cual ellos hacían emanar la belleza espiritual que encanta de manera más sublime que la primera, por deslumbradora que se presente ante los ojos.

Gimnasio y termas: hé aquí los dos polos capitales en que se apoyaron los médicos griegos para conseguir su objeto de preservar la salud y curar las enfermedades. Aire libre y puro por todas partes, desarrollo muscular por medio del ejercicio, que llegó á la perfección en las actitudes, movimientos y hasta en los gestos: gimnasios dirigidos por médicos como profundos conocedores del papel importante que juega cada músculo y cada órgano en la economía: artistas pues eruditísimos que no solo tendían á copiar del natural, á imitar, sino hasta á crear; porque creación es, hacer de delgadas fibras de hacecillos, conjunto sólido de masa muscular que soporte peso bastante y desarrolle fuerza necesaria para luchar, para vencer. Y no se paraban solo en detalles de grupos musculares groseros, puesto que Alcmeon se dedicó á investigaciones minuciosas de anatomía comparada, desarrollando acerca del sueño una brillante teoría y siendo el descubridor de la trompa de Eustaquio. Sencillos purgantes, salvadoras sangrías, quietud y reposo convenientes, masage metódico, y baños, muchos baños, constituyen la base de su sencilla terapéutica, tanto más bella, cuanto más sencilla; tanto más artística, cuanto más natural. El estudio se hacía entonces paseando, en lugar de encerrarse en claustros ó salas cerradas en las cuales la aglomeración de muchachos es perjudicial, máxime cuando los tales locales carecen de

Biblioteca de Galicia

luz y ventilación suficiente. Así no eran de temer ni corvaduras viciosas de la columna vertebral, ni miopias, ni hipermetropias precursoras de glaucomas en más avanzada edad; y la atención de los escolares no se distraía con el vuelo de las moscas ó con el rayo de sol que juega delante de los libros de estudio: antes bien, delante de aquella naturaleza feraz, pródiga, hermosa, las palabras de los maestros se incrustaban en el cerebro de los discípulos como las facetas de diamante se engastan en una sortija para deslumbrar, cuando las hiere la luz con sus rayos. Aceites perfumados para dar elasticidad á las articulaciones y frecuentísimas abluciones impuestas sobre todo como preservativo de las heridas causadas en los Dicteriones ó en el frecuente y íntimo trato de las hetarias; revelan que no descuidaron ninguna especialidad.

Abandonemos el campo de la ciencia histórica, porque esta maestra de verdades, nos puede poner como ejemplo el de aquel sabio legislador que prohibió severamente toda cultura intelectual, procurando y consiguiendo restituir las costumbres á la sencillez primitiva; pero aparte de que con esta medida se igualó al emperador chino antes citado, entendemos que fué tomada precisamente porque el exceso de cultura, el apasionamiento por las discusiones filosóficas, hizo caer en el frívolo defecto del pensamiento sofista: aparte de que la corrupción de las costumbres como la corrupción del organismo, viene del exceso de saturación, digámoslo así; acaso del ansia infinita de quien sabiendo mucho, quiere saber más, para no dejar de saber, comprender y gozar todo, extraviándose tal vez en el camino que debe seguir esta aspiración incesante del alma humana. Figemos nuestra atención en que este sabio legislador, no abolió más que la cultura intelectual por lo que afectar podía á la perversión, á los extravíos del entendimiento; pero dejó las Bellas Artes para que siguiendo presente ante los ojos de los ciudadanos la belleza de la forma, se inspiraran en el ideal del amor al país y de la defensa del territorio: dejó los gimnasios, las termas, los médicos, y médico higienista inimitable, se dedicó á conseguir cuerpos robustos para que la inteligencia lo fuera también; trató á la corrupción por la sencillez y estimó, como profundísimo pensador que era y tal vez inspirándose en los divinos oráculos de Lelfos; que el cuerpo sano engendra la mayor de las bellezas: la inteligencia sana.

Biblioteca de Galicia

¿Pero, he hablado de abandonar á la historia, esa soberbia matrona, rodeada de todos los esplendores y á la orden de la cual, á cuya disposición están todas, absolutamente todas las ciencias, y que sirve de recopilación inmensa á todas las artes, bellas, industriales, útiles y liberales? ¿Y acaso podemos? ¿Nos esta permitido á nosotros cuyo porvenir se presenta nebuloso é incierto dada la velocidad de la vida, hacer otra cosa más que despreciar el fugaz presente y refugiarnos en los recuerdos del pasado, procurando por medio de convencionalismos en que la memoria imaginativa toma importante parte, hacer más melancólicas y más apagadas las tristezas y más encantadoras las escasas alegrías de que hayamos podido disfrutar? En manera alguna: no podemos y no podré olvidar, como la historia no puede dejar en el olvido los nombres de Esculapio, Pitágoras, los Periodeutes, que con sus frecuentes viajes vulgarizan y difusionan los preceptos del arte médico: el del padre de la medicina, el gran Hipócrates, el segundo, el llamado por antonomasia *El Anciano de Cos*, que fué profundo en todo, en ciencias y en artes y que hijo de sabio llegó á la madurez de su juicio con un bagaje científico y artístico fruto de la herencia y del estudio, es cierto; pero fruto también del medio ambiente en que vivió. Genio organizador que reunió todos los materiales dispersos entre los sacerdotes, los ginnasiarcas, los periodentes, los filósofos y los prácticos; se dedicó al arte meritísimo de coleccionar reglas para de ellas elevarse al conocimiento de los principios que son la esencia de toda ciencia. Combatió vigorosamente á los sofistas, reintegrando á la medicina toda su independencia, separándola de la falsa filosofía, no de la filosofía entera, y buscando en ella y por medio de ella la verdadera, abriendo ancha vía á la observación reposada y juiciosa dedicada al estudio de los hechos que veía, de los detalles numerosos á que tuvo ocasión de descender para estudiar mejor, adquiriendo de esta manera la seguridad del hábito que constituye el sunmun de la perfección artística. Tras él, viene el Galeno, su ampliador, su comentador, el restaurador de su doctrina, con sus indicaciones tomadas de la enfermedad, del enfermo, del medio ambiente y abarcando con su genio indiscutible el dominio de las ciencias, concretándolo, fijándolo de manera preferente en el arte médico. Así construyó el eminente práctico de Pergamo el vasto monumento intelectual que á través de los siglos se

Biblioteca de Galicia

impone por su grandiosidad y del cual dan cuenta sus quinientos tratados sobre medicina, mas los doscientos cincuenta sobre historia, filosofía, retórica, etc. Criticado por sus opiniones acerca de los remedios en los cuales por consecuencia de su genio artístico veía algo más que el simple efecto medicamentoso; llegó al extremo de personificarlos, dándoles en cierto modo una vida propia, para con ella oponerse á las alteraciones producidas por la enfermedad. Y como no es mi ánimo trazar aquí una historia de la medicina, permitidme, que abra un largo paréntesis, de siglos, pasando rápidamente sobre nombres tan prestigiados como los de Oribasio, Alejandro de Tralles, Pablo de Egina notabilísimo por sus operaciones quirúrgicas, Almotassen y Almamun, Avicena y Abulcasis, Averrhoes y Avenzoar, españoles-árabes, los Salernitanos, Platero, Andrés Vesalio y tantos otros; para llegar á Ambrosio Paré, el inmortal cirujano, el caritativo hombre de ciencia que no pudo dormir cuando después de un asalto á un fuerte se arriesgó á curar los numerosos heridos de arcabuz, que hubo, usando tan sólo un simple ungüento digestivo, concluyendo así con la bárbara costumbre del aceite hirviendo y bendiciendo á Dios por el feliz resultado que tuvo su atrevimiento que le permitió de allí en adelante no martirizar tan cruelmente (son sus palabras) á los pobres heridos por arma de fuego: al hombre de ciencia enamorado de su arte, tan amante de hacer el bien á ricos y á pobres, que lo mismo intentaba atrevimientos quirúrgicos en la persona del poderoso duque de Guisa; que servía de médico, cirujano, cocinero y hermano cariñoso al mísero soldado de Rohan que abandonado por sus compañeros que para él habían abierto ya la fosa, fué restituido á la vida por efecto de los cuidados del que desde los 17 años se dedicó á ejercer tan noblemente y de manera tan bella su profesión; del confidente y guardador de tantos y tan hondos secretos, del consejero de reyes, del eruditísimo escritor, del irreconciliable hugonote, del amigo de Calvino, es cierto; pero á la par tan grande artista y tan modesto, que sintetizó en frase inolvidable todos los tesoros de su ciencia, diseminados en sus numerosas obras y todos los primores de su arte manual; frase que es la expresión de la sencillez artística más bella. ¡Yo lo cuidé, Dios lo curó!

No creais, por Dios, que esta larga y quizás para vosotros pesadísima enumeración de nombres es vano alarde de eru-

Biblioteca de Galicia

dición más ó menos prestada y propia del momento y la ocasión. No. Es necesaria labor para poder decir tras el escudo, tras la egida de nombres tan augustos, (como que han sido esculpidos con letras de oro en el libro inmortal de la historia) que tras esos cien y cien nombres que figuran en sus páginas, hay mil y mil más, que no merecieron este honor; y que sin embargo semejantes al coro griego que acompañaba al cantor principal, han desempeñado en el mundo una importante misión; acompañar, reforzar, propagar. La historia, por detallada y minuciosa que sea referente a determinada clase ó colectividad, no puede marcar con su sello más que á los elegidos... pero á los oscuros, debe citarlos siquiera en montón. Y en este ¡Qué de ansias ocultas, de inmortalidad! ¡Qué de esfuerzos gigantescos ignorados! ¡Qué de procedimientos artísticos desconocidos ó perdidos por la maldita vanidad, por la insuperable timidez, por la falta de medio ambiente, por ausencia de ocasión propicia, por no presentación del azar fortuito, de la suerte prodigiosa ó de la casualidad afortunada! ¡Qué de tesoros de abnegación ignorados, qué de cariñosos cuidados olvidados, qué de martirio y de sufrimiento meritorios y grandiosos! Al lado, detrás, como satelites de los astros de primera magnitud, está el montón de sus adoradores, de sus discípulos, de sus secuaces; como anillos de planeta, como escamas imbricadas de cota de malla, como apretado haz de lanzas que el enemigo no se atreve á franquear. Sin ese escuadrón de prosélitos, ni la ciencia de Hipócrates ni la divinidad de Esculapio, serían más que consejos inútiles, aprovechables en limitadísimos casos. Cada uno de esos anillos, de esas escamas, de esas lanzas, es un hombre y un hombre de ciencia y arte, que aplica los principios que ha aprendido, los ejecuta, primero menos bien, y luego mejor, hasta que la mecanica repetición de los actos lo conduce á la perfectibilidad del detalle y tal vez á la emoción, á la creacion artística, que muere dentro del círculo limitadísimo donde vive. Esos anillos miserables, desempeñan el papel hermoso que desempeñan las humildes luciérnagas que no pueden sostener competencia con los rayos de los brillantes luminares celestes; pero que sirven para alumbrar al caminante extraviado, para apartarlo del horrendo precipicio á donde lo conduce la falta de luz. No creáis que esto es mera figura retórica ó alusión más ó menos personal. Lejos de mi semejante idea. Es un grito de dolor jus-

Biblioteca de Galicia

tísimo, de desgarrador reproche, al darme cuenta de tanta aspiración nobilísima, de tanta abnegación para siempre ignorada. Rindo con esto un justo tributo de admiración al inmenso grupo de los humildes, de los olvidados, de aquellos que aportaron con fé y con serenidad de juicio una innovación, ó arrostraron las iras de las multitudes, para sostener contra ellas ese calor que estimaban beneficioso para los demás. Pero ellos han sido, son y serán culpables, porque ni uno solo de los que al arte médico se dedican, por torpe y absurdo que parezca su procedimiento curativo, debe ocultarlo en los casos que se le presenten. La luz brota de arriba es cierto, pero, cuantas veces, en cuantas ocasiones, sobreviene de abajo esa claridad que disipando las tinieblas alegra el corazón, y con sus rayos esplendorosos nos deslumbra, haciéndonos resolver el oscuro problema de la enfermedad que compromete la vida.

Es pues la medicina al par de la escultura, tan arte bella como sus similares, la oratoria, la pintura, la poesía ó la música; y que en recompensa de los beneficios que de estas recibe, generosa devuelve con mano pródiga lo necesario para cultivarlas y gozar con sus magnificencias.

Así ella, es quien al orador impetuoso y apasionado le recomienda comenzar reposadamente su discurso, preparar á su auditorio á escucharle con atención merced á oportuno exordio; á saber herir las fibras del corazón en períodos patéticos, exaltados, ó simplemente demostrativos: quien le enseña á cuidar de su voz como preciado tesoro que debe economizar, para que llegue con gradación igual y directa á los oidos menos cercanos: quien lo adiestra en la cantidad de esfuerzos musculares que la lengua, laringe y cuerdas vocales deben ejecutar: encárgale é ilústrale acerca de la fuerza sugestiva que debe desplegar para ser elocuente; y por último, aconséjale con prudencia que cuando vea en demasiada tensión el espíritu de los que le escuchan, temple con arte inimitable y por medio de habilísimas transiciones ó por interrupciones estudiadas, la nerviosidad de ese momento psicológico en que la multitud se le manifiesta hostil, ó aproveche el instante de ejercer su imperio sobre los oyentes para conducirlos al sacrificio, al combate, á la muerte ó á la victoria... Mas con ser tan bello el arte de la oratoria en todos sus géneros, del sagrado al profano, desde el guerrero á la más reposada alocución forense, ó hasta el más exaltado dis-

Biblioteca de Galicia

curso tribunicio; es todavía más bella la oratoria médica, cuando valiéndose de todos los recursos del arte, de toda la suma de sus conocimientos, de toda su fé y su convicción; se propone disipar nieblas, destruir errores, difundir la luz, vulgarizando principios necesarios para obtener vida larga, próspera, vida sana. Al igual del orador más acreditado, tiene que utilizar el poderoso influjo de la persuasión, ó de la fingida aspereza y hasta en ocasiones de la violencia del imperativo mandato, á fin de obtener la completa obediencia, la ciega sumisión, que se debe á los preceptos médicos. Hé ahí el por qué de muchos triunfos en la práctica de la profesión, debidos tan solo á esa oratoria especial que á veces es bella por la simplicidad de su concisión y otras necesita de toda la cantidad de palabras que como música suave, quebranten lazos, adormeciendo el furor y atenuando los dolorosos estragos de una pasión, de una monomanía; de un padecimiento físico ó moral.

La pintura, arte hermoso que exige á quien lo profesa una erudición quizás superior á la de los otros artistas; que por medio del color y el dibujo representa lo bello, respondiendo con la exactitud de sus combinaciones al pensamiento que informa el espíritu del pintor, quien en el momento en que su pincel bosqueja las líneas de aquello que su alma siente, debe haberlo visto de un solo golpe, acabado, completo en su cerebro, sin que pueda encomendar á manos secundarias los detalles de su obra en la cual todo, absolutamente todo, es personal, si quiere merecer el dictado de genial inspiración; este arte divino, tiene por auxiliar poderoso á la medicina que le enseña á ver justo, á no desgastar su órgano visual, que le enseña á saber aprovechar los efectos de luz, que le aparta de las aberraciones, y finalmente que le presenta como modelo acabado los dos colores más antagónicos, el color de la vida y el color de la muerte. ¿Queréis colorista más seguro y más perfecto que el médico, quien tan solo por la simplicísima mancha azulada de los labios ó de las uñas adivina la lesión cardiaca ó la asfixia invasora que arrebata la vida? ¿Que por el rojo encendido de tono violento ve marcarse la línea divisoria entre la parte sana y la gangrenada; qué adivina por el rico carmín del pudor que enrojece las mejillas, la confesión ruborosa, y por el tinte amarillento de la esclerótica conoce las amargas contrariedades de la existencia, el genio atrabiliario y tal vez la desesperación in-

Biblioteca de Galicia

mensa que conduce al suicidio? ¿Aquel, al cual no pueden ocultarse tras el rojo violáceo del órgano nasal, los estragos del alcoholismo; tras el gris rojizo de las úlceras el abuso de placeres prohibidos; y que solo por la inspección del semblante, sabe á primera vista casi con seguridad, el temperamento, la constitución, la idiosincracia, el carácter moral, y hasta el capital enemigo con quien va á tener que luchar; la diatesis traidoramente oculta bajo aspecto robusto, ó las energías vitales escondidas bajo débiles y afeminadas apariencias? Pues si el médico siente y concibe de tal manera el color, bien puede calificarse de artista consumado; y si la medicina dá y recibe esta belleza, bien puede conceptuarse arte igual á aquel que tan dulces sensaciones proporciona á sus iniciados y que inmortalizó á hombres tan notables como Rubens, el Greco, Velázquez, Rembrandt y Goya.

No quiero hablar de la poesía, pues harto sabido es que no es del gusto de todos, y en estos tiempos de positivismo real, en esta época de vida práctica, suele este arte estar reñido con las durezas y asperidades de la lucha por la existencia; ni soy yo el llamado á defender á esos eternos soñadores, cultivadores del ideal y la belleza en esta forma, que con su cerebro caldeado, su corazón siempre abierto á todo sentimiento generoso, se deslizan por el mundo tocando apenas sus pies al suelo y con el pensamiento fijo en lo alto. De sus delirios, de sus errores, quizás hayan surgido verdades inconcusas dotadas de un espíritu de realidad incontestable... diríase que tienen por disposición sobrenatural el don de adivinar Sus ficciones podrán habernos conducido al desastre ó al desencanto, pero en cambio ¿qué de consuelos reales y positivos no nos han proporcionado? Por medio de esas frases sabiamente dichas en verso ó en prosa, nos han enseñado lo justo y lo injusto, nos han hecho amar lo bueno y aborrecer lo malo; nos han enaltecido hasta las grandezas de la gloria ó nos han sumido en el infierno de la desesperación; y por triste patrimonio por lo general de esos luchadores perpétuos, hemos pagado con el hospital ó el manicomio, con el hambre y el ridículo, la grandeza y la gloria que pródigamente nos regalaron. En la poesía, toma ó recibe fuentes de inspiración el arte médico, para dulcificar dolores supremos del abandono, para combatir estragos de las pasiones, para acallar sollozos del hambre y la desesperación. ¿Queréis más poesía que la de la madre que acaricia á su

Biblioteca de Galicia

niño con palabras salidas del hondo del alma, con mónótonas canciones, con narraciones improvisadas para adormecerlo, para embotar aquel pobre cerebro exaltado por las hiperestesias del terror, ó por dolores de incomprensible etiología. Pues esa mujer que es poeta sin saberlo, es médico á la par, y resulta la palanca más poderosa de nuestros éxitos más favorables y el escudo de nuestra resignada impotencia en los adversos. Ante las ilusiones doradas con que dulcifica previsoramente una agonía dolorosa la sabia providencia, debemos inclinarnos; más aún, debemos favorecer su presentación. No hace falta hablar en verso para ser poeta: basta sentir y querer hondo; y cuando se quiere mucho y se siente intensamente, el más rudo, el más torpe de palabra y de conceptos, tiene exquisiteces de lenguaje que superan á todas las figuras retóricas conocidas. Piadosas mentiras, consuelos discretos, ficciones imaginativas... á todo tiene que apelar el médico para cuando no puede ni curar, ni aliviar, llevar al menos al ánimo de sus clientes, el bálsamo divino del consuelo, la suprema esperanza del olvido del dolor.

¿Qué menos que aprender á hablar poéticamente para llevar con la palabra, la atenuación de los dolores humanos, la dulcificación de nuestras crueles sentencias y la alegría inmensa de la esperanza, de la seguridad, de la restitución á la salud? Si no ejercemos el arte médico de esta manera, de este modo; y si friamente, con impasibilidad marmórea y solo por la recompensa pecuniaria de nuestros esfuerzos, más valdría hacer trizas el pedazo de papel que nos dá el derecho de ejercer nuestra profesión. Sin un grano, sin un átomo de poesía, esa hermosa realidad del cumplimiento del deber no nos traerá en pos de sí mas que menguadas satisfacciones de amor propio, que morirán dentro de nosotros, como muere todo lo pequeño y lo raquítico, por insuficiencia de desarrollo. Pero en cambio, si ejercitamos la medicina con fé, con pasión, poniendo en cada caso todo cuanto somos, cuanto valemos y lo que sentimos; por chicos que seamos de entendimiento, pareceremos grandes ante los ojos escrutadores de la Providencia que sondean lo oculto y que castiga nuestros errores, nuestros desabrimientos, nuestras torpezas, nuestra falta de cariño á la profesión; con la justa indiferencia, con el desprecio del olvido, mil veces peor que la execración. Y pues recibe de la poesía el arte médica ese

Biblioteca de Galicia

tesoro de doradas ilusiones con las cuales dulcifica hasta los últimos instantes de una existencia que se apaga; lo menos que podemos hacer será ejercerla con pasión de amante enamorado que ni se acobarda por los desdenes que recibe, ni se desalienta con las contrariedades; esperimentando la gloria inefable de la correspondencia, cuando el éxito coronando nuestros esfuerzos, trueca el llanto en sonrisa y el dolor en júbilo.

He dejado para lo último la música, esa otra arte bella que en realidad debiera ser citada primero que las otras, no solo por las deleitosas sensaciones que despierta, sino porque es quien acompaña al hombre desde la cuna. Hasta el silencio, es música; música que habla al alma, produciendo un estado tal que no es posible definir, mezcla de angustia, respeto, temor, de abismamiento ó de éxtasis. La primera noción de la vida en el infante se revela por un sonido. Debil ó ó fuerte el vagido que exhala al nacer, es música que suena deliciosamente en los oidos de la madre que tan ruda prueba acaba de experimentar. El arrullo de frases pronunciadas al oido del niño, son notas rítmicas que acarician distintamente y que si se acentuan con cierta monotonia son capaces de adormecerlo. Por medio de esas monótonas canturrias en las cuales domina el ritmo y el compás más que la armonía, se acallan más tarde los gritos que el niño lanza y con los cuales expresa en distintas entonaciones lo que experimenta, lo que desea, lo que siente. ¡Desgraciada la madre que no aprende pronto á conocer bien la diferencia entre todos los sonidos que el niño ejecuta, sean lloros, sollozos ó gritos; y triste médico aquel que no sepa oir é interpretar justamente la distinta intensidad, el timbre, la expresión de ellos! ¡Cuantas vocaciones musicales no se desarrollan desde la más tierna infancia solo por el arrullo armonioso de quien sabe mecer al niño! ¡Y cuantos padecimientos físicos crueles no ahorrarian los que los cuidan, si aprendiesen á diferenciar el grito de mal humor ó de caprichoso deseo, de ese otro grito inarmónico precursor de exaltaciones cerebrales sostenidas, indicio tal vez de la presentación de temible meningitis.

No es esta ocasión para hablar de la influencia de la música en las enfermedades mentales, ni del poderoso balsamo que es para las heridas del alma, el recreo ó distracción musical sabiamente escogitado. No citaré la máxima china de que el conocimiento de los tonos y sonidos está ligado ínti-

Biblioteca de Galicia

mamente con la ciencia del buen gobierno, ni de la influencia y relación que la buena ó mala música tiene con el desorden que reina en el estado; porque me pasa con este arte sublime, lo que me pasa con el arte médica. No debo hablar de ellas por que parodiando á Ruy Blas, *«gusano enamorado de una estrella*, ni puedo decirlo, ni cometo la insensatez de esperar que se humanicen estas dos divinas artes hasta el punto de otorgarme sus favores más íntimos. ¡Ah!: si permitido me fuera levantar una punta del velo que encubre misterios que deben permanecer ocultos por que no son nuestros; os diría como puede sellarse el pacto de un amor desesperado é imposible escuchando la *Gioconda*, ó como el grave tañido de la campana que toca á cubrefuego en *Los Hugonotes*, despertando ó evocando recuerdos de épocas lejanas; transporta á la inquieta imaginación á otros lugares y otros tiempos, acallando tempestades originadas en la lucha por la existencia. A la música debió Stradella su vida en ocasión en que asesinos pagados que intentaban arrebatársela olvidaron su criminal propósito, solo por el prestigio, por la magia, por el encanto de la voz del gran artista. ... Pues tan poderoso recurso, que hace olvidar las amarguras y decepciones, que hace amar la vida, que disipa las fatigas, que anima al combate, que hace dulce el sacrificio, que hace llorar ó reir á voluntad del genio del compositor; no ha podido pasar desapercibido para los médicos, que al utilizarlo, no han podido menos de sentirse penetrados, influenciados por la belleza de la música; y al penetrarse de ella, saben que son sus palabras para los oidos de las personas que con ansia esperan sus decisiones, armonía dulcísima que los transporta á la gloria, ó tremenda sentencia que los arroja en el abismo del dolor desesperado. Algún dia tal vez, me atreveré á hablar de estas dos artes divinas en sus íntimas relaciones, cuando esté seguro que los conceptos que emita, expresen fielmente el acendrado amor que las profeso. Basteme solo por hoy consignar, que así como un mediano artista arrebata, cuando de modo indisoluble acierta a enlazar la idea con la expresión, así también el más modesto médico cuando pone al servicio del cumplimiento del deber, la dulce persuasión musical de la fé y de sus palabras, puede aspirar á conceptuarse capaz en ocasiones de excitar el entusiasmo.

Pero aún tiene otra cualidad todavía más hermosa la medicina, superior á las enumeradas, cualidad que es la base,

Biblioteca de Galicia

el sostén más firme, la virtud y la belleza mayor que sobre la tierra puede encontrarse; la de la gratitud por los obsequios, por los beneficios que recibe y de cuya cualidad, de cuya virtud del agradecimiento, sin apelar á lejanos testimonios, tenemos pruebas cercanas. Vedla acabar de realizar un acto colectivo de ferviente voto de gracias, que ha llegado de todo el mundo medico, al ilustre madrileño D. Manuel Garcia, inventor del laringoscopio; el venerable anciano que aún hoy conserva y regenta su cátedra de canto y que seguramente al discurrir el medio ingenioso de que su médico inspeccionara su privilegiadísima laringe, pensaría con egoismo en si propio, pero pensó también seguramente en los incalculables beneficios y adelantos que el arte médico recibiría de su invención. Vedla por boca del distinguido Ramón y Cajal, esa otra gloria española, esa lumbrera médica, ese sabio ingerto en poeta, felicitar en periodos sentidos como suyos, al insigne dramaturgo D. José Echegaray, á aquel que supo difundir los conocimientos científicos utilizando el poderoso recurso de su fantasía creadora é inagotable: comunicación misteriosa de un genio á otro, cuya sola lectura abisma, deplorando no haber tenido la fortuna de escucharla. Vedla aprestándose de aquí á poco á festejar el centenario de Cervantes, creador del Quijote, aquel loco sublime que pasó por la mente del poeta humanitario, amando la verdad y la belleza ideal, apartando de sí las groseras manifestaciones carnales y siendo dechado de honestidad amorosa y elucubraciones tan solo concebibles en mente de loco, pero de loco dotado del espíritu de la divinidad; de esa personificación del genio español, tan exacta y tan perfecta, que ella solo basta para que nos enorgullezcamos de pertenecer al pueblo que tiene por enseña el pabellón gualda y rojo; centenario hermoso en el cual la clase médica, compuesta de innumerables Quijotes, dará rienda suelta á su exuberante fantasía qne le hace concebir la regeneración de la raza humana por medio del exacto cumplimiento de los deberes higiénicos. Vedla por último, aquí, en este pequeño y limitadísimo círculo donde nos movemos, rindiendo por medio de los labios del último, si, cien veces sí; del último de la clase médica coruñesa, la más amplia y ferviente expresión de gratitud á la Academia de Bellas Artes, á la *Reunión de Artesanos*, á la prensa, al pueblo entero, por heber permitido en este local, bajo sus auspicios, expresar á los labios elo-

Biblioteca de Galicia

cuentísimos del Dr. Rodríguez, el inmenso peligro, el horrendo espectáculo del estrago que hace la tremenda tuberculosis en esta ciudad y para cuya aminoracion, para cuya extinción en un plazo que quizas nosotros no alcancemos á ver, os pide en quijotada generosa, una limosna de caridad, de amor, de filantropía, de dinero, para la construcción de un dispensario, base fundamental, piedra angular, que mis dignos compañeros estiman como necesaria é indispensable; y por cuya limosna, por cuyo amor, por cuya caridad, recibiréis millares de bendiciones, que con ser muchas, no equivaldrán jamás al intenso placer con que os tributo gracias, en nombre de todos los que amamos á nuestro pueblo y nos conceptuamos orgullosos al oirlo citar con elogio entre las distintas y relevantes personalidades de la clase médica española. Y como para mi no existe placer comparable al de manifestar la gratitud, sentimiento el mas noble, el más grande, el más bello; ved ahí por que aún á riesgo de empequeñecer esta prueba, estoy en este momento en este sitio, y ocupo inmerecidamente este lugar.

Si pues la medicina entusiasma, si tiene la inspiración necesaria para crear, si sus intérpretes han recibido la cantidad necesaria de talento para juzgar y la práctica les ha dado la habilidad técnica de la ejecución; puede sin menoscabo de las otras figurar al par de las más bellas artes. Los genios abundaban antes más que hoy, porque se fundamentaban en el amor ideal de la belleza. Y un consejo me permito ahora á los padres, á los parientes y á los maestros: Que no exageren la nota creyendo que el primer rasgo que el niño traza ó la primera canción que balbucea, son indicios de incipiente genio ó de vocación irresistible; pero que no caigan en el escollo contrario: que no aparten de si con desdén ni con burlas, esos tímidos ensayos que de estudiante ó de adolescente trace su pluma ó su pincel, porque tal vez se equivoquen queriéndolo traer al terreno de la vida real moldeándolos á su gusto; y porque quizás, sin darse de ello cuenta, le arrebatan para lo futuro, para el porvenir, el consuelo de gozar sensaciones delicadas cultivando las artes bellas.

Creo haber intentado enumerar las razones que á mi juicio son bastantes para conceptuar á la medicina como un arte bella, y no digo demostrar, porque pudiera ser tachado de paradógico atrevido. Nada hay de paradógico en la enun-

Biblioteca de Galicia

ciación de este concepto que estimo exacto. Lo que si habrá, es mucho de atrevimiento por mi parte al intentar sostener esta afirmación, tanto por lo menos, como bondad tuvísteis para haberme escuchado sin protesta.

Pero antes de que esta surja, emitida en diversos tonos y hasta enmascarada bajo la forma de la exquisita cortesía del aplauso, con el cual deis por terminada la ruda labor de escuchar ó hacer que escucháis; antes de que suene ese premio que en otras ocasiones distintas de la presente, sirve de generoso galardón al orador, ó de recompensa acreditativa del placer con que se le escuchó; permitidme fantasear un poco más: permitidme creer que de vuestros labios brotará un «Eso ya lo sabía yo» ó «Esto no nos enseña nada nuevo»; porque estas frases serán el premio más grande que alcanzar pudiera, pues me demostrarán que he dicho cuanto vosotros sabéis y expresáis mejor que yo. Y siguiendo por el camino de las ilusiones (que harto pocas pueden restarme ya) permitid interpretar a mi favor toda vuestra cortesía y conservar de ella un recuerdo que perdurará dentro de mi alma, mientras me quede un soplo de vida; rememorándome siempre uno de los momentos más lisonjeros de mi existencia: el hermoso espectáculo que me ofrecéis y del cual con dolor me aparto temiendo haber abusado con exceso de vuestra paciencia.

He dicho.

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Biblioteca de Galicia

Academia
Provincial de
Bellas Artes

Pts. 9'61

PB
3280

Biblioteca.de